

El comienzo de una aventura con ecos en  
todos los tiempos y lugares.

# ARMANTIA

serie multiverso 1 / 3



Moisés Cabello

[www.moiscabello.com](http://www.moiscabello.com)

**Moisés Cabello**

# **ARMANTIA**

**Serie Multiverso 1 / 3**

Esta obra está publicada bajo una licencia *Creative Commons Reconocimiento-Compartir bajo la misma licencia 3.0 España*, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra y crear obras derivadas (incluso con fin comercial) siempre y cuando reconozca el crédito del autor, y divulgue cualquier obra derivada bajo los términos de una licencia idéntica a esta.

Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección:

<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/es/>

© 2005–2011, Moisés Cabello Alemán. Algunos derechos reservados.

Santa Cruz de Tenerife, España.

moisesc@gmail.com | <http://www.moisescabello.com>

Primera edición, mayo de 2005

Presente edición, febrero de 2011

## Prólogo

*“El error más frecuente al pensar en otros universos, es etiquetarlos como alternativos, dando por sentado que el nuestro tiene algún tipo de protagonismo o autenticidad sobre aquellos”*

**Boris Ourumov**

**M**arla Enea Benavente arrugó los párpados, pues una molesta luz se encendía y apagaba intermitentemente, una luz blanca, y al abrir los ojos se dio cuenta de que ya había amanecido. Era una de esas personas que asimilaron la rutina diaria hasta el punto de no creer que su vida pudiera dar un vuelco de un día para otro. Se incorporó con desgana y redujo el filtro–despertador del ventanal de su habitación, dejando pasar la luz solar en un agradable cuarenta y cinco por ciento.

Lo ideal para empezar el día.

En el espejo de la esquina de aseo de su salón–apartamento recibió la visita del fantasma gris y ojeroso que la visitaba todas las mañanas. Acostumbraba a observar su rostro con atención

antes de abrir el grifo, apoyada en el lavabo, pero nunca consiguió sacar nada de aquella mirada que la escrutaba más allá del cristal.

Tras asearse y vestirse, recogió uno de los batidos inexistentes en el mundo exterior que la empresa suministraba para los desayunos; botes de color gris oscuro que la alimentarían durante unas seis horas. Con su IA –un anillo– señaló a la pared, transformándola en una pantalla translúcida con el logotipo de la constructora. Bastaron un par de sacudidas al dedo para acceder a las noticias mientras sorbía su combinado.

*...tras ser declarado vencedor en todas las encuestas sobre su rival Ricardo Garriot, Egidio Roberts fue descubierto anoche en un presunto delito de soborno con coacción. Aunque mantiene su inocencia, las pruebas parecen bastante sólidas y todo señala a un vuelco en las elecciones...*

–Bien hecho, sí señor.

Se refería a Marco, uno de sus compañeros de trabajo. Fue el responsable de falsear las pruebas y poner a Egidio en el peor sitio y momento. Días antes había mostrado su confianza en conseguirlo tras múltiples ensayos en catorce universos diferentes, operación que duró varios meses. El proceso ya

había alcanzado ese grado de refinamiento que garantizaba el éxito.

La expresión de Egidio mientras se lo llevaban preso ya la conocía, parecía gritar *¿cómo me han jodido tan bien?* Pero ninguna palabra saldría de su boca, pues no tenía con qué defenderse. Marco se aseguró de ello. ¿Tanto peligro tendría el candidato presidencial en el devenir de la historia como para que la compañía le hiciera aquello? Si su propio compañero lo ignoraba, quizá ella nunca lo averiguaría.

Poco después de desayunar se dirigió al trabajo. Con los años se hizo inmune al choque entre el silencio de su edificio y el insufrible bullicio que asaltaba a sus oídos en cuanto se abría la compuerta que daba a la calle. Ya en el metro -tenía suerte de tenerlo frente a su portal- se encontró con las mismas caras anónimas y soñolientas de todos los días, y seguirían en incógnita, pues no podía hablar con ninguno de sus propietarios. Ni siquiera intercambiaba miradas con los demás. De ninguna manera podía destacar.

Virtualmente, era un fantasma.

Durante su estancia en la empresa aprendió a llevar como pudo dicha medida, pero en ocasiones se hacía asfixiante; en cualquier caso no duraría mucho, la expansión de las

instalaciones de la compañía para incluir los módulos-vivienda de sus empleados estaba próxima; era lo que tenía su trabajo, que no le permitían existir fuera. Aunque los nuevos ya vivían allí, Marla pertenecía al grupo que por antigüedad aún dormía en el exterior durante unas semanas más.

Y así estaban las cosas. No es que fuera molestia vivir al margen de la sociedad, o al menos de aquella; la ciudad permanecía cubierta por una nube amarillenta de polución, las manifestaciones para que las máscaras *anti-smog* fueran gratuitas acababan puntualmente reventadas por radicales a sueldo que preparaban el terreno para las intervenciones policiales, y los políticos eran marionetas que usaban otros poderes para hacerse la vida imposible. Vivía muy bien apartada de todo aquello. Quizá el mundo fue siempre así. *Los malos siempre ganan*, dijo un escritor español siglo y medio atrás, *pero no deben hacerlo sin que, aunque sea, les sangre la nariz.*

¿Y estaba al margen? A ojos de otra persona, ella albergaba la misma mirada perdida que el resto de pasajeros del vagón. Indiferente, adormilada. Impasible. No se discernía si iba o venía, si empezaba el día o lo acababa. Si pensaba en el futuro.

Por contra la compañía no era discreta en absoluto, al menos de cara al público. Sus dos rascacielos principales se

erguían orgullosos con los ventanales reflejando el cielo como espejos, lo que contrastaba con los edificios colindantes, más bajos, viejos y sucios, con marcas de incendios pasados. En ocasiones perdían nitidez por la tóxica neblina que oscurecía la luz del sol.

Al entrar pasó todos los controles de seguridad gracias a su tarjeta amarilla, infalsificable y libre de incómodas preguntas. Los encargados de seguridad también tenían órdenes de ignorarlas. Una vez se enteró del discreto despido de un guardia por atreverse a recoger un impreso que extraviado por alguien con tarjeta amarilla para devolverla, contraviniendo las normas.

Al reproducir la secuencia de memoria se fijó en que aquella mañana la temática del *hall* de entrada era oceánica, creando hipnóticas ondas allí donde pisaba. Alzando la vista comprobó que una azafata hablaba por duplicado en los paneles del techo habilitados para ello.

*"Bienvenidos a la corporación Alix, líder mundial en tecnología cuántica. Alix Corp tiene sede en más de cincuenta países y es hoy el grupo puntero en soluciones tecnológicas de alto nivel para uso médico y militar, recibiendo además los galardones científicos más distinguidos. En el dos mil ciento cuarenta y tres, Boris Ourumov, investigador jefe de la rama*

*cuántica de Alix, recibió el premio Nobel de física tras conseguir el primer teletransporte de un objeto inanimado de la historia de la ciencia. En el dos mil ciento cincuenta y seis..."*

Se preguntó por cuánto tiempo mantendrían a aquel cabrón en aquella letanía que oía todas las mañanas. Tal vez ocultaran su fuga, pues sus logros dieron muchísima publicidad a la casa. Pero Boris les traicionó. Propinó un golpe tan bajo a la compañía que encargaron a Marla encontrarlo y quitarle de en medio.

Esperaba que no se enfadaran mucho al verla regresar con las manos vacías.

Pudo huir de la cantinela dirigiéndose al ascensor, y tras varios transbordos llegó a la planta menos-veintisiete, en la que una voz electrónica un tanto femenina llegó a sus oídos después de pasar por la sala de escaneo.

*Bienvenida, Marla, El Jefe la espera en la oficina.*

*Qué gilipollez, pensó. Todavía le daba vergüenza ajena llamar a su superior "El Jefe", no entendía por qué no usaban un alias corporativo, al menos. Se sentía ridícula.*

Resignada, se vistió la escafandra y activó la despresurización, limpieza y posterior restablecimiento de la

presión en la siguiente sala. Aquellos momentos los aprovechaba para pensar en si merecía la pena seguir descendiendo hacia aquella vida paralela. Arriba era anónima, abajo estaba aislada. En aquel instante se podía decir que se encontraba entre dos mundos, dos que no eran de su agrado.

Tras otra sala de intercambio, consiguió al fin entrar en el recibidor de *Alix B*, donde de verdad ella trabajaba. *Alix B* era una división de la compañía totalmente aislada del resto; a partir de ese nivel las instalaciones tenían un funcionamiento y mantenimiento independientes de la compañía matriz. Los primeros días llegaba a tardar más de veinticinco minutos en completar toda la operación de entrada pero en aquel momento era capaz estar en su puesto de trabajo en menos de quince minutos.

Apoyó la palma de su mano en la puerta de la oficina de "El Jefe" para empujarla, pero la dejó unos instantes por si el detector de huellas protestaba. *Su cita no empieza hasta dentro de seis minutos*, anunció la puerta, *por favor, espere*. Con fastidio tomó asiento en frente mientras saludaba a otros que también entraban a trabajar. Uno de ellos agitó la mano al verla y ella adivinó lo que pensaba, "*glubs, cita con El Jefe, y no es para cobrar*". Pasados unos minutos volvió a apoyar la mano en la puerta, y esta vez se abrió.

El Jefe era un ser odioso, aún más que el típico arquetipo de jefe odioso. Muchos rumores oscuros lo rodeaban y los empleados le profesaban una mezcla de miedo y respeto. Marla le tenía más de lo segundo que de lo primero, pues llevaba ocho años en la compañía. Bastante, considerando que la mayoría abandona por voluntad propia a los dos o tres años bajo su dirección.

Ni siquiera su despacho olía bien.

–Marla Enea –dijo El Jefe. Era un hombre de cincuenta y tantos, obeso desaliñado, que a menudo daba la impresión de estar siempre ausente debido a su monóculo oscuro. Parecía un parche, tal era la forma de su IA. La consultaba con tal frecuencia que a veces conseguía que los demás no supieran si en realidad les estaba mirando a ellos o examinando en su monóculo órdenes de arriba.

Ella se sentó al otro lado de la mesa tras el gesto correspondiente.

–Aquí estoy, jefe.

–No hiciste lo que se te dijo.

–No fue posible –replicó con cuanta impasibilidad le fue posible.

Su superior estiró sus gruesos dedos como un fiscal contando crímenes.

–Se te asignó el objetivo de eliminar a Boris Ourumov. *Nada*. Se te asignó el objetivo de recuperar la unidad, el prototipo del dispositivo de viaje portátil que usó para escapar. *Nada*. Huyó con la unidad al universo *treinta y dos dé* de la sexta rotación, y sabías lo que nos jugábamos. Su sola existencia es totalmente inaceptable. Lo teníamos localizado, te dimos los datos con todo lujo de detalles. Pero *nada*. Y en el informe no logro ver el porqué. Explícamelo.

–Ya me esperaba, jefe. Detectó mi salto y huyó. Usó la unidad –dijo indiferente.

*El Jefe* dio un fuerte golpe en la mesa y la miró a los ojos durante unos instantes con severidad, sin reaccionar. *Momento monóculo*, pensó ella. Nada le impedía disimularlo, pero debía ser consciente del efecto inquietante que producía.

–Pero, jefe, tenemos controlados a todos los universos de nuestra red –objetó ella–. Seguro que se saldrá de la red, al caos. A la infinidad de universos. Podríamos eliminar por si acaso a los Boris de nuestra red y redoblar la vigilancia en ella.

–Ya lo hice, Marla, ya lo hice. ¿No ves que esto es una crisis? –dijo con tosquedad. Tras levantarse, miró el suelo con las

manos en la cintura.

Con la tecnología *multiversal* todo es más complicado, sin duda un negocio de riesgo. *Alix B* usaba esta tecnología manipulando una red de universos en la que sólo tenían cabida los que eran idénticos al suyo. El provecho, la idea clave, radica en que si tenemos a nuestra disposición un universo idéntico al propio salvo en que transcurre unos días, o unos meses o años más avanzado en el tiempo, podríamos cambiar la historia en ellos de una forma determinada y ver qué ocurre a continuación. Cuando tengamos una amplia red de estos universos bajo control, conseguiremos vislumbrar cuantas ramificaciones del futuro deseemos. Así, no sólo conoceremos el porvenir de nuestro mundo sino que sabremos cuál será el que más nos convenga, y sólo será cuestión de experimentar en otros universos para llegar hasta él en el nuestro. En resumen, tendríamos a nuestra merced el poder de labrar la historia a capricho.

En el caso del candidato presidencial Egidio Roberts fue sencillo. Realizaron una primera visita a un universo idéntico pero dos meses en el futuro. Allí pudieron comprobar dónde estaba el candidato, qué hacía, si llevaba guardaespaldas etcétera. Luego se planeaba la operación: cómo crear pruebas incriminatorias, introducirlas sin ser vistos... y se ejecutaba en

otro universo para probar. Anotaron los posibles errores y optimizaron el tiempo que duraba la operación. Repitieron el proceso en varios universos iguales más hasta depurar el proceso en lo posible y dar con la ejecución perfecta. No importaba que algo saliera mal en el proceso e incluso tuvieran que matar para no ser detenidos, pues estaban en otro universo. Para cuando la fecha señalada llegó en el universo propio, sabían exactamente qué tenían que hacer, cómo y cuándo.

Dado que la cantidad de universos es infinita, se ignoraban todos los que se salieran de la pequeña red que *Alix B* era capaz de gestionar. A ese sobrante de universos diferentes al nuestro lo llamaron *caos*.

El Jefe volvió a mirarla.

–No, Marla, Boris no está interesado en el caos. Está interesado en cambiar nuestra historia, la de nuestro mundo, a su manera.

*Cuando se pone apocalíptico deja de parecer un cabrón. Curioso.*

–¿Qué cambios? –dijo ella con algo de desinterés. Sabía que esa perorata dramática era para impresionarla.

Momento monóculo.

–Muy graves. A todos los niveles y en todas las épocas. Totalmente inaceptable.

No tenía intención de darle más detalles. *¿Se lo habrán ordenado por su IA?*

–¿Y qué ocurrió con los Boris de la red, entonces?

–Pues que fueron avisados por *nuestro* Boris. Ninguno de los agentes que enviamos tras él ha vuelto, algo obviamente inaceptable. Y por eso estás de vuelta. Hemos descubierto a uno de los Boris –creemos que no es el nuestro– en la Roma de mil cuatrocientos cincuenta del universo *cuarenta y ocho zeta* perteneciente a la duodécima rotación. Parece que se ha montado un pequeño centro de operaciones en una casucha situada en una plantación abandonada. Hay quien cree que es ahí donde los Boris rebeldes se mantienen en contacto. Tu objetivo será averiguar todo lo que puedas, deshacerte de ellos y desmontar la feria, en el orden que prefieras. En la sala de tránsito te darán todo lo que necesitas. Ahora ve, y no quiero verte de vuelta si no es con un informe satisfactorio. Parece que no quede nadie que haga bien el puto trabajo.

–Lo que usted diga.

*Inaceptable, inaceptable... Gilipollas.*

Con absoluta desgana se dirigió a la sala de tránsito. ¿Por

qué seguía en su trabajo? Obviando que la eliminarían en caso de plantearse salir y que no podía escapar, claro. Cuán lejos quedaba el momento en que, ocho años atrás, la captaron con promesas de aventura, descubrimiento y venganza. Fueron lo bastante persuasivos como para convencerla de aprobar su muerte oficial y vivir en las sombras. Pero de ocurrir de nuevo, no tenía nada claro que aceptase.

Aquellos lamentos internos siempre le venían a la cabeza en la sala de espera, uno de los pocos sitios en los que tenía tiempo para pensar. Y a pesar de que en aquel momento albergaba poca gente, un tipo más joven que ella se sentó a su lado con visible excitación.

–¿Entras ahora? –dijo.

–Sí –respondió Marla. El chico respondía al perfil del novato. *Veintipocos*, cara de excursionista, frotándose nerviosamente las manos, quizá inquieto antes de un viaje...– ¿Nuevo?

–¿Tanto se me nota? –respondió con una risita nerviosa.

Hizo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. Odiaba hablar con los novatos, pues veía en ellos a la chica que fue tiempo atrás, con toda su ingenuidad.

–¿Has realizado algún viaje ya? –fingió interesarse.

–Sí, tres guiados con los monitores de personal. ¡Fue increíble! En uno pudimos observar desde una colina un escarceo entre atenienses y espartanos. En otro realizamos un discreto paseo aquí por la capital pero hace cinco años y el último fue en un desierto para trabajo de campo.

Marla asintió. Así que ahora organizaban *tours* históricos y todo para empezar a instruir al personal. Ya se darían de bruces con la realidad.

Como refutando sus pensamientos, pasaron frente a ella dos hombres con vestimenta médica llevando por los brazos a otro que parecía sedado, a juzgar por su torpe andar. Marla lo reconoció al instante: era Marco Shuttleworth, y no iba en absoluto sedado.

Se encogió de tristeza al reconocer el rictus facial, la mirada perdida y la poca voluntad para caminar. Marco fue su mentor, quien la captó para Alix. Una de las pocas personas con las que mantenía una relación social medianamente normal. Tras verlo así supo que no lo vería más por allí.

*Y ahí se va otro veterano. Pude haber sido yo.*

Lo siguió con la mirada aun cuando se alejaba por el pasillo.

–¿Y a ese qué le pasa? –dijo el nuevo intentando no afectarse.

–Ese se llama Marco Shuttleworth –respondió Marla contemplando aún el pasillo, pese a que ya había desaparecido.

El novato, alarmado, abrió los ojos del todo.

–¡Se supone que no podemos darnos nuestros nombres reales! Sólo los de oficio, me lo explicaron muchas veces...

–Eso es con vosotros los novatos. De todas maneras ya no trabajará aquí –dijo mirándole al fin–, tiene el *mal multiversal*.

–¿El qué?

Marlaladeó la cabeza, incrédula.

*No pueden haber sido tan hijos de...*

–¿Te han llevado a la guerra del Peloponeso pero no sabes lo que es el *mal multiversal*?

El tipo no ocultó su temor y permaneció en silencio, pues era evidente que no sabía de qué estaba hablando. Ella suspiró, ausente, pensando en cómo explicárselo sin que intentase salir de allí al terminar. Aunque tampoco debía adornarlo. Tal vez se llevase alguna reprimenda por ello, pero a esas alturas le salían todas por la otra oreja.

–El modelo del multiverso es muy complejo, hay gente que lleva muchos años en esto, como Marco. Él realiza... solía

realizar sobre todo viajes en universos con un marco temporal igual al nuestro, o muy poco más allá. Y los universos de nuestra red nunca son los mismos, rotan debido a que una vez cambiamos en este universo algo que ocurría en otro, ese otro ya no se parece al nuestro, con lo que deja de servirnos. Así que, aunque en apariencia idénticos, siempre estamos visitando universos distintos.

«El cuerpo lo aqueja, y la mente también. Llega un momento en que a algunos les es imposible asimilar todas las situaciones; lo que podría pasar en un universo y pasó en otro, factores como los cambios bruscos de clima, momento, idioma... amén de algunas situaciones de peligro. Multiplica por cien el mal del viajero y obtendrás algo parecido. Empieza con *deja vu* frecuentes que llegan a ser auténticos ataques, le sigue la desorientación; el sujeto puede quedarse bloqueado de repente, sin saber dónde está. Luego se dan dos posibilidades. Que el afectado termine creyendo por siempre que tiene que “volver” a nuestro universo aun estando en él –es decir, cae en la locura–, o que se produzca un bloqueo desorientativo permanente, como le ha pasado a Marco. Tal vez se pueda curar, pero los viajes han terminado para él»

Viendo la cara de perplejidad del nuevo, cayó en la cuenta de que entre tanto palo no había sacado ninguna zanahoria.

–Pero Marco empezó hace mucho y ahora los programas psicológicos evitan muy hábilmente estas situaciones. Basta con que recuerdes que este es tu universo, el único en el que verás *Alix B*, el lugar donde trabajas.

–¿En los demás universos de la red no existe *Alix B*? ¿No se supone que son iguales?

–¿Tampoco sabes eso? –replicó algo enfadada– ¿Pero qué te han dicho?

Con vergüenza, el novato le contó que tan sólo les proyectaron un vídeo adornado con música y efectos especiales sobre lo que significaba viajar por el multiverso y sus posibilidades. Tal y como lo contaba parecía un documental de entretenimiento. No se lo podía creer. De pronto un pensamiento inquietante afloró en su mente.

*Si esto es cuanto saben los nuevos, entonces yo sé demasiado.*

Procuró esconder su turbación centrándose en responder a la pregunta, aunque no pudo evitar un suspiro de cansancio.

–Los universos de la red son todos idénticos menos, precisamente, en la existencia de *Alix B*. Las *Alix* de nuestra red carecen de estas instalaciones subterráneas, no conocen los viajes por el multiverso.

–¿Pero no dejarían de ser esos universos válidos como referencia para el nuestro? Porque ya no serían iguales lo que se dice iguales.

–Buen apunte. Fíjate en *Alix B* –dijo ella mirando a su alrededor–, nos cuidamos muy bien de no interferir con lo que ocurre en el exterior. Estamos aislados, es como si no existiéramos. Virtualmente los universos de la red son idénticos al nuestro, del mismo espectro.

–Ajá. Y así a la gente no le da ese *mal multiversal*.

–No se hace por eso.

–¿Ah, no?

–Piénsalo –instigó con un poco de impaciencia–. Si en todos los universos de la red existiera *Alix B*... estarían haciendo lo mismo que nosotros, y también nos usarían como universo “alternativo” para experimentos cronológicos. Por elemental seguridad, sólo nos interesamos en los universos en los que no existe *Alix B*.

El novato asentía sin parar, pero notaba cómo su idea de lo que ocurría bajo los rascacielos de la compañía se desmoronaba como un castillo de arena.

Al llegar su turno, Marla le deseó suerte.

*No me gusta en qué se está convirtiendo esto*, pensó. *Alix B* se cerraba cada vez más y partían ya de una base oscura. Ella misma desconocía lo que ocurría con el resto del proyecto y se prohibió en el último mes que los empleados comentaran entre sí los detalles de sus actividades. El mal *multiversal* aparentaba estar lejos de desaparecer y en muchos de sus viajes la información se reducía al *qué* hacer, desapareciendo el *para qué*. Todo ello con la autonomía completa de *Alix B* próxima, y sus propios empleados viviendo en ella de manera oficial en cuestión de semanas. Nada olía bien. Nada.

De nuevo pasó por varios controles de seguridad, recibiendo las instrucciones del monitor asignado a la época. No era la primera vez que visitaba aquella Roma, de todas formas. Al entrar pudo ver tras las cristaleras a los técnicos trabajando en su salto y reconoció entre ellos a Dominique, al que saludó con la mano. Era uno de los pocos amigos que le quedaban en la sala de tránsito y el único de su misma promoción.

En la pequeña sala de depuración y tras el intercambio de vapores purificadores, se vistió el mono de viaje que esta vez carecía de relación con la época. Tenía vía libre para hacer lo que quisiera sin importar la historia, pues el universo al que iría se había usado ya en la red e iba a ser desechado de esta. Y allá sus habitantes si presenciaban un tiroteo en pleno siglo

quince. Era de justicia reconocer que aquella libertad daba un toque divertido a las misiones.

–Eh –dijo Dominique por radio–, con ese traje me recuerdas a las antiguas series futuristas de ciencia ficción. ¿Por qué no te presentas a un casting retro?

Un traje gris ceñido en el cuerpo de una mujer, con una sugerente cremallera que descendía desde el cuello, siempre llamaba la atención en un trabajo con tantos hombres. Tuvo su gracia un día –por lo menos intentaban agradarla–, ahora era otro gaje del oficio.

–En el caos debe haber algún universo poblado con personajes de dibujos animados –replicó ella–. Te harán un hueco encantados.

Dominique rió con su salvaje carcajada.

Marla entró en la cápsula y esta cerró automáticamente su compuerta de vidrio. A través de ella veía a Dominique despidiéndose con la mano mientras movía su mano con mucho cuidado sobre la interfaz *multiversal*, en la que introducía las coordenadas.

–Roma, veintitrés de enero de mil cuatrocientos cincuenta, universo cuarenta y ocho zeta de la duodécima rotación. Buen via... –algo de brillo metálico golpeó su cabeza antes de que

pudiera terminar la frase, y el corazón de Marla dio un vuelco al verle caer al suelo inerte como una tabla.

–¡Dominique! –gritó.

Vio con más claridad al responsable, pues devolvía la mirada desde la posición que antes ocupaba Dominique.

Era Boris Ourumov.

Rondaba los cuarenta años, su nariz de boxeador le daba un aire grave y sus cejas, que contrastaban con su pálida piel, eran oscuras y muy pobladas. Marla sólo lo había visto en persona en una cena de la compañía años atrás, por lo que no lo conocía muy bien.

*Se ha adelantado*, pensó mientras el pánico se apoderaba de ella. En la sala, tras las cristaleras, sonó la alarma y algunos de los restantes técnicos se dispusieron a abalanzarse sobre Boris. Pero otros hombres entraron y les detuvieron a tiros mientras se situaban alrededor del fugitivo. Marla contuvo la respiración cuando pudo fijarse en la identidad del grupo.

*¡Todos son Boris!*

Apretando su anillo pidió ayuda por radio, pero ya la habían saboteado. Tres de ellos, con escafandras, entraron en la sala de tránsito provistos de varios soldados láser; empezó a

tener claro lo que pretendían cuando se dispusieron a anular los dispositivos de seguridad *multiversal*, los cuales se encargaban de que los saltos no pudieran ejecutarse fuera de la red privada de universos que gestionaba *Alix B.*

Tragó saliva al comprender que iban a lanzarla al caos.

A través de las cristaleras vio al primer Boris moviendo la mano con brusquedad sobre la interfaz *multiversal*, confirmando sus temores. Dicha interfaz consistía en una pantalla esférica del tamaño de un balón de fútbol, y se manipulaba moviendo la mano encima a una distancia de unos quince centímetros.

A medida que su sangre se helaba, la cápsula empequeñecía por momentos. Golpeaba en vano la compuerta con respiración agitada. Sentía que se ahogaba, prefería ser abatida a tiros a que la mandaran a lo desconocido, aquello era de una crueldad infinita. ¡Ojalá el asalto se hubiera producido antes de que ella entrara en la cápsula! Los tres Boris con escafandra terminaron lo que estaban haciendo y se hicieron a un lado; el primero, tras las cristaleras, realizó un último y violento gesto con el brazo sobre la interfaz *multiversal*, cual conductor de orquesta en éxtasis. Alzó su mirada hasta encarar la suya con un ademán negativo.

Mientras, los Boris con escafandra agitaban la mano en gesto de despedida de forma casi cómica, y el primero terminó de bajar la palanca mientras ella abría la boca con los ojos desorbitados.

La compuerta de vidrio ahogó su grito.

## Armantia

**D**espertó con el crepitar de un trueno, y pese al terrible dolor de cabeza consiguió concentrarse en sus sentidos. Oía agua. Sí, lluvia. Se encontraba tumbada sobre blando, abrigada con alguna manta de tacto rugoso. Tras mucho apretar los párpados, abrió al fin los ojos desafiando al temor de verse deslumbrada; tan sólo percibía un leve parpadeo similar al de las velas. Atisbó sobre ella un techo de madera con varias vigas, algunas de las cuales lucían un tanto roídas por la humedad.

*Tal vez lo logré.*

–¿Dónde... estoy? –murmuró al aire.

–Turín –respondió una voz masculina a su izquierda.

Cerró los ojos de nuevo, y volvió la cabeza a su izquierda. A su lado se hallaba sentado un hombre que, como ella, rondaría la treintena. Vestía un traje oscuro de trazas blancas que recordaba vagamente al medioevo, pero dijo Turín. No estaba en Roma entonces, aunque tampoco muy lejos.

–¿Qué época es esta? –se preguntó en un susurro.

El hombre ladeó la cabeza.

–No te entiendo.

–No puede ser, hablas español. ¿Podrías decirme en qué año nos encontramos?

–No hablo eso que dices –dijo el desconocido mirándola inquisitivamente–, y respecto a la fecha te puedo decir que estamos a diecisiete de abril del año cincuenta. ¿No te dice nada?

–Eso es imposible –dijo examinando con atención la decoración de la sala–. No podemos estar en Turín en el año cincuenta. Dime, ¿a qué país pertenece Turín?

–Eh... Turín es el país, reino a decir verdad, uno de los cuatro que tiene Armantia. Creo que el golpe en la cabeza te ha afectado más de lo que pensaba.

–Golpe –se la palpó comprobando que tenía una pequeña contusión encima de la nuca– ¿Cómo he llegado aquí?

El hombre la miraba con notable escepticismo.

–Cuando venía, caí del caballo por el sobresalto que me causó un estruendo. Al trueno le siguió el relámpago, y me incorporé tras el destello. Fue entonces cuando te encontré

inconsciente entre un montón de hierba aplastada, justo en el lugar desde el que me llegó el estallido. Así que tal vez deberías relatarme tú cómo has llegado hasta aquí.

Pero Marla ya no escuchaba. Miraba más allá de él, en dirección a la ventana que aquel desconocido tenía a su espalda. La conmoción y la aparente familiaridad de su entorno la confundieron al despertar, pero regresaba una poderosa y terrible sensación que ya la invadió cuando los Boris asaltaron la sala de tránsito.

El oscuro e insondable caos.

–Dime... –dijo tragando saliva– dime qué es eso.

–¿La ventana, el cielo, la lluvia, la Luna, qué? –dijo el desconocido frunciendo el ceño.

–No –negó ella–, la Luna es pequeña y blanca, no es *eso*.

–¿Eres de los de Alix? Pensaba que esa estirpe se había extinguido –dijo el hombre con evidente impaciencia.

–¿Qué sabes tú de Alix? –replicó ella asustada. Empezaba a ponerse nerviosa. El hombre se señaló el pecho impasible y Marla cayó en la cuenta de que se refería a su pequeña placa de identificación.

*¿Pero qué está pasando?*

–Ah, yo... Espera, agua, necesito agua.

Se la alcanzó de una jarra que tenía preparada, y ella se incorporó quejumbrosa, bebiendo como si le fuera la vida en ello. Respiraba profundamente, intentando calcular con detalle lo que iba a hacer y reuniendo fuerzas para afrontar cuanto podía ocurrir. Una vez que consiguió levantarse, anduvo hacia la ventana hasta que el desconocido tuvo que sujetarla al verla vacilar. Aún se encontraba débil.

El contacto la sobresaltó, y se zafó a duras penas para asomarse por la ventana y contemplar a través de la lluvia nocturna lo que aquel hombre llamaba Luna. Un astro que se comía el cielo la miraba cual cíclope con su enorme cráter central, y su luz azulada deslumbraba las pocas nubes que se atrevían a cruzarse en su camino.

Tras ver aquello, no se podía quedar a medias.

–Un mapa –dijo al fin.

–¿Qué?

–Necesito un mapa. El más grande y genérico que tengas. Por favor, será lo último que te pida.

Tras mirarla unos instantes, confuso, el hombre desplazó una pequeña cortina lateral en la pared que dejaba ver un

sencillo mapa de un lugar llamado *Armantia*. Marla lo contemplaba desde la más absoluta desolación.

Parecía una isla alargada, mostrada en horizontal. Una enorme región llamada *Turín* se cogía casi toda la mitad oeste, pegada a la siguiente región de mayor tamaño, *Debrán*. Dos regiones más pequeñas se repartían lo que Debrán dejaba del este, *Dulice*, al sur, y *Hervine*, al norte. Bajo Debrán existía una región muy pequeña llamada *Los Feudos*.

–Aquí estamos nosotros –dijo él señalando un punto del centro de *Turín*. Buscaba alguna muestra de familiaridad en su rostro.

–¿No hay nada más? –preguntó ella. El hombre no comprendía, y Marla insistió exasperada– ¿Es esta isla, o este continente o lo que sea, el mundo? ¿No hay nada más allá? –repitió con ansiedad.

Él titubeó, sorprendido por la pregunta.

–Pues que sepamos, no.

Retrocedió temblando. Aquello no podía estar pasando. Sus piernas fallaron, logrando que cayera de rodillas apoyada con una mano.

–No... –sollozaba– No, es imposible –se sentó de nuevo en

la cama, llevándose las manos a la cara. Sentía una visceral necesidad de chillar—. No tendría que estar aquí. ¡No tendría que estar aquí! Fue ese hijo de puta de Boris, me envió al caos, a, a... –gritaba, sorbiendo por la nariz– ¡A una puta quimera medieval!

–Eh, eh –quiso apaciguar el desconocido–, todavía no me has contado...

Dos sonoros golpes en la puerta les sobresaltaron.

Ella miró con miedo a aquel hombre, sin saber lo que estaba ocurriendo. Durante años fue entrenada como agente de campo y superó innumerables situaciones de peligro. Pero siempre regresaba a casa. Jamás se sintió tan indefensa y aterrorizada como en aquellos momentos. Saberse perdida en el caos era mucho peor que morir en un día de trabajo.

–Escucha –pidió el hombre sellando sus labios con el dedo–, no hagas ningún ruido ni te muevas de aquí.

Marla se mantuvo inmóvil cuando el hombre salió por la puerta y le escuchó abrir otra más allá. Algún pequeño rincón de su mente le susurraba que aprovechara para huir, pero su cuerpo no atendía a razones. Temblaba, casi tiritaba. De las voces que le llegaron de la entrada, entendió algo sobre un ataque a un rey. El hombre parecía bastante alarmado, y

cuando la puerta se cerró, los pasos regresaron a la habitación.

–¿Qué ocurre? –dijo ella, aún secándose las lágrimas.

–Debo irme a...

–¡¿Qué?! –interrumpió con los ojos desorbitados– No puedes dejarme sola aquí, no sé qué sitio es este, yo...

–¡Escucha! –exclamó él alzando la voz con gesto serio. Logró que Marla le prestara al fin atención–. No debería tardar, tienes comida en la despensa. Es muy importante que no salgas de aquí hasta que aclaremos este asunto. ¿Entendido? *No salgas*. Aquí estarás segura, esta casa está vacía salvo algunas semanas en las que me quedo yo, por tanto no hagas ruidos sospechosos y si alguien toca, nunca, *nunca* abras la puerta. Y quiero ver todo como estaba ¿Queda claro?

Ella realizó un ademán afirmativo con la cabeza, sin estar del todo presente.

–Bien –replicó él.

El hombre envainó presuroso una espada que tenía colgada en la pared -un cruce entre un sable árabe y una espada típicamente medieval- y se dispuso a abrir la puerta.

–¡Espera! –gritó ella casi sin respiración, arrepentida de alzar tanto la voz.

El desconocido se volvió con visible fastidio.

–No sé tu nombre.

Él la escrutó unos instantes, tal vez sin estar seguro de decirlo.

–Olaf Bersi.

Tras el cierre de la puerta, Marla se volvió a derrumbar. Cuanto más pensaba en ello peor le resultaba; perdida en el caos, sin posibilidad de regreso. Nunca más vería a su gente, ni la época en la que vivía ni nada anterior al salto. Sólo recuerdos. Muchas veces especuló con la posibilidad de que alguien se saliera de la red y no pudiera regresar, pero sentirlo era muy distinto. Se trataba de una sensación que no deseaba ni a su peor enemigo, atrapada de la peor forma posible. El significado de la palabra pesaba cada vez más. *Atrapada*. Para siempre.

Procuró pensar en otra cosa. La decoración interior de la casa tenía muchas posibilidades de pertenecer a la alta edad media, con mezclas arábicas e incluso orientales de distintas épocas. Pero aquel astro aún la turbaba, recordando que no estaba ni en su mundo ni en otra época de él. Todo era tan confuso...

Intentó usar la función de radio de su anillo en vano, y

donde esperaba estática escuchó una serie de pitidos cortos, lo que acrecentó su confusión. Pensó entonces en el hombre que la recogió, Olaf Bersi. Un nombre extraño, nórdico... vikingo tal vez, lo que no encajaba con nada de lo que veía. Aparentaba ser algún tipo de mando militar y eso la asustaba, pero más la atemorizó su aparente hospitalidad. En el marco medieval la superstición estaba a la orden del día; aún se sorprendía de que Olaf no se asustara ante su manera de aparecer, o que evitara la tentación de entregarla por brujería, violarla o matarla. O todo a la vez. Claro que aquel no era su mundo, ni por tanto su medievo.

Y preguntó por Alix. ¿Por qué?

Intentó relajarse, recordando que dicha serie de razonamientos podría conducirla hacia el *mal multiversal*, pero la palabra golpeaba su mente sin que pudiera hacer más que llevarse las manos a la cabeza.

*Atrapada.*

Las horas pasaban sin noticias de Olaf. A paso lento recorrió la casa de dos plantas sin dejar huella -no abriendo las puertas que estaban cerradas, por ejemplo-, y descubriendo que había despertado en el ático. Allí era donde tenía la mejor vista de aquella Luna gigante. Fuera lo que fuera lo que lo originó el

gran cráter que albergaba su centro, estuvo a punto de destruirla. Desprendía un resplandor azul que la llevó a fijarse en lo que iluminaba; la casa de enfrente tapaba cualquier otro panorama, a la vista estaba su balcón con luces parpadeantes tras las puertas.

Tras amainar la lluvia tan sólo se oía a los grillos. El chirriar de la puerta que daba al exterior de la casa vecina la llevó a esconderse en el interior, pues aún no se sentía preparada para dejarse ver. Pasado el estrés y viendo que Olaf no regresaba, decidió que sería una buena idea descansar tanto física como mentalmente, dejando de lado su supervivencia. Al menos por el momento.

Al amanecer tenía mejor cara pese a que aún estaba cansada y con los ojos enrojecidos –lloró con intermitencia durante la noche–. Se dispuso a comer una manzana que había en el frutero de la planta inferior, cuando un sonoro portazo la sobresaltó.

Era Olaf, quien entró a paso lento; con muy mala cara apoyó su espada en la pared, en lugar de colgarla, un detalle que no pasó por alto.

–¿Qué ha ocurrido? –dijo ella intentando disimular su tensión.

–El rey ha sido asesinado –replicó sentándose con visible cansancio en su mecedora, frente a ella. Le dirigió una mirada fría como el hielo–. Soy todo oídos.

Lo decía en un tono que rayaba la acusación. *¿Soy sospechosa? Y en el asesinato de un rey, nada menos.*

–Soy Marla Enea, pero llámame sólo Marla, por favor. Va a ser difícil de creer y entender, te ruego que mantengas en secreto todo lo que voy a contarte, Olaf Bersi.

–Sólo Olaf, por favor –parafraseó con una falsa sonrisa–. Con lo que vi al recogerte puedes poner a prueba mi credulidad y lo del secreto dependerá de lo que me digas. Pero en las actuales circunstancias, tienes cosas más importantes de las que preocuparte que de tu secreto –borró con brusquedad la sonrisa de su cara–, habla.

Marla entornó los ojos, evitando sostener su dura mirada. De medir su reacción podría depender salir con vida de aquella conversación.

–Trabajo, o trabajé en un sitio llamado Alix. Cómo lo explico... Estábamos probando... ya no estaba en pruebas, pero viajábamos a otros sitios, muy parecidos al nuestro. Estimábamos que existían muchísimos sitios diferentes, probablemente infinitos, pero a nosotros sólo nos interesaban

los que eran casi idénticos al nuestro. En esos *otros* lugares podíamos ver las consecuencias de diferentes acciones antes de que ocurrieran en nuestro sitio. Así podíamos forjarnos la historia más favorable. Teníamos una completa red de esos lugares de la que nunca salíamos. Todo era seguro, pero alguien nos traicionó –cerró los ojos, tragando saliva–, y me echó de la red –ahí no pudo evitar que se le quebrara la voz.

«Entre la infinidad de ellos he caído en este univ... sitio – miró a la ventana que tanto la turbó en la noche, pero ya sólo veía nubes–, del que ya dudo que sea derivado del mío. No hay posibilidad de regreso ni de rescate... estoy atrapada aquí hasta el fin de mis días»

Se atrevió a mirar a Olaf a los ojos tras coger aire de manera escandalosa, sorbiendo por la nariz.

–Eres la única persona que conozco aquí. Mi vida está en tus manos, Olaf Bersi.

Él escuchó todo en silencio, con lentos asentimientos e imperturbable *rictus*. Tras levantarse suspiró, pensativo, caminando con calma entre ella y la puerta.

*De nuevo asiente y no se sorprende. ¿Es posible que ya haya oído hablar de esto? Pero no se atrevió a preguntar, pues aún le inspiraba temor.*

–Necesitarás otra ropa –anunció al fin.

El rostro de Marla se estiró en un amago de sonrisa.

*¡Una oportunidad!*

–Sí, claro.

–Y será mejor que comas algo, ahí tienes fruta de ayer. Estaré en la habitación de al lado si necesitas algo, ¿de acuerdo? Voy a consultar mi biblioteca.

Y comió aliviada, pero no por saciarse al fin tras tantas horas sino al conseguir la primera victoria para su supervivencia. Aquel tipo, Olaf, aceptó su compañía temporal y no parecía guardar para ella oscuros propósitos. ¿Por qué razón? No se inmutó cuando le contó su historia, de hecho tuvo la impresión de que fue eso lo que la salvó. Un montón de interrogantes y teorías esperanzadoras se agolpaban en su mente, pero esperaba tener tiempo para investigar.

Tras dos horas, Olaf regresó con una túnica azulada de tramas doradas en mangas y bordes junto a una cuerda a modo de cinturón.

–Avísame cuando estés lista –dijo dejando el traje encima de una silla–, guarda el tuyo en el armario de la sala de la izquierda, si lo deseas. Puedes considerarla tu habitación –

concluyó de regreso hacia la sala contigua.

Marla permaneció unos instantes contemplando la puerta que cerró, pensativa. *¿Mi habitación? ¡Bien! Parece que me quedaré.* La actitud de Olaf había cambiado, estaba claro. El modo en que habló y dejó el vestido... su tono amenazador se había esfumado, fue respetuoso, casi un mayordomo. Muy contemporáneo.

*Quizá viera algo en su biblioteca.*

Echó un vistazo al traje en una larga exhalación. *Qué remedio.* Una vez puesto, se dispuso a guardar su mono gris reglamentario de Alix B en el armario. El interior lucía polvoriento, pero no le importó demasiado; su traje estaba hecho un asco y no parecía probable que se lo volviera a poner en breve.

Avistó en la pared un espejo astillado y se acercó, curiosa, a contemplarse. Durante unos minutos estuvo absorta; allí estaba ella, los ojos enrojecidos por las lágrimas, el pelo revuelto con algunos trozos de hojas secas y aquel trapo azul cubriéndole todo el cuerpo. A su espalda, una habitación extraña y atemporal.

Cuando iba a abrir la puerta para avisar a Olaf, se detuvo. ¿Cómo podía tratar con él de forma ventajosa? ¿Seducción?

¿Victimismo? Por el momento era su mejor baza para la supervivencia. Eligió ser cauta en ese aspecto, quizá hasta conocerle mejor.

*Pero necesito saber. Tal vez aún pueda volver. Tal vez...*

Al abrir lo encontró leyendo un libro que cerró de inmediato al verla, sorprendido.

–Ya está –atinó a decir ella.

Olaf la escrutaba sin decir nada, logrando que Marla, cohibida, apartara la mirada.

–Sí, de acuerdo –dijo al fin–, por un momento me has recordado a la propietaria del vestido. Te queda... bien.

*Punto para mí.*

–¿Y ahora qué? –se atrevió a titubear ella.

–¿De verdad no conoces este lugar?

–Ciertas cosas me resultan familiares, pero todo está ordenado de forma distinta. No, nunca he estado aquí.

–Pues eso es lo primero que solucionaremos –dijo incorporándose–, vamos a dar un paseo.

–¿Qué? Pero acabo de llegar, yo... ¿No es peligroso?

–Al lado de alguien como yo estás completamente a salvo, y

quedarte aquí no te va a hacer ningún bien, Marla.

Llamarla por su nombre fue como una bofetada que la terminó de despertar en aquella pesadilla.

Sin embargo, al salir e ir conociendo más a su extraño compañero, se tranquilizó. Lo primero que hicieron fue dirigirse al castillo real turinense, de corte muy medieval, donde Olaf consiguió sus documentos de identidad. Le adjudicó ascendencia dulicense porque, según él, “*Marla es un nombre dulicense*”.

La fuerte presencia militar en los alrededores del castillo la sorprendió e intimidó a partes iguales porque sabía que se debía a la muerte del rey, y los turinenses la miraban con suspicacia; quizá porque la veían con Olaf, o porque sospechaban de ella. Sin embargo, y supuso que por el rango de Olaf, nadie dijo nada. Sólo saludaban con leves inclinaciones de cabeza.

Una vez obtenidos los documentos, permaneció meditabunda. En apariencia ya era una armantina más. ¿Estaba sellando su destino en aquel lugar? Aún no sabía qué papel tenía.

Salieron al aire libre, por la ciudad, y no dejaba de maravillarse por lo parecido que era todo “*a mi mundo, en*

*otra época*". La excursión se vio empañada por su incapacidad para desenvolverse en público, tan acostumbrada a pasar desapercibida fuera de Alix. Tras ocho años así no podía evitar mirar a la vez curiosa e intimidada lo que hacían los demás, y al final quedaba en ridículo. Olaf no entendía su actitud y a ella le daba vergüenza explicárselo.

Comprendió entonces que quizá siempre estuvo atrapada.

Contra sus temores, Olaf resultó ser un caballero. Al principio hablaba él todo el tiempo, para explicar lo que veía. Ella asentía en silencio, pues le costaba entablar conversación debido a la disposición al diálogo y el respeto que aquel hombre le profesaba tras salir de la casa. Fue un cambio un tanto forzado como para aceptarlo con naturalidad.

Durante el paseo vio de todo: plazas, cúpulas de piedra y madera, fortificaciones abovedadas, casas con tejas, columnas de mármol... era como un *collage* histórico-cultural de la arquitectura. No podía cerrar la boca. Armantia debía tener una historia muy interesante, sin duda.

¿Qué posibilidades tenía de caer al azar en un sitio así del caos? Incluso con el mismo idioma, era tan extraño... El recuerdo que tenía de Boris modificando con prisa la interfaz multiversal le inspiraba un deliberado descuido en cuanto al

destino a programar, pero tal vez quisiera enviarla allí, de hecho.

Le gustaba comparar las diferencias entre universos con los rollos de las antiguas películas de cine. Imaginemos un fotograma en el que aparece un árbol. Si avanzamos un poco más, la imagen apenas cambiará pues los fotogramas son casi idénticos entre sí. Ese es el margen de movimiento de Alix B, universos similares o idénticos. Sin embargo, si continuamos la reproducción a mayor velocidad el árbol se irá moviendo e incluso la escena puede cambiar para dar paso a nuevas escenas, distintos espectros de universos. El caos. Era factible que cayera en un mundo derivado de la Tierra de aire enrarecido y lleno de cataclismos. O incluso en el vacío.

Pero allí estaba.

Anduvieron por un mercado en el que un tendero, al ver a la pareja tras su puesto, guiñó el ojo con descaro a Olaf. Marla intuyó en el rostro de su compañero –por el color que adquirió– sus ganas de estrangularle, pero pasaron de largo. Con su supervisión llegó a comprar ciruelas a otro mercader, aprendiendo ciertos gestos y saludos propios del lugar. Por otro lado su acompañante, aunque ayudara, se mostraba muy divertido con su desorientación. *En fin*, se excusaba, *es la primera vez que me preguntan cómo comprar ciruelas*. A ella

todavía no le salía devolverle la sonrisa.

La trataba como si la hubiera conocido una semana atrás, en vez de un día, y eso no dejaba que bajara la guardia. Pero notó que él también estaba pendiente de sus reacciones, y sólo afianzaba esa cortés confianza a cada señal que daba ella de aceptarlo. La estaba aclimatando.

*Aparezco de la nada, me da cobijo y ahora me pasea por la ciudad.* Prefirió no hacer ningún comentario al respecto. Ella por supuesto ponía también de su parte; procuraba ayudarle en lo que podía, intentando no estorbarle ni ocasionarle ningún problema, como parte de un contrato no escrito. A continuación pasaron al lado de un grupo de personas con un atuendo similar al de Olaf, aunque más simple, tal vez soldados. Se les veía serios, algunos saludaban con la mano a Olaf entre cuchicheos. Ella procuró controlar la creciente tensión cuando uno de ellos fue a su encuentro.

—Vaya, Olaf, ya era hora de que se te pasara lo de Amandine. ¿No nos la presentas?

—¿Debería, Sigmund?

Marla contemplaba en silencio la hostilidad contenida que se respiraba en el ambiente. *¿Amandine?*

Sigmund sostuvo la mirada a su compañero. Aparentaba

terminar la treintena y poseía una poco cuidada barba pelirroja.

–No es momento de buscar novias ¿No te parece? La guerra está pronta y andarás bastante ocupado.

–Cuánta convicción. ¿La vas a empezar tú ?

–Oh, eso alarmaría mucho al pacificador, ¿verdad? –dijo con una sonrisa burlona, mirando a Marla como si ella tuviera que reírse también– Tan sólo doy la opinión de alguien que pertenece al mayor ejército de Armantia, condenado a participar en campeonatos rancieros y a revolcarse en la apatía. El asesinato del rey Erik está más allá de cualquier rencilla entre turinenses y debranos que hayas podido evitar en el pasado. Ahora no hay diplomacia posible, *Gran General*. ¿No le has contado a tu novia la que se avecina?

Una escena violenta, sin duda. Olaf lanzó a Sigmund una mirada venenosa durante unos instantes, y Marla se situó detrás de su compañero casi sin darse cuenta. Era mejor no formar parte de aquello.

–Desaparece de mi vista –dijo al fin en tono neutro.

Sigmund sonrió y regresó con sus compañeros. Mientras se marchaban, el grupo de soldados rió a carcajadas cuando Sigmund exclamaba *¡El Gran Cobarde nos llevará a la guerra!*

Olaf se limitó a apretar las mandíbulas, y ella procuró no mostrar ninguna emoción.

La acompañó a una zona despejada que daba a un amplio paisaje verdoso. Cualquiera hubiera dicho que estaban en un mirador. Luego de sentarse en un rudimentario banco de madera, contemplaron en silencio el panorama durante unos minutos; lo único que se escuchaba de fondo era el canto de los pájaros y alguna cascada lejana que provocaron su momentánea abstracción, al igual que la de su compañero. O eso creía ella, ausente, hasta darse cuenta de que él la estaba mirando, apretando una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —dijo ella.

—¿Acaso tampoco habías visto árboles?

Ambos estallaron en carcajadas. Ella agradeció el chiste, pues no había relajado un músculo desde que apareció allí. ¡Una pizca de distensión!

—No abundan en mi mundo. He ido a otros donde sí había, pero me obligaba a ignorarlos para no encapricharme de ellos, teníamos reglas al respecto. Ahora puedo.

—Creo que te entiendo.

—Y este silencio es impagable. En mi mundo el auténtico

silencio es un privilegio.

–Vaya, pues en Turín abundan los sitios como este. Me vienen muy bien para sopesar ideas.

–Turín –dijo ella súbitamente interesada. Por fin se sentía capaz de empezar algo parecido a una conversación– ¿Existe desde hace mucho tiempo?

–En realidad no mucho. Se fundó hará cincuenta años, tras una guerra civil que dividió el reino anterior...

–¡Años! –exclamó Marla sorprendida.

–Sí, años –dijo Olaf un poco molesto por la interrupción–. ¿Tampoco sabes lo que son?

–Claro, perdón. Continúa.

*Y tanto que lo sé*, pensó Marla. Mezcla de arquitecturas, mismo lenguaje, y un calendario similar, todo eso tenía que tener un origen. No podía estar allí por accidente.

–Como decía, se creó hace medio siglo con la unión de otros dos reinos en guerra. Esa fue la última disputa a gran escala que hubo en Armantia. Hemos tenido momentos malos y buenos, pero ninguna escaramuza armada. Y ha sido difícil. Aunque eso... –suspiró– me temo que llega a su fin.

–Debido al asesinato del rey que me comentaste... ¿Por eso

dijo aquel hombre que habrá guerra?

La mención de Sigmund le hizo torcer el gesto, pero luego asintió.

—Sí. Hay evidencias que apuntan a una autoría debrana. Oh, no conoces Debrán, claro. Es el reino adyacente a Turín, el segundo más grande después del nuestro, debiste verlo en el mapa de mi casa. Digamos que son rivales por nuestra parte. Toda la literatura heroica turinense de las últimas décadas se basa en alguna batalla contra ellos. Y eso es lo que me preocupa. El hijo del Rey sin ir más lejos, Gardar, me preocupa mucho. Un joven de quince años ahora huérfano, con sed de venganza. Y ya era muy belicista.

Rió entre dientes, suspirando, como si estuviera hablando consigo mismo y recordara que ella estaba allí.

—¿Sabes? —añadió— Soy la segunda persona más poderosa de este país, tal vez lo intuyeras. Hago las veces de general, segundo y consejero del rey. Pero no soy muy del agrado del heredero. Temo por él y por lo que pueda emprender. Las pruebas de la supuesta autoría debrana me parecen demasiado artificiales, pero a él le bastarán. No he visto chico que busque más pelea.

Marla supuso que aquella era una confidencia que no había

compartido con nadie más.

*¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué me cuidas? ¿Qué esperas de mí?*

Esas frases ardían en su pecho, pero no podía dejarlas salir. Al fin y al cabo no tenía ningún inconveniente en ser tratada de esa manera, tenía bastante suerte de no estar vagabundeando por ahí. Cualquier cuestión que pudiera precipitar el fin de la relación podía esperar.

–¿Y qué temes que pueda hacer el heredero?

–Declararle la guerra a Debrán, claro.

*¡En buen momento he llegado!*

–¿Y está el pueblo turinense de acuerdo?

Olaf resopló con una sonrisa resignada.

–Lleva mucho tiempo buscando una excusa para hacerlo.

Ahora era él quien tenía la mirada perdida en el paisaje, y Marla empezó a comprender.

*Quiere evitar una situación difícil, pero no puede pensar que yo le pueda ayudar en semejantes cuestiones ¿O es algún tipo de terapia? No hace daño tirar un poco más del hilo.*

–Pero eres tú quien no está de acuerdo con el sentir

popular, ¿correcto?

–Si no fuera por mí, Marla, tendríamos guerra desde hace tiempo. He calmado los ánimos hasta ahora, como verás tengo cierta fama de prudente, y no soy muy admirado por ello. Pero ante esto nada se puede hacer.

–Te honra –se atrevió a decir ella tras un moderado silencio.

El general la miró con sorpresa.

–Gracias –dijo con incomodidad al ser tema de conversación.

*No deben reconocérselo muy a menudo.*

–Conoces muchas cosas que yo ignoro, que muchos ignoramos ¿Verdad? Tu sabiduría, quiero decir... –dijo al fin Olaf.

Fue Marla quien se sintió incómoda esta vez.

–Es... *posible* –titubeó. Viendo que la evasiva no agradó a su interlocutor, optó por cambiar de tema–. Olaf, cuando me recogiste te interesaste por Alix. ¿Puedo preguntarte yo qué sabes de ello?

–Sólo que lo tenías escrito en tu pecho. Es una palabra curiosa, presente en los libros de historia. Por eso me llamó la

atención.

–Ya, y... ¿qué hay de Alix en esos libros?

–Todo a su tiempo –se limitó a decir.

*¡Me está evaluando! Sabe algo y aún no está seguro de decírmelo. ¿Pero qué se supone que debo hacer?*

A pesar de su exasperación, no insistió.

–Creo que has visto bastante por hoy –sentenció el general.

Al atardecer regresaron a la casa, donde quedó de nuevo sola debido a que Olaf salió a resolver asuntos de los que nada quiso decir. De nuevo, las instrucciones eran que no saliera ni tocara nada.

Justo el momento que estuvo esperando.

Excitada, se adentró en su biblioteca privada. No tenía ni idea de si a él le hubiera gustado, pero ya no temía arrebatos violentos. Las paredes llamaron su atención, pues estaban llenas de cuadros; le gustaba la pintura, sin duda. El lienzo más grande tenía el marco escrito, y se acercó, curiosa.

**“Coronación de Erik Sturla de Turín”**

Erik, el rey asesinado al llegar ella. En el cuadro era un muchacho, no así quien estaba a su lado.

—¿Pero qué...?

El pulso se le disparó al ver al hombre que lo coronaba, dibujado como de la propia mano de *Botticelli* y más viejo pero de todas formas reconocible.

Boris Ourumov.

## Inaceptable

— **A** sí que los Boris han desaparecido —dijo Julio Steinberg, presidente de Alix Corp.

—Sí, huyeron de la red llevándose a la chica con ellos — confirmó Fran, director de Alix B.

Reinaba en la sala un silencio sepulcral, pues todas las opciones de aislamiento del centro de domótica estaban activadas; apenas sentirían una explosión cercana al edificio. Salvo por la mesa y los doce asientos ocupados por buena parte del consejo de administración de Alix, tan sólo el vacío los acompañaba.

—¿Es necesario que tengas encendida tu IA aquí, Fran? — dijo Julio, molesto— Aquí nadie te va a llamar *El Jefe*.

Este pestañeó un par de veces, levantando su monóculo como si fuera un parche. La palidez del ojo que se descubrió bajo el mismo desagradó a los asistentes.

—Bien —continuó Julio—. Control de daños, corrígeme si me equivoco. Enviaste a esa chica a eliminar a Boris sin éxito, y

once de ellos asaltan la sala de tránsito y la envían al caos. Y luego se esfuman sin más.

–Así ocurrió –replicó Fran, incómodo. Julio presidía en un extremo de la mesa rectangular y Fran se encontraba en el otro, justo el que daba a la puerta. Aquel asiento tenía fama de ser algo parecido a una butaca de los acusados, lo que le puso algo nervioso.

–¿Qué sabes de ella?

–Se llama Marla Enea Benavente, llevaba viajando unos ocho años y es de los pocos agentes ajenos a nuestra nueva generación de empleados que sigue... seguía en la compañía. Iba a ser *retirada* justo cuando regresase del encargo que se le hizo antes del asalto de los Boris.

–Tenía acceso al mundo exterior, entonces.

Fran tardó unos instantes en responder, pues tal y como hablaba el presidente, daba la impresión de que le hacía a él responsable.

–Vivía en un apartamento de la compañía en la ciudad, así es.

–Sólo hay una cosa que me mata de curiosidad... ¿Qué crees que hizo Boris con ella? –continuó reclinándose en su asiento.

–Él conocía el orden de retiro de los empleados anteriores a las nuevas instalaciones, así que probablemente su intención fuera salvarla. Ignoro a dónde pudo mandarla o con qué otro propósito porque como no tenemos permiso para estudiar universos fuera de la red...

–No estamos aquí para aguantar tus reivindicaciones. Puedes marcharte.

En silencio, Fran cerró sus informes de la mesa-pantalla y abandonó la sala sin mirar atrás.

–Debería dismantelar Alix B ahora mismo, y darle a ese gordo irresponsable un último viajecito al pleistoceno –dijo Julio frotándose la cara con cansancio y hastío–. Y encima el hijo de puta de Boris ha conseguido huir. Espero que esa fuera su única intención.

–Señor Steinberg –dijo uno de los asistentes–, en estos momentos esa mujer podría estar con Boris, y por tanto saber lo mismo que él. Considerando que ya ha demostrado que puede viajar con la *unidad*, es posible vuelvan aquí preparados y destapen nuestras actividades a todo el mundo.

–Lo sé, lo sé. Pero, no sé, tengo la impresión de que esto va más allá de nuestros propios asuntos. Creo que no volverán; de hecho es probable que sean como las ratas que saltan antes de

que el barco se hunda. Y con razón.

–¿Por qué dice eso?

–Vamos, Fede, sabes que cualquier día el ministerio de "ofensa" puede descubrir todo el asunto y sacarnos a patadas de aquí. Porque no dismantelarían Alix, por supuesto, ni tampoco podemos alquilarles el servicio, es un poder demasiado grande, no se conformarían. Y además, todo el asunto de Boris apesta. Se ha saltado la asepsia más elemental de la seguridad en los viajes, y logrado reunirse con otros Boris. Eso sin mencionar la posibilidad de que estén al servicio de esta compañía en otros universos. No sé a vosotros, pero a mí me quita el sueño. Temo una guerra *multiversal*, caballeros. Y por si todo esto no es bastante, coquetea sin ningún pudor con el caos. Quién sabe lo que se nos puede colar por ahí, se me ponen los pelos de punta cada vez que lo pienso.

–A propósito del caos ¿No es usted un poco alarmista al respecto, señor Steinberg? –dijo otro de los asistentes– Revisando las cuentas he visto que apenas apoya a los proyectos dedicados a estudiarlo y...

–¿Alarmista, Nico? –Julio dio un fortísimo puñetazo a la mesa, gritando fuera de sí–, ¡¿Alarmista?! No veo a nadie de *Alix C* hoy... ¡¿Dónde está Eduardo?!

Una mujer alzó la mano.

–Eduardo está enfermo, señor Steinberg, he venido en su lugar. Soy la vicedirectora, quizá se acuerde de mí, nos conocimos en la reunión sobre el incidente *Magallanes*.

–Cierto, cierto. Bien... ¿Podrías ilustrar a estos señores un poco acerca del caos, dado que vosotros sois quienes lo estudiáis? Temo ser demasiado *alarmista*.

–Disculpe, señor Steinberg –dijo Nico–, sabe usted muy bien que yo llegué a este consejo hace dos semanas, y que no he podido ponerme al día con toda la documentación. Comprendo que esté bajo presión y...

–¡Cállate! –interrumpió Julio, furioso–. Qué sabrás tú de presión. La compañía se hunde y sólo puede salir a flote explotando una tecnología más inestable que la nitroglicerina, pero tú dices que no hay que alarmarse. Por favor –dijo mirando a la mujer.

–Bien, el caos es una idea abstracta, el término con el que denominamos a todos los universos que están más allá de la red que controlamos y explotamos a través de Alix B. Una vez miramos fuera de ella, nuestro planeta deja de ser una réplica del que conocemos y en muchos casos ni siquiera está presente. Digo esto para situar el contexto. Hmm... ¿Tengo

permiso para hablar sobre *Magallanes*? Hay aquí algunos que llegaron después. Creo que sería uno de los mejores ejemplos.

–Por supuesto, es algo que Nico ya debería conocer. Y no te cortes, deléitanos con los detalles, así él podrá perfilar mi alarmismo.

–Bien, nuestro estudio del caos se ha llevado a cabo sobre todo con sondas exploradoras. Gracias a ellas descubrimos un universo particular con una Tierra derivada en la que prevalecía una civilización humanoide de tecnología bastante más avanzada que la nuestra. Es fácil pensar que se trata del futuro remoto de nuestra propia especie, dado que se diferenciaban de nosotros en que eran más altos, delgados, cabezones y ya no tenían meñique en el pie, atrofiados los de sus manos. Las posibilidades se presentaban infinitas en investigación, desarrollo y venta, así que tras muchas discusiones y con la negativa de Boris y algunos miembros del consejo que pedían más tiempo para conseguir información extra de las sondas, decidimos mandar a dos de nuestros agentes y traernos algunos ingenios. Necesitábamos resultados.

«La llamamos *Operación Magallanes* y su primera misión consistió en traernos un extraño aparato, parecido a un secador de pelo del siglo veinte que usaban para acelerar en

cuestión de minutos la cicatrización de heridas. Tan sólo regresó un agente. Al parecer el otro fue descubierto por algunos nativos, quienes lo paralizaron y se lo llevaron. Pero el otro agente pudo volver con el chisme»

La mujer realizó una pausa con los ojos fijos en la mesa, sopesando lo que iba a decir a continuación. El rostro de Nico, por contra, se volvía cada vez más brillante debido al sudor.

–El aparato se descompuso a los dos días, como si fuera biodegradable, y apenas pudimos estudiarlo. Al tercer día, el agente cayó enfermo de gravedad, con unas úlceras terribles por todo el cuerpo. Al cuarto recibimos en la sala de tránsito y por sorpresa la notificación de regreso del otro agente, al que dimos por perdido varios días antes. Una escena bastante tensa, pues no pudimos dejarle volver tras lo ocurrido, tenemos normas estrictas al respecto. Además, el personal disponible aquella madrugada, era escaso. Al final conseguimos detenerle en pleno proceso de materialización. Pude verlo en vídeo, fue un espectáculo bastante desagradable. El primer agente murió desangrado esa misma noche, y al quinto día a gran parte del personal de esas instalaciones les aparecieron heridas ulcerosas...

La mujer miró a Julio, preguntándole en silencio si acaso era necesario seguir. Este hizo un gesto con la mano, tomando

la palabra, y miró a Nico.

–Ese es mi *alarmismo*, maldito idiota. De lo que esta mujer te ha hablado es de lo que fue *Alix A*. Desde el mismo minuto en que nos comunicaron por radio lo de las úlceras sellamos la salida de las instalaciones al mundo exterior y les dejamos sin energía. Uno de los afectados fue también el hombre que ocupaba antes tu asiento, que estaba allí de inspección. Nadie ha vuelto a entrar o salir de allí, y nadie lo hará. Por eso estamos siguiendo el mismo programa de instalaciones–vivienda con *Alix B*, que ya nos salvara en el caso anterior. Ahora seguimos el estudio del caos en *Alix C*, con mucha más seguridad.

El rostro de Nico se había vuelto colorado, y sudaba con profusión.

–La epidemia –continuó Julio– se propagó pese a que nuestros controles, que son *muy* estrictos, no encontraron absolutamente nada, lo que significa que nadie en el resto del globo hubiera podido hacerlo. Sería un poco *alarmante* que saliera alguien de *Alix A* en una situación como aquella ¿No te parece?

–Pero aun así fue un descuido nuestro –replicó Nico–, es decir, los que van y vienen son nuestros propios agentes, nadie

nos vino a invadir, fuimos nosotros quienes trajimos la amenaza. Por no hablar del peligro biológico, hasta los primeros astronautas que pisaron esa piedra muerta que tenemos por satélite estuvieron en cuarentena. No por eso se puede decir que el caos sea...

Julio miró a la mujer.

–¿Te llamabas...?

–Allegra –como Nico, era su alias en la compañía.

–De acuerdo, Allegra, responde tú misma.

–Lo que debe comprender el señor Nico, es que lo de *Magallanes* sólo es la punta del iceberg. No sólo descubrimos otras Alix, es que hemos detectado también otras civilizaciones e incluso derivados aberrantes de la especie humana que conocen el multiverso, y no se limitan a explotarlo como nosotros, también invaden y controlan los universos – nuestro planeta en ellos– a los que viajan. Aún está fuera de nuestro alcance asegurarnos de que no es posible, pero si no tenemos cuidado allá donde vayamos nosotros o nuestras sondas, pudieran ser capaces incluso de seguirnos el rastro. Muchas de esas civilizaciones poseen sobrada capacidad para hacernos trizas, y ahora tenemos a un loco proveniente de nuestro universo dando saltos por el caos sin ningún control.

¿Me sigue?

Nico asintió con la cabeza, sin mirarla. Julio consideró improbable que volviera a abrir el pico en lo que quedaba de reunión.

–¿Que sabéis de lo de Boris en Alix C? –preguntó a Allegra.

La mujer alzó el dedo índice asintiendo con la cabeza, como si fuera algo importante que se hubiera saltado.

–Tal fue la prisa de Boris que olvidó borrar el registro de coordenadas de la sala de tránsito, acaso supiera que eran conservados. Gracias a eso tuvimos acceso directo al lugar al que mandó a Marla Enea. Aunque, dado que él viajó usando la *unidad* y no nuestras instalaciones, no sabemos si fue allí también. Las microsondas exploradoras detectaron la señal de la IA de Marla en un momento en el que ella activó la función de radio. Así es como pudimos localizar el lugar en el que lo hizo sin tener que buscar; una gran isla, habitada por un compendio de culturas de nuestro mundo cuyo espectro temporal ronda la primera mitad del pasado milenio, todo aderezado con nuevos. En cualquier caso nada que llegue a la electricidad.

–No tiene sentido.

–Descubrimos algo más. ¿Conoce el rastro dejado por los

saltos de regreso?

–Claro.

–Detectamos alrededor de ese mundo miles de ellos.

Julio frunció el ceño.

–Se supone que ese rastro se esfuma. Cuando alguien da el salto y desaparece, la presión atmosférica llena ese vacío de golpe, produciendo una implosión que borra cualquier rastro. No da tiempo a detectar nada. Las alteraciones producidas por el salto sólo podrían conservarse en el vacío, lo que no se ha probado. Es algo teórico.

–Como he dicho, fue en órbita –dijo Allegra asintiendo.

–Pero, nosotros no tenemos infraestructura para crear naves que... quiero decir... –dijo Julio perdiendo el hilo de voz.

Allegra miraba sus propias manos mientras las entrelazaba, nerviosa.

–En eso tiene usted razón, señor Steinberg. *Nosotros* no.

Viendo que nadie decía nada, Julio suspiró, incómodo y cansado.

–De acuerdo, Allegra, hoy estoy demasiado espeso para hacer suposiciones. Me encantaría oír las tuyas.

–En fin, señor Steinberg, gracias a que las alteraciones se conservaron en el vacío, el espacio que ocuparon las naves antes del salto quedó intacto, y la poca materia que apartaron para hacer sitio a su llegada conservaba su configuración exacta.

–Ya he dicho que estoy espeso.

–Quiero decir que tenemos fósiles fantasma, señor Steinberg, débiles siluetas espectrales de naves espaciales que estuvieron ahí. A juzgar por su tamaño y forma hubo de todo tipo, desde las que tenían el tamaño de una cabina de holollamada a auténticas ciudades flotantes de varios kilómetros de diámetro. Tan diferentes eran que creemos que llegaron de distintos universos.

Una ola de murmuraciones recorrió la mesa.

–¿Y cómo encajan con ese *pseudomedioevo*?

–Quizá fueron los colonizadores de ese mundo, no hay forma de saberlo.

–En cualquier caso tenemos acceso directo a él. Bien, bien... voy a llamar otra vez al *pirata*.

A los seis minutos, Fran estaba de vuelta en el asiento de los acusados. Julio mostraba una sonrisa radiante.

–Bien, Fran, tenemos localizados a Boris y a la chica.

–Entonces no queda sino enviar a alguien que se deshaga de ellos –dijo Fran levantándose el monóculo.

–Eso pensaba. Y me alegro de que coincidas conmigo porque vas a ser tú el que irá a hacerlo. Como en los viejos tiempos ¿Eh, Fran?

## Extraña compañía

**A** su regreso, Olaf encontró a Marla rodeada de multitud de libros abiertos. Ella ya estaba tomando uno para leer en voz alta.

–“Se dice que *Boris de Alix* apareció de una luz cegadora para traer la paz a Armantia. Consiguió poner fin a la guerra y contribuyó a la creación de Turín, logrando con ello una paz que aún persiste durante la creación de este manuscrito. Murió de vejez diez años después de coronar a Erik como Rey de Turín, no sin antes dejar un pergamino dirigido, según sus palabras, *a la persona que me sucederá en mi tarea y que llegará como he llegado yo*. Aunque dicho manuscrito se conserva, es indescifrable.”

El libro expelió abundante polvo tras su brusco cierre. Los ojos de Marla desbordaban recriminación.

–Tenía que estar seguro –replicó Olaf en un suspiro, al entender lo que ocurría.

–¿Seguro? ¿De qué? ¿De si el resplandor del que surgí era lo

bastante fuerte? ¿Tienes idea de lo que he pasado? ¡Quiero ver ese pergamino *ahora!* –exclamó indignada.

Olaf asintió pensativo.

–Esta noche pasaré por casa del escriba real. Él lo posee, veré si se lo puedo pedir prestado y...

–Iré contigo –anunció ella con decisión. Dio pie a la conversación como una mera pose para manipular a Olaf, pero poco a poco logró enervarse ante la posibilidad real de salir de allí o al menos saber qué diablos ocurría, pues el paternalismo de aquel soldadito medieval empezaba a resultar cargante.

–No –el tono del general fue firme, cortante y no daba lugar a condiciones.

–¿Y por qué no? ¡Debo verlo!

–Porque no quiero que te involucres. Es demasiado peligroso y no voy a discutirlo. Y haz el favor de calmarte.

–¡Pero es importante! Es... aún puedo volver... no me hagas esto... –se detuvo unos instantes con la mano en el pecho, pues lo sentía oprimido y sin aire.

–Eh, eh –se acercó Olaf–, no es para tanto... ya he dicho que lo traeré, pero no puedes venir.

–Tan sólo es un pequeño ataque de ansiedad, ya estoy bien

–gruñó Marla jadeando entre enojada y consternada, sin mirarle. Le empezaba a caer mal aquel tipo, no hacía sino fruncir el ceño cada vez que ella decía algo.

–¿Por qué crees que ese pergamino te puede ayudar a volver?

–No lo sé... –replicó llevándose las manos a la cara, sollozando sin saber ella misma si fingía– no lo sé... porque tengo la esperanza de salir de aquí... porque siento que a cada minuto esa Luna gigante y extraña me mira con su cráter recordándome que estoy perdida en el caos, donde nadie a quien conozca puede encontrarme... porque algo terrible debe estar sucediendo en mi mundo... porque incluso aquí aparece ese malnacido de Boris, porque... porque todas las pruebas de que existo han desaparecido. Porque estoy atrapada. *Atrapada.*

La mano del general se posó en su hombro mientras sugería traer agua, idea que ella aceptó a regañadientes.

–Será mejor que vayas a descansar –dijo al volver, señalando a su dormitorio–, ya leerás el pergamino mañana.

*No, no lo leeré mañana,* pensó cuando regresaba a paso lento a su habitación.

Pronto y claro se abalanzó el anochecer con Luna llena. El

sonido de la puerta de entrada cerrándose no pasó desapercibido para Marla en su fingido sueño. Rauda, se incorporó de un salto para ir hacia la salida. Al asomar la cabeza con discreción, contempló a la silueta de Olaf perderse en la azulada penumbra de la calle que tenía ante sí.

Y apretando puños y dientes, fue tras sus pasos.

Pero no tan lejos como pensaba, pues a través del empedrado suelo tan sólo recorrió cinco calles en línea, cruzando al final una esquina. No es que temiera extraviarse; ya realizó en sus años dorados en Alix seguimientos en lugares desconocidos y épocas diferentes. Sin embargo, aquel silencio le infundía respeto, y apenas veía a Olaf en el camino, lo que la obligaba a ser aún más sigilosa. Otro detalle a tener en cuenta era aquel maldito astro; las calles permanecían iluminadas casi como en un día muy nublado, aunque le fascinaba el tono azulado de la luz, pues otorgaba a la noche un aspecto a caballo entre la pintura y el cine.

A Olaf se le veía inquieto y vigilante, oteaba las cercanías con extrema suspicacia –lo que la ralentizó bastante–, hasta que alcanzó la presunta casa del escriba real. Tras un suave toque, la puerta se abrió despacio, y al ver el interior se llevó una mano a la cabeza. Marla dedujo que el general encontró algo inesperado.

Ella también. Cuando Olaf emprendió sus primeros pasos hacia el interior, un individuo salió de las sombras de una esquina cercana, oculto entre varias cajas de madera, y se precipitó corriendo con el mayor sigilo pudo hasta la puerta. Marla notó la inyección de adrenalina en su cuerpo, los músculos tensos, la respiración contenida. Preparada para no sabía qué.

Gracias a la azulada luz pudo distinguir las ropas del extraño, que vestía como soldado turinense.

Y ocurrió. El hombre echó un cuidadoso vistazo a la entrada de la casa, y desenredó una cuerda que llevaba en la mano. Con sigilo se aproximó a Olaf por la espalda, este aún de pie en la entrada, y echó la cuerda por encima de su cabeza sosteniéndola por ambos extremos.

El tirón cogió a Olaf de improviso, e intentó quitárselo de encima agitando sus brazos con torpeza. No tenía ninguna posibilidad.

*Mierda.*

Marla recorrió la distancia que la separaba de la casa rápida como un suspiro, y para cuando el desconocido pudo escuchar algo, una mano ya se dirigía hacia su cabeza.

Cayó inconsciente y Olaf de rodillas, tosiendo y jadeando.

Ella, por contra, reconoció al soldado con sorpresa. Era Sigmund, el militar que tuvo una agria conversación con Olaf frente a ella tiempo atrás.

Se dispuso a incorporar al general, pero este, asustado, resistía con las pocas fuerzas que le quedaban.

–Calma, calma, soy yo –dijo ella. Tras reconocerla, el general pudo al fin sentarse para recuperar el resuello.

–¿Qué... haces... aquí? Te dije que...

–Busco el pergamino, es evidente. Y como no me apetecía estar ni un minuto más encerrada, te he seguido.

–¿Hasta aquí?

–No fue muy difícil con ese faro que tenéis por Luna –dijo ella mirando a su alrededor.

–Tenemos... tenemos que irnos.

–El pergamino –contestó sin mover un músculo.

–Está bien... los documentos de más valor están en ese rincón, pero rápido, por favor.

Entre los estantes que Olaf le había señalado encontró multitud de pergaminos enrollados. ¿Libros? ¿Pergaminos? ¡Qué disparate! Por fortuna colgaban de ellos etiquetas con sus

nombres, y procedió a revisar uno tras otro.

Por su parte, Olaf maniató a Sigmund en uno de los pilares de la casa. Lo hizo cuan rápido fue capaz, pues comenzaba a recuperar la conciencia.

–¡Marla, date prisa!

–¡Ya voy! –replicó ella removiendo pergaminos frenéticamente. Algunos se le caían al suelo.

Olaf volvió la mirada a un Sigmund que apenas murmuraba incongruencias.

–Eh, eh, mírame –dijo dándole una pequeña bofetada– ¿Por qué has intentado matarme, sabandija?

Sigmund le miró con los ojos entrecerrados.

–Ah, Olaf... –sonrió– sucio bastardo, traidor... su majestad sabía que estarías conspirando contra él... le traicionaste, nos traicionaste a todos...

Marla agudizó el oído mientras rebuscaba.

–Yo no he traicionado a nadie –dijo Olaf mirando hacia ella– ¡Tenemos que irnos ahora!

–No importa lo que tú creas, sino lo que crean los demás –estalló Sigmund en carcajadas–, tampoco importa lo lejos que

te escondas. Todo está dispuesto, y tenemos listo un sustituto para ti, uno que no vacilará a la hora de dignificar a nuestro ejército.

Su sonrisa se estrelló en los ojos del general.

–¿De quién estás hablando? –susurró con tono amenazador.

–Armantia será turinense, no podrás postergarlo más. Al fin... –intentó gritar– ¡El traidor está aquí! ¡Olaf Bersi es...! – fue interrumpido por un puñetazo en la mejilla.

Marla pensaba veloz mientras descartaba pergaminos. La situación se estaba enrareciendo, ella conseguiría en breve lo que necesitaba y la compañía de Olaf se volvía peligrosa por momentos. Su propia supervivencia tal vez exigiera delatarle.

–¡Bingo! –exclamó al leer en una de las etiquetas Boris de Alix.

–¿*Bingo*?

–Quiero decir que ya lo tengo.

–¡Vámonos!

–¿Y a dónde?

–A Debrán.

Marla hizo ademán de seguirle, pero se detuvo, pensativa.

–¿Por qué te quieren matar? ¿Y por qué te ha llamado traidor?

–Es largo de contar, y no es el mejor momento para dudar de mí. ¿Prefieres quedarte aquí? ¿Sola y con un pergamino robado? ¡Sígueme!

Prefirió seguirle la corriente hasta tener información suficiente sobre lo que ocurría, pero comenzaba a cansarse de seguir a expensas de lo que se le escapara a su particular cicerone.

Al salir, regresaron a la casa de Olaf con la mayor discreción posible. No parecía que hubiera nadie vigilando, así que se dirigieron a la parte trasera, donde el general montó en su caballo. Tras invitarla con un gesto, Marla hizo lo propio y se agarró a él con fuerza. Cuando oyeron gritos desde la calle que iba a la casa del escriba, salieron a galope tendido justo en dirección contraria.

Varias horas pasaron hasta que el paisaje se volvió arbóreo por completo, obligándoles a bajar del caballo para ir con él a pie. No parecían seguir un camino concreto, ella se limitaba a seguir a Olaf; de algún modo su destino estaba a partir de ahora ligado al suyo, así que no merecía la pena seguir

pensando en lo seguro o conveniente de su compañía.

Tras innumerables ascensos y descensos en el trayecto restante, el cual pudo ser mucho peor sin la azulada luz que irradiaba aquel astro, se detuvieron.

–Podemos descansar aquí –dijo Olaf, mirando hacia atrás con los ojos entrecerrados.

Se detuvieron en un claro oculto por varias cumbres, un sitio en verdad recóndito, en medio de la nada. Tras atar las riendas del caballo a un árbol, Olaf trajo dos troncos convenientemente cortados para cumplir como improvisados taburetes, además de algo de leña amontonada en un rincón cercano. Marla pudo al fin tomar asiento y estirar sus doloridas piernas. Las travesías a caballo nunca le resultaron muy cómodas.

El general fugitivo se mantuvo figoneando en los alrededores unos minutos, antes de sentarse frente a ella.

–Veo todo muy preparado, deduzco que ya has estado aquí –se interesó Marla.

–Pues sí, aquí es donde un espía hervinés y yo nos reunimos de vez en cuando. Es un lugar bastante perdido en la espesura y sólo nosotros sabemos ver las señales que llegan hasta aquí. Estamos seguros. ¿Tienes hambre?

–Una leve fatiga.

–Comeremos en cuanto lleguemos a Debrán.

–¿Pero por qué a Debrán? –dijo ella– ¿No se supone que es el reino enemigo o algo así?

–Eso es exagerar un poco. No me convertirán en un adoquín de flechas cuando me vean llegar, si te refieres a eso. Al rey Gorza le interesarán muchas de las cosas que tengo que contarle y que bien podrán valer nuestro cobijo en sus dominios, y aún más importante, su protección.

Marla intentaba atar cabos.

–Espera, espera... ¿Tú... espías para Debrán? ¿Te están persiguiendo por eso?

–¡Oh, no, en absoluto! –replicó riendo– Nada más lejos. Mucha cosas han cambiado desde que llegaste.

–Y no lo dudo –dijo ella hastiada de ser su sombra–, pero es que para empezar no sé cómo estaban las cosas cuando llegué aquí, lo único que he visto es ese mapa que tienes en tu casa. Así que, ya que parece que voy a tener que vivir aquí, podrías ponerme al día y explicarme por qué carajo estamos huyendo.

Olaf se mordió un labio, pensativo, como si no supiera por dónde empezar.

–Es una larga historia –advirtió.

–Me da igual, no soy un mero fardo de viaje, necesito saber en qué mundo vivo.

–De acuerdo, intentaré resumírtelo. Veamos, hasta el día en que te recogí las cosas fueron muy tranquilas por aquí. La última guerra que hubo en Armantia fue la que originó la creación de Turín hace medio siglo. Hemos tenido pocas tensiones entre los distintos reinos más allá del comercio, en especial entre Turín y Debrán donde yo he mediado en numerosas ocasiones, como ya te he contado.

*«La noche en que despertaste por primera vez en Armantia, un grupo de arqueros cuyo origen ignoro, inició desde una arboleda cercana al castillo del rey un asedio de lo más inesperado. Salió el propio Erik a caballo para apoyar a la poca infantería que estaba por la zona. En ese momento los arqueros se pusieron de acuerdo en acabar con el rey. Luego de abatirlo huyeron de inmediato. Peor aún, su hijo Gardar, el heredero, lo presencié todo desde un ventanal y su madre Celestia se suicidó más tarde tirándose de la Torre Sur. Las flechas que usaron portaban un banderín azul, como es costumbre en los útiles de batalla de Debrán.*

*Lo primero que hice fue acudir raudo a hablar con el nuevo*

*rey, hijo del anterior. Temía lo que pudiera rondar por su cabeza. Es sabido que a Gorza, rey de Debrán, nunca le cayó bien nuestro rey Erik, lo que unido a las armas que dejaron los atacantes al huir dejaba poca duda en cuanto a la autoría del asesinato.*

En resumen, persuadí a Gardar, el heredero, para que esperara al menos una semana con el propósito de que Gorza confirmara su ataque o aportara pruebas de inocencia. También le rogué prudencia, pero cuando fue a ver a su madre, esta ya yacía a los pies del castillo. Su suicidio le superó. Hay que pensar que Gardar sólo tiene quince años. Y nada más me dijo; se convirtió en el nuevo rey como si tal cosa, mas yo noté entre mis hombres una mayor frialdad hacia mí y menos apoyo de nuestro nuevo líder. Fue muy notorio el día en que te dejé a solas y te pusiste a fisgonear en mi biblioteca, momento en que volví a acudir ante él.

No se interesaba más por mi opinión, su mente ya rodaba sola.

Me marché, preocupado. Había cambiado. Se mostró seguro y autosuficiente, casi magnánimo, y dejó de contar conmigo, todo ello a apenas unas horas desde que se convirtió en rey y perdió a su familia. Algo iba mal.

Además, como ya dije, llevaba toda la semana notando un comportamiento extraño en mis hombres. Se mostraban reservados, me impedían el acceso a determinados lugares en nombre de Gardar. La gota colmó el vaso cuando me impidieron el acceso a las armerías. Aquello me sublevó, razón por la que volví a hablar con él. Con forzada diplomacia me transmitió que se trataba de un asunto de estado que no era de mi incumbencia, dándome la opción de abandonar mi condición si no me gustaba.

*Por eso fui a la casa del escriba real. Necesitaba saber si existía alguna manera, alguna argucia legal por la que Gardar tuviera que abdicar. Así que a caballo me dirigí tan rápido como me fue posible a la ciudad, donde estaba su casa. Un soldado hacía guardia en su puerta, Sigmund. El escriba tardó en abrirme, es un anciano. O era, espero que no le hayan asesinado. Le conté mis temores de guerra y fue suficiente para prometerme que intentaría encontrar una salida, rogándome que volviera al acabar el día.*

*Al regresar a mi casa te encontré en mi biblioteca.*

—Y cuando acudí a casa del escriba al anoecer, este había desaparecido y tú estabas tras mis pasos. ¿Te he puesto en situación?

Marla estaba abrumada ante aquel torrente de sucesos.

–Vaya, sí que he llegado en el mejor momento. Pero mi duda persiste. ¿Por qué vamos a Debrán?

–Existe cierto entendimiento entre el rey Gorza y yo por reuniones diplomáticas pasadas, suficiente para darnos cobijo y protección en sus dominios. También debo advertirle, y ayudar a organizar una defensa, y...

–Espera, vas muy deprisa. ¿Advertirle? ¿Defensa? ¿De qué estás hablando?

Los ojos de Olaf se encontraron con los suyos.

–Gardar ha decidido conquistar toda Armantia, empezando por Debrán. Y Turín tiene tamaño y ejército para conseguirlo.

–Ahora sí que no sé qué decir –dijo ella tras un incómodo silencio.

Olaf sacudió la mano, restándole importancia.

–Tendría que habértelo explicado con mayor detalle en Debrán. En fin, parece que quedan pocas horas hasta el amanecer y empieza a apretar el fresco, será mejor que me vaya poniendo con el fuego. Aunque esta noche va a ser difícil, me temo.

Marla sonrió

–No lo será.

Alzó su anillo, y rodando con su dedo una rueda imaginaria en el lateral -sin llegar a tocarlo-, lo pulsó dos veces. Tras sendos pitidos electrónicos, se agachó junto a la leña, retiró la parte superior del anillo y la pegó a una de las ramas. Olaf permaneció boquiabierto cuando empezó a salir el primer hilo de humo.

–En cinco minutos será una pequeña y acogedora hoguera – dijo ella tras sentarse y tapar el anillo.

–Si no conociera tu historia, pensaría que es magia – respondió el general aún perplejo.

–Supongo que es eso a tus ojos.

La expresión de su compañero al ver las llamas le resultó graciosa, casi parecía que viera fuego por primera vez. Lo cierto es que no se lo terminaba de imaginar como alto cargo militar. Empezó tratándole como si fuera su secuestrador y ahora lo hacía de manera tan amigable... Ya no tenía claro quién necesitaba a quién.

Tras varios minutos contemplando la hoguera, Marla rompió el silencio.

–Olaf, por lo que he leído en tus libros no hay crónicas

anteriores a los cuatrocientos años.

–Correcto, la *Historia Oscura* –replicó asintiendo sin quitar ojo al fuego.

–Le dan ese nombre, sí. Pero me resulta muy difícil de creer que la historia de este lugar empiece sin más hace apenas cuatro siglos.

–Las guerras y plagas anteriores borraron todo registro –respondió de forma monótona, como citando un texto que todo el mundo hubiera aprendido en la escuela.

–Pues yo no lo creo –dijo ella mirándole con fijeza–. ¿Y sabes qué? Me parece que tú tampoco.

–¿Ah, no? ¿Qué te hace pensar eso si puede saberse? –preguntó él.

–Eres demasiado... hmm... *ajeno* a todo esto. Casi tanto como yo. Sí, eres general y todo eso, pero donde todo tu país iría de guerra, tú la evitas. Donde alguien ve una luz cegadora, en lugar de salir corriendo o atender a supersticiones, tú me recoges. Donde nadie podría tener una conversación sin más con alguien que afirma venir de otro universo –concepto no muy asentado por estos lares–, tú lo haces de forma imperturbable. Y podría seguir.

Él había ido forzando una sonrisa.

–Como tú me dijiste la otra vez, *es posible* –replicó.

*Me la ha devuelto, el cabrón.*

Su insistente paternalismo fue hasta cierto punto gracioso. Ambos cumplían sus papeles de tipo enigmático y poderoso, y chica perdida y desvalida. Por momentos, sobre todo al principio, puede que incluso así fuera. Pero si aquel individuo la hubiera conocido cuando trabajaba para Alix, sería él quien temiera por su vida.

–Voy a dar una pequeña cabezada –anunció poco después el tipo poderoso y enigmático.

Dicho esto, se sentó apoyado en un árbol cercano y cerró los ojos. Tras varios minutos Marla volvió a tomar conciencia del paisaje y se cruzó de brazos ante el creciente frío, contemplando aquello que llamaban Luna ya con más curiosidad que temor. Le recordaba que la familiaridad que sentía era falsa. No tenía nada que ver con los viajes que hizo con anterioridad a épocas pasadas. Armantia no era su pasado, se encontraba en territorio comanche. En un nuevo universo. En el *caos*.

Minutos después se levantó para caminar por los alrededores de la hoguera, y un movimiento tras los árboles

llamó su atención. Luego de acercarse con cautela, divisó un animal agazapado que le hizo recordar a un coyote cuyo pelaje lucía bandas rojas y amarillas. Nunca antes vio uno parecido.

El animal dio cuenta de su presencia y huyó en un abrir y cerrar de ojos, dejándola de nuevo con el silencio del bosque. Una profunda soledad la invadió de pronto, por lo que regresó con Olaf al calor del fuego.

## Terror multiversal

**T**ras comprobar las noticias del día, Julio Steinberg miró a solas a través del vidrio de la ventana, pensativo. Aún amanecía, y la luz del despacho –que imitaba algunos matices de la solar en tiempo real– se fue tornando anaranjada. Debido a la polución, las sombras proyectadas hacia él por los demás edificios, que apenas alcanzaban las plantas bajas de Alix, eran fantasmales.

*El mundo se va al garete demasiado rápido*, pensó tras el ritual de ponerse al día, *y me va a tocar vivirlo*. Movi6 la cabeza en un gesto de desaprobaci6n; mal panorama para alguien de treinta y nueve a6os. Decidi6 escuchar *El Bolero de Ravel*, la 6nica pieza musical que era capaz de ponerle a tono para empezar el d6a. Siempre la escuchaba cuando se sent6a s6.

Mientras la m6sica era apenas un susurro realiz6 una comprobaci6n rutinaria del estado de las cuentas de Alix. *Cuesta abajo y sin frenos*. Recib6a, sin embargo, numerosas peticiones de gente poderosa para usar su tecnolog6a. Si por 6l

fuera montarían un centro comercial, el dinero entraría sin parar, pero no le quedaba más remedio que ser precavido con la clientela. Alix era una gallina, una gran gallina de huevos de oro, y como en el cuento alguien podría caer en la tentación de matarla para obtener el premio. Se trataba de una tecnología demasiado poderosa, capaz de que provocar ronroneos de ambición entre quienes ya lo tenían todo.

Ese fue el dilema que se encontró cuando llegó a la presidencia de Alix. Su carrera fue fulminante y todos depositaron en él sus esperanzas para levantar la compañía, pero por una serie de reveses económicos no pudo llevarlos a cabo. Claro que no contaba con las instalaciones secretas dedicadas a la tecnología multiversal, que conoció sólo una vez ocupó el cargo. Fue entonces cuando descubrió por qué la compañía iba tan mal. Aquellas instalaciones eran un pozo negro de deudas que nunca se recuperaban, así que se encargó de explotarlas.

Y no le iba mal.

*Ojalá pudiera usar la tecnología multiversal para levantar a la propia compañía.* Pero ese era el tipo de operación que sólo podría ensayarse en un universo con una Alix que también tuviera las instalaciones de tecnología multiversal, interacción que resultaba muy peligrosa. De hecho ya percibieron tiempo

atrás microsondas de vigilancia revoloteando por toda la ciudad. Sólo ellos podían detectarlas, porque sólo ellos las fabricaban y conocían. El problema, claro, era que esas no les pertenecían; con casi total seguridad se trataba de microsondas de otras Alix que tanteaban su mundo para averiguar si allí existía la división de tecnología multiversal o no, tal y como ellos mismos hacían en otros universos. Cuando se topaban con una dejaban en paz a ese mundo *ipso facto*. Julio esperaba que las demás Alix, presumiblemente iguales, hicieran lo mismo con su universo. ¿Pero podía estar del todo seguro?

El peligro oscurecía sus previsiones. Julio poseía una habilidad especial para prever el futuro, era imprescindible a la hora de hacer negocios. Como en una partida de ajedrez, tendía en su mente un árbol de distintas jugadas cuyas ramas solían llegar muy lejos, pero eso ya no pasaba. Todas las jugadas que se le ocurrían quedaban en jaque mate con relativa rapidez.

La compañía podía hundirse de un momento a otro. Tal y como estaban las cosas era bastante posible, en especial con lo delicado de la situación política y bélica, eso era un hecho. Pero lo peor, lo que de verdad le quitaba el sueño, era el jaque mate derivado de la tecnología multiversal. Una de sus peores

pesadillas –y tenía un abanico muy amplio al respecto del multiverso– era que el ejército se apropiara de la compañía y su tecnología. Aunque, por supuesto, podía amenazarles con usar dicha tecnología en su contra, lo que les obligaría a pactar una alianza. Y sería sin duda una alianza muy poderosa... imparable... y tentadora. Con el ejército daría igual tontear con universos que tuvieran otras Alix similares, no tendría límites. Pero prefería que la compañía estuviera en el menor número de manos posible.

¿Y los Julios de otros universos similares? ¿Qué harían ellos?

Sus dilucidaciones se vieron interrumpidas por una solicitud en su IA para comprobar las noticias.

–Ya estoy al día –dijo molesto.

Pero el sonido de la IA volvió a sonar dos veces más, mezclándose con la pieza musical que crecía como una tormenta. Le pasaron el enlace a su mesa, por lo que debía tratarse de una señal de vídeo. La activó apoyando ambas manos encima.

Apareció él mismo con el pelo cano.

*«...lo mejor para todos. Tengo el placer de anunciar a esta Tierra algo que cambiará su historia tal y como la conocen.*

*Todos ustedes van a formar parte de La Red de la Humanidad, una unión entre mundos como nunca han podido imaginar. Les ruego que no opongan resistencia, todo esto es para bien...»*

Estupefacto, contempló la apertura a un lado de la mesa de una ventana de vídeo más pequeña. Miles de enormes vehículos acorazados de extraña forma y color violáceo llenaban poco a poco las calles. Intensos destellos de luz dieron lugar a estremecedoras estampidas sónicas que precipitaban al suelo cristales hechos añicos incluso de edificios a decenas de metros de distancia, mientras una fuerza invisible arrojaba con violencia a un lado a personas y tráfico cada vez que una de esas moles de metal iba a hacer acto de presencia en su lugar.

Acudieron varias decenas de policías que disparaban temerosa e inútilmente contra los acorazados, al menos cuando no se tapaban los oídos. Pero estos continuaban creciendo en número sin importar qué usurparan; uno de los cúmulos de guardias fue arrancado y arrojado con fuerza contra las fachadas al aparecer varios vehículos en el lugar que ocupaban segundos antes.

La imagen pasó a mostrar la perspectiva de una cámara de seguridad a ras de suelo, la cual enseñó a sus atónitos ojos cómo un cuerpo que fue lanzado a la pared desde fuera del

campo de visión, enseñaba al caer, en primer plano, su ensangrentado e inidentificable rostro.

Julio cayó en la cuenta en ese momento de que las manos que apoyaba en la mesa estaban justo sobre aquella cara. Las retiró con un alarido de horror, como si el panel estuviera al rojo vivo. Mientras, su anciana réplica continuaba hablando. Pero él ya no escuchaba.

Ataba cabos.

Regresó de golpe a la realidad en cuanto percibió resplandores que no provenían de la emisión de vídeo de la mesa y, aterrorizado, se volvió hacia el ventanal: desde la lejanía se aproximaban explosiones y humaredas, y entre ellos automóviles y cuerpos pequeños como hormigas saltando por los aires mientras aparecían más acorazados. Los temblores de pánico, tensos sobre todo en su cuello, se apoderaban de él al tiempo que la música llegaba a su punto álgido, restallando en tambores y platillos.

–Huir, esconder, huir, esconder... –balbuceó apenas. Su mente reorganizó varios de sus recuerdos, llegándole un eco de la voz de Allegra. *Refugio de guerra entre universos. Caldo de cultivo. Volver a empezar.* Aún tenía una oportunidad.

*Pero me seguirán, yo lo haría,* pensó contemplando en la

mesa a su envejecido alterego continuar con su charla.

*«...una nueva era en la que este mundo podrá recibir recursos naturales de cualquier otro de la red, en resumen, una era de prosperidad...»*

Debía ser rápido, pues sin duda querrían conservar las divisiones ocultas de Alix operacionales y aquel jodido doble debía conocer tan bien como él que el presidente de la compañía podía activar la autodestrucción de estas instalaciones.

*No hay tiempo que perder.* Sin duda, ellos también sabrían cómo desactivarla, por lo que era vital dejar un tiempo ajustado.

Veinte minutos estaba bien.

No, quince.

Bah, era el presidente, podía saltarse el proceso de esterilización. Al final quedó en diez minutos que ajustó en su IA, situada en su muñeca. Salió a toda velocidad de su despacho hacia uno de los ascensores, hasta llegar a Alix C, y propinó repetidos golpes en la puerta de la sala de intercambio. El responsable lo contempló a través de la ventanilla, y él devolvió gestos furiosos que daban a entender la urgencia con la que debía pasar. El hombre, tras

reconocerlo, toqueteó con rapidez algo en su consola y las puertas se abrieron una tras otra. Según su IA, aún restaban cuatro minutos. Sudando, continuó la carrera hasta la sala de tránsito.

*Si salgo de esta, tengo que hacer más ejercicio.*

–¡Dónde está el responsable! –gritó.

Una mujer lo reconoció.

–Señor Steinberg, esto es una sorpre...

–Debo realizar un viaje urgente –cortó–, un salto a las coordenadas que conserváis del viaje de Marla Enea, el asunto de Alix B. Tiene que ser *ya*.

La dejó con la palabra en la boca, pues continuó hacia la sala de tránsito; una vez consiguió entrar entre jadeos se encerró en una de las cápsulas, pendiente de la mujer que estaba más allá de la cristalera, quien hablaba con sus compañeros.

Implacable, la cuenta atrás de su IA continuaba.

*Dos minutos.*

–¿¡Hay algún puto problema!?! –gritó furioso Julio por radio.

–Ya estamos procediendo, señor Steinberg.

Entre latido y latido pensó cuan buena idea fue el aislamiento de las divisiones de Alix dedicadas al multiverso. Ninguno de esos infelices sabía lo que estaba pasando.

*Un minuto.*

Pese a que ya estaban programando la interfaz multiversal les metió prisa por radio. Supuso de qué cuchicheaban, claro; sabían que intentaba huir, pero se lo tomarían con humor, guiñarían los ojos y pensarían que escapaba de algún escándalo financiero. Un cambio de *presi*. Pobres desgraciados.

*Veinte segundos.*

La esfera de la interfaz multiversal comenzó a dar vueltas. Julio tragó saliva, su corazón bombeaba con violencia y el cuello le latía como si tuviera su propio órgano cardíaco; no dejaba de mirar compulsivamente a su IA sufriendo cada cifra que restaba.

*Diez segundos.*

La esfera giraba a una velocidad considerable, con ocasionales espasmos. Iba de punto a punto, parándose en seco y volviendo a girar con considerable rapidez.

*Cinco segundos.*

## **Espacio y tiempo**

— **E**xcelencia, alguien de Turín desea veros —dijo uno de los guardias en el salón del trono debrano.

Ensimismado, Gorza leía unos informes.

—Si es otro mensajero, que escupa todo lo que tenga que decir y vuelva por donde llegó —respondió sin alzar la mirada.

—Ehm... dice que sólo hablará ante su excelencia.

El rey se detuvo unos instantes, tiró los papeles encima de la mesa que tenía a su lado y alzó al fin la cabeza.

—¿Quién rábanos es?

—Es Olaf, excelencia.

Gorza ladeó la cabeza frunciendo el ceño.

—¿Te refieres a *ese* Olaf?

—Sí, excelencia.

El rey permaneció unos instantes pensativo, frotándose los labios.

–De acuerdo, desarmadle y traedle aquí.

Pasados unos minutos, Olaf entró en la sala del trono de Gorza, rey de Debrán, cojeando y visiblemente cansado. Con sucio aspecto y una fea marca en el cuello debido al intento de estrangulamiento de Sigmund, hizo lo posible por mantener el porte. Le siguió Marla, quien se detuvo a unos dos metros tras el general, los brazos extendidos con una mano sobre otra en actitud de espera.

A Marla le impresionó el panorama, pues todo era plateado, con multitud de formas y texturas. Sobre el trono del rey se alzaba un arco decorado con distintos motivos, destacando una gran mano abierta en el centro. Si tuviera que juzgar todo el palacio por el salón del trono, sin duda lo llamaría *El Palacio Cromado*. Observó entonces que tanto Olaf como ella se reflejaban en la plateada mano del arco, como si así se marcara la distancia correcta respecto al trono.

El aspecto de Gorza, a quien Marla otorgaba a ojo unos cincuenta años, era inquietante; un escaso pero largo cabello a medias entre el rubio y el cano le caía hasta la nariz, lo que otorgaba a su mirada un aire amenazador. A su lado sin embargo se erguía alguien aún más siniestro. Un hombre quizá más joven que él, vestido con una túnica oscura y calvo por completo que miraba a Olaf con los ojos entrecerrados. Parecía

turbado por su presencia.

Gorza se volvió hacia él.

–Delvin, ordena que traigan agua y comida a nuestros inesperados huéspedes. Y preparadles un dormitorio –añadió volviéndose hacia Olaf–, por favor, siéntate.

Dos peones les acercaron un sillón en el que el general se derrumbó como si fuera inerte.

–¿Quién es ella? –inquirió Gorza mirándola con suspicacia.

–Marla Enea, mi concubina –respondió Olaf a duras penas.

Ella miró de reojo a su acompañante con una ceja alzada, pero permaneció en silencio.

–Ya veo... ¿Qué te ha pasado?

De sus labios sólo salieron palabras inteligibles, e hizo ademán de beber. Gorza chasqueó los dedos y uno de los peones llevó hasta Olaf un jarro de agua que bebió como no lo hacía en mucho tiempo.

–No me andaré con rodeos –dijo al fin jadeando después de beber–, la situación es muy grave.

–Tiene que serla si has tenido el valor de presentarte aquí en estas circunstancias.

–Te pediré... os pediré un favor mientras tengamos esta conversación. Dejemos a un lado las frivolidades, las rivalidades y el protocolo. Acudo al buen entendimiento que siempre hemos tenido.

Gorza frunció el ceño. Eso era mucho pedir, incluso por la parte del propio Olaf. Debía ser, en efecto, algo grave.

–Es justo.

–Bien, primero quiero que sepáis que en lo que a mí respecta vos no asesinasteis al rey Erik.

–Celebro saberlo, en verdad. Conservas tu buen juicio.

*Aquí hay algo que se me escapa*, pensó Marla. La relación entre Olaf y Gorza era más profunda de lo que parecía a simple vista. Daban la impresión de haberse encontrado antes en una situación de similar gravedad.

–Por desgracia, el joven rey no piensa así, y dadas las circunstancias del ataque es difícil probar que estáis libre de culpa –continuó Olaf entre pausas para respirar–. Hay un montón de evidencias fabricadas contra vos.

–Eso ya me lo imagino, te agradecería que fueras al grano, Olaf Bersi.

–Gardar va a emprender una guerra contra vuestro reino.

La primera reacción de Gorza fue sorpresa, luego apretó las mandíbulas y tardó unos instantes en terminar de reaccionar.

–¿Y te ha enviado para decírmelo?

Con exasperación, Olaf sacudió la cabeza.

–No me entendéis. Vengo así –dijo señalándose la marca del cuello– porque Gardar ha ordenado mi muerte, no vengo en su nombre.

–¿Qué? –exclamó Gorza con notable asombro.

–Perdió la cordura como perdió a sus padres y se ha hecho con el poder. Quiere venganza a toda costa contra vos y Debrán. Intenté retirarle del trono para detenerle, pero lo descubrió e hizo cuanto pudo por acabar con mi vida.

Dejó de hablar con propósito de beber de nuevo y respirar hondo, mientras su interlocutor aguardaba con la boca abierta.

–Pero eso no es todo –continuó–. Al que intentó matarme le pude sonsacar que Gardar planea ir más allá. Creo que aspira a conseguir toda Armantia, o a unirla bajo su mando. He llegado como he podido, así que lo primero que os pido es asilo aquí en Debrán, lo más lejos posible de Turín y de Los Feudos, donde ningún espía turinense pueda llegar. Me comprometo a estar donde me prefiráis sin intento de espionaje de ningún tipo.

–Eso lo tienes, por descontado –dijo Gorza con interés–. Pero, ¿cómo es posible? Llevas décadas al servicio de Turín y de su antiguo rey, tu fama como general, estratega y consejero te precede... ¿Cómo puede Gardar prescindir de el *Gran General* tan a la ligera? ¿Es eso legal en vuestra tierra?

–Lo es. Por ello, y sin querer abusar de vuestra hospitalidad, quisiera pedir os otro favor.

Olaf se detuvo de nuevo para aplacar su sed. Un vez abastecido, volvió su mirada a Gorza, quien tenía todos sus sentidos puestos en él.

–Os ofrezco mis servicios para repeler el ataque turinense a cambio de que vos me ayudéis a derrocar a Gardar.

–Nada me complacería más –dijo Gorza con una sonrisa de oreja a oreja que cerraba el trato.

Delvin susurró algo al oído al rey mientras miraba de reojo a Olaf, pero Gorza le ordenó retirarse con desinterés.

A continuación varios criados les llevaron a asearse en grandes cubos de agua, y Marla confirmó sus temores: los cubos estaban uno al lado del otro, y contempló estupefacta cómo Olaf se desnudaba impasible frente a ella para meterse dentro.

*Pudor o integración.*

Mientras unas empezaban a frotar el cuerpo desnudo de Olaf, quien permanecía de pie, otras aguardaban a que ella se desvistiera.

*Maldita sea.*

Dudó un poco antes de hacerlo, aunque al entrar en el cubo con el agua casi hasta las rodillas remitió la resignación, pues en cuanto notó que el agua estaba caliente se sintió desfallecer recordando el tiempo que llevaba sin darse una ducha. El cansancio cayó sobre ella como una pesada y cálida manta.

Mientras recibía refriegas y la obligaban a extender los brazos, echaba de cuando en cuando un vistazo a Olaf, de espaldas a ella. Era alto, quizá de uno ochenta y tantos, y se mantenía en buena forma. Una cicatriz que le cruzaba el omóplato le llamó la atención, así como la multitud de pecas que recorrían su espalda como si alguien hubiera agitado junto a él una brocha con pintura marrón.

Puede que el general adivinara que estaba siendo observado, pues se volvió obligándola esta vez a ella a darle la espalda. ¿Que pasaría por su cabeza? ¿También la miraba?

La curiosidad femenina le hizo pensar en las parejas de Olaf. Durante la compañía no tocaron su vida amorosa, y aún no le

había visto con nadie. Sin embargo albergaba en su casa de Turín ropa femenina que ofrecerle; Sigmund mencionó en tiempo pasado a una tal Amandine, pero no tenía tanta confianza como para preguntarle por ello.

De hecho, no articularon palabra en todo el baño.

Una vez secos y vestidos, un peón llevó a Olaf y a su *concupina* a un amplio dormitorio con cuatro camas.

–Me gusta –dijo Marla al ver la sala en la que dormiría por un tiempo–. No deja de sorprenderme, nos damos un baño en un astillado cubo de madera y sin embargo aquí tenemos camas hechas y derechas. Curiosa época esta.

–¿Época? –inquirió Olaf.

–Lo siento, se me olvida que este no es mi mundo. Todo esto... –dijo mirando a su alrededor– me recuerda a épocas pasadas del sitio del que provengo, en torno al medioevo. Castillos, caballeros, reyes y reinas y todo eso. Aunque tampoco es igual, es una mezcla extraña... –añadió con cara burlona– a lo mejor aquí tenéis dragones, gigantes y magos.

–Los tenemos –dijo Olaf muy serio. Marla se quedó boquiabierta con la respiración contenida, y él se rió entre dientes al ver su reacción–, en los libros.

–Idiota –dijo ella suspirando.

–¿Y eso qué significa?

–Da lo mismo, en cualquier caso tengo curiosidad por saber más sobre vuestra historia. ¿Cogerás esa cama?

–Sí –Olaf fue colgando su armazón en la pared–. Pues eliges un momento de nuestra historia que es de libro. Cincuenta años sin que pase nada y llegas justo cuando un muchacho quiere ser el amo de Armantia. ¿Recuerdas algo así en el sitio de donde vienes?

–Si te contara... Lo que no recuerdo es que durante cincuenta años no pasase nada.

–Lo digo en serio. Se avecina algo muy grave y tal vez sepas cosas que nos sean de ayuda.

A Marla se le ensombreció la cara, y tras unos instantes de silencio tomó asiento en su cama; empezaba a resultar molesto que le recordasen cómo y de dónde llegó.

–No es tan fácil... se supone que no debería estar aquí ¿Entiendes? Estoy alterando el curso natural de vuestra historia y no quiero cambiarlo más. Sólo de imaginar la cantidad de posibilidades, de cosas que podrían pasar y que no ocurrirán por el simple hecho de estar aquí... la cadena de

acontecimientos... es demasiada responsabilidad.

Olaf sacudió la cabeza y se sentó a su lado.

–Nuestra historia acaba de cambiar y tú no has tenido nada que ver. Te recuerdo que este no es tu mundo, y que no vienes de nuestro futuro. No hay compromiso, Marla. El futuro lo decidimos *ahora*. Y ahora nos eres de mucha ayuda.

Ella asintió despacio.

–Tienes razón. Lo pensaré.

*¡Sabes algo, maldición!*

Dos golpes secos en la puerta terminaron de cortar la conversación y tras breves instantes esta se abrió en un largo chirriar.

Delvin, el consejero de Gorza.

–Su excelencia me envía para comunicaros que mañana partiremos hacia Hervine. Va a producirse una reunión urgente con el resto de gobernantes de Armantia en la que vos representaréis a Turín –dijo mirando a Olaf–, buenas noches.

Cerró de nuevo sin prisa, armando un gran escándalo.

–Ese hombre me da escalofríos –dijo Marla aún mirando a la puerta.

–Si le conocieras tendrías algo más que escalofríos. Es como un *subgobernador* de Debrán. Ayuda a Gorza a mantener su soberanía en el país a través de un férreo control religioso. He oído cuentos para no dormir sobre lo que hace para mantener ese control. No sé cómo Gorza ha dejado que dependa de él, un día le va a dar un disgusto. En fin, es asunto suyo.

–Vaya, eso sí que me recuerda al medievo. ¿Podré ir a esa reunión?

–Bien, no soy el gobernante de Turín, pero nada impide que acuda acompañado por mi... –rió– *concubina*.

–Concubina, ¿eh? Esas cosas se preguntan primero, general.

–Es la posición que más libertad y seguridad te otorga.

Un pensamiento fugaz fue creciendo en la mente de Marla.

–¿Cuánto tardaremos en llegar a Herva, Her...?

–Hervine. Pues a lo sumo unos cuatro días. ¿Por qué?

–Porque desde que salimos de Turín hasta que lleguemos a Hervine a caballo, habremos recorrido Armantia de punta a punta en apenas una semana, lo que significaría que esto apenas es una isla grande y que no puede ser la única porción de tierra que asome sobre el agua en este mundo.

–Pues nosotros no conocemos nada más.

–¿Es que no habéis fletado barcos?

–¿Barcos? Supongo que quieres decir barcas. Sí, claro, pescamos gracias a ellas.

–¿Sólo pescáis, no habéis salido a explorar?

–Explorar... –repitió pensativo– Me parece que hubo dos expediciones, pero no volvió ninguna. Por otro lado, las barcas alejadas por temporales que han podido regresar no han encontrado más que peñascos. Así que a nadie le importa.

–No me extraña que sólo conozcáis Armantia.

*Así que estamos aislados... ¿Qué habrá más allá? O mejor dicho, ¿Quiénes?*

Olaf se encogió de hombros, dirigiéndose a su cama con cansancio. Tras sentarse, la miró pensando en que habían pasado algo por alto.

–Bien, y dime... ¿Qué cuenta ese pergamino que tanto ansiabas leer?

*¡Dónde tienes la cabeza!*

–Vaya, entre tanto jaleo sólo me he preocupado de que no le pasara nada.

Tras desenrollarlo, Marla sonrió al comprender por qué nadie pudo entenderlo, pues estaba cifrado conforme a las normas sobre documentación confidencial de Alix B.

Empezó a leer para sí con el corazón palpitante, sentándose en su cama con un gran sentimiento de familiaridad. Tan sólo leer aquello le hizo sentirse más cerca de casa.

### ***A la atención de Marla Enea Benavente***

*No tengo el espacio y tiempo que me gustaría (cruel ironía), pero creo que debería empezar dando unas cuantas explicaciones. Primero, te estarás preguntando por qué “traicioné” al proyecto. Te lo habrán dicho ya, quería cambiar la historia; pero me temo que esa es una verdad a medias, y una media mentira. Mi motivación: Alix B estaba corrompida y prostituida desde dentro, Marla. Alix Corp, la compañía matriz, no creó nuestras instalaciones ni pagó nuestro proyecto para nada. Nuestro futuro (el de nuestro mundo) estaba en venta. Cuando la compañía pasaba por un mal momento, Ricardo Garriot pagó una importantísima suma a Alix para ganar las elecciones. Se permitió el lujo de detallar cómo quería ganar, especificando el destino de Egidio Roberts. Y así fue. La tecnología multiversal puede ser peligrosísima a efectos históricos y se estaba yendo de*

nuestras manos.

*El mal multiversal es sólo palabrería. Por supuesto que existen riesgos psicológicos en los viajes, pero nada tan grave y menos para gente preparada como vosotros. Ocurría que estaban "retirando" a los veteranos que aún tenían contacto con el mundo exterior. Temían que les vierais el plumero y difundierais la noticia por ahí, estropeando el negocio. Eso fue lo que le ocurrió a Marco Shuttleworth. No es más que una droga que te fríe el cerebro y que incluyen en el compuesto vitamínico que dan a los agentes al regresar de un viaje. Nadie se alarmaría ni os echaría en falta, porque vivís apartados de la sociedad y el contacto entre vosotros es reducido.*

*No diré que me he preocupado siempre por vosotros, pero no me encontraba a gusto trabajando en esas circunstancias. Cada día era más evidente el monstruo que creé. Así que en cuanto terminé de desarrollar la unidad (el dispositivo de viaje portátil que para conveniencia de todos no documenté), huí con varias microsondas exploradoras a varios universos de la red. En todos ellos avisé a mis otros yo de lo ocurrido y se ofrecieron a ayudarme. Volvimos a nuestro universo y destruimos cuanto pudimos del proyecto. Siento las maneras,*

*los disparos que viste en la sala de tránsito sólo eran dardos neuroparalizantes. El que accionó la palanca fui yo, naturalmente.*

*Hubo algunas cosas que no supe prever a tiempo. Los otros Boris supieron de manera repentina sobre los viajes sin adquirir la disciplina correspondiente a mis años desarrollando la tecnología, y tras dejarles en sus universos correspondientes (usando la unidad) algunos cayeron en la ambición de creer que podrían repetir el proyecto con éxito ahora que los errores estaban frente a ellos. Tras emprender las investigaciones de nuevo intenté disuadirles en vano, uno incluso intentó matarme para arrebatarme la unidad (que destruí con posterioridad).*

*Estábamos abocados a nuestra destrucción, Marla. Lo estuvimos desde que se creó Alix B. La situación escapó por completo de mi control y por desgracia ya no podía influir en ella. Allí donde aparecía un Boris el destino era el mismo, la autodestrucción vía multiverso –sobre todo debido a guerras entre universos similares, e invasiones de inenarrables terrores del caos– y lo que es peor, donde yo no existía también aparecía alguna de mis versiones. Temo que mi persona se haya convertido en un ángel de la muerte en el*

*multiverso. Este es un lugar alejado en el caos lo suficiente, y lo bastante similar a su vez, para intentarlo de nuevo.*

*Al contrario que nuestra compleja maquinaria de la sala de tránsito, la unidad permite el viaje multiversal en una sola dirección temporal. Esa es la razón por la que no te estoy contando esto en persona. Fui con prisa a la interfaz multiversal y te envié desde la sala de tránsito más allá en el tiempo de lo que debía. Yo, por el contrario, sólo tenía acceso a este universo mucho antes en el tiempo a través de la unidad. Y ya ves, aquí estoy, consumiéndome y escribiendo algo no muy distinto a un testamento que leerás (espero, a la tercera va la vencida) cuando llegues a este mundo dentro de cuarenta años.*

*Y las dos preguntas que te estarás formulando. Por qué Armantia y por qué tú.*

*Intentando arreglar (o al menos compensar) el daño que provoqué (la extinción de nuestra especie en la cadena de universos paralelos al nuestro, debido a guerras de poder por los viajes multiversales, batallas entre Alix de varios universos etcétera), acudí a este mundo. Es muy enigmático, un pseudomedioevo concentrado que empieza a descubrir el*

*paradigma científico. Mezcla elementos de distintas épocas de nuestro mundo con otras nuevas, la lengua, partes de la cultura, ideas... Pero más importante: es el caldo de cultivo ideal para volver a intentarlo. Sobre su origen he hecho algunas averiguaciones, pero eres lista, lo descubrirás tú misma. Lo cierto es que tuve que huir aquí con la unidad para intervenir personalmente y asegurar el lugar. He detenido guerras, reunido pueblos enfrentados (así nació Turín) y alcanzado una paz permanente que ya lleva diez años y que debería durar aún cuando llegues. Otra particularidad de este mundo es que muchas de las enfermedades y agentes patógenos del nuestro (que haya comprobado) no existen. Tu historial médico y los estrictos controles de los viajes propiciaron que no te los trajeras.*

*Y tú, Marla Enea Benavente, ibas a ser la próxima en “padecer” el mal multiversal. Si no estuvieras leyendo estas líneas, estarías demente o convertida en un vegetal. Tú verás qué quieres hacer con tu vida, mi idea era que me sucedieras. Esto es importante, hice de mi figura una leyenda, alguien a quien todo el mundo escucha. Introduce el mito de que otro llegaría como lo hice yo, y gracias a eso contigo harán lo mismo. No dudes en aprovecharlo.*

*Si aceptas la idea, intenta influir en la prolongación de la paz, como hice yo, y evitar el improbable caso de que alguien de Alix se cuele, pues tú le reconocerías.*

*Intenta que merezcamos otra oportunidad.*

*Supongo que es tarde, pero siento no haberte dado a elegir. Comprende que yo tampoco pude.*

*Adiós y suerte.*

*Boris Ourumov*

*PD: Que no se te pase por la cabeza perdonarme.*

Dejó caer el pergamino aguantando las lágrimas, y un ardor ascendió como un torbellino de fuego desde su estómago. Todo le daba vueltas y le faltó poco para vomitar. Oyendo las arcadas, Olaf se incorporó de un salto.

–¿Estás bien?

–Sí... sólo ha sido un mareo... sólo...

–Espera, ven.

A traspies la llevó del brazo hacia la ventana para que le diera el aire.

–Respira hondo...

–Sé cuidarme –respondió Marla algo irritada, intentando desasirse de su brazo. Por un momento deseó no tener nada que ver con aquel lugar.

–De acuerdo, de acuerdo –respondió soltándola y alzando las manos.

El general volvió a su cama, sin quitarle ojo, y dejó que transcurriera un largo silencio para que se calmara y así volver a preguntarle.

–Hablas mucho del pasado de tu mundo, y poco de tu presente. ¿Tan poco dejaste atrás? ¿Qué hacías aparte de esos viajes tan singulares?

Marla tardó un poco en responder. Estaba del todo cansada de aquel *tour* medieval, y Boris aplastó en aquel pergamino cualquier esperanza de regreso.

–Bueno... no me quedan, o quedaban... grandes vínculos familiares. A decir verdad era uno de los requisitos de mi profesión. El trabajo me ocupaba casi todo el tiempo, así que no hay mucho que contar, aunque... –frunció el ceño– dime, ahora que creo que somos amigos... Me tratas con un respeto que agradezco de veras, pero que me sorprende. ¿Por qué? ¿Cómo es que me diste cobijo tan rápido? ¿Qué esperas de mí?

Olaf, que ya estaba acostado y mirando al techo, agitó la mano restándole importancia.

–A lo mejor esperabas que saliera corriendo, o que te llamara bruja y te pegara fuego, como si fuera debrano... – volvió a reír entre dientes–. Hasta que leí lo de Boris admito que sólo fue curiosidad, y luego, hasta ahora... en fin, no sé si seguirías haciendo lo que hizo Boris por nosotros... –la miró– en realidad eso deberías decírmelo tú.

A Marla se le ensombreció la cara.

*Justo en la diana.*

–Eso es justo lo que Boris quería de mí, lo que me dijo en el pergamino, pero Olaf... esa es una responsabilidad que no puedo cargar. No soy ninguna salvadora o guía, ni gran diplomática... yo no elegí estar aquí. Qué diablos, en el trabajo no faltaron ocasiones en las que me ordenaron matar gente. Y me duele ver que estés esperando algo de mí mientras suceden cosas terribles como si yo pudiera hacer algo. Eso ya empeora el hecho de tener que vivir aquí para siempre.

Se le aceleró el corazón, pues no pensaba decirlo todo; por un momento llegó a temer que Olaf se viera desengañado y se deshiciera de ella, pero era ese un miedo antiguo que ahora descartaba. Había llegado a la conclusión de que no era así.

De hecho sonreía con pesar.

–Entonces no estás ni mejor ni peor que ninguno de los que vivimos aquí.

Quedó en silencio, pensativo.

*Ya está todo dicho, pero le es indiferente ¿Y cuál es mi posición ahora?... ¿Acompañante? No, no se lo puedo preguntar. Le seguiré la corriente.*

–Por cierto –añadió Olaf–, ya que parece saber de Boris de Alix más que yo y conociendo las maldiciones que echabas de él cuando llegaste, aprovecho para preguntarte... ¿Cómo era él? ¿Bueno? ¿Malvado? La historia le recoge como un ser casi místico.

Marla estaba con una mano en la cornisa de la ventana, mirando hacia el cielo, su rostro iluminado por el gran astro nocturno de aquel mundo.

–Ya no lo sé.

Olaf prefirió no continuar la conversación, y no tardó en sumergirse en un profundo sueño. Él también debía estar cansado. Aún asomada, Marla descubrió que algunos viandantes miraban su iluminada ventana, y reticente como siempre a llamar la atención, se retiró a su cama y sopló las

velas.

Aquella noche tardó en dormirse por culpa de una frase enigmática del pergamino de Boris que le rondaba la cabeza con insistencia. “*A la tercera va la vencida*”. ¿Habría probado en otros mundos antes? Por fortuna terminó durmiendo en un profundo sueño sin sueños.

Al día siguiente, antes de partir, Olaf tuvo un encuentro inesperado. Girome, el hijo de Gorza, le hizo una visita. Tenía unos veinticinco años y un aspecto mucho menos inquietante que el de su padre. A Olaf se le veía feliz de verle. Tras las correspondientes presentaciones con Marla, ambos se contemplaron.

–¡Todavía creces! –le dijo Olaf sonriendo– Ya eres más alto que tu padre.

–Quien por cierto no sabe que estoy aquí.

–Te puedes meter en problemas entonces. Estoy alojado en tu castillo en circunstancias un tanto especiales.

–Sí, ya me he enterado de los detalles. Siento lo de Erik, pero siento aun más el modo en el que has tenido que abandonar tu tierra. ¿Por qué Olaf? ¿Por qué alguien como tú es tratado de esa forma? ¿Dónde quedó lo de el *Gran General*? No me refiero sólo a eso, cuando estuve en Turín te miraban

mal por estar conmigo...

–Ya, ya, te entiendo –titubeó incómodo, tal vez buscando evitar ese hilo de conversación en presencia de Marla–. Nunca esperé mucho apoyo, así que no me quejo. En Turín piensan que... ¿Para qué tal ejército y un general con buen mote si no hacen nada? Pero si hiciera las cosas sólo en función de los aplausos, ahora no estaríamos hablando, sino luchando a muerte.

–Y yo ganaría, para tu desgracia.

Olaf rió de buena gana.

–Desde luego. Podrías decirle a Delvin ¿Para qué te necesito si yo mismo he vencido al *Gran General*?

Ambos rieron de buena gana.

–Cambiando de tercio... ¿Cómo va tu relación con Delvin? – le preguntó Olaf– ¿Igual?

–No me lo recuerdes. Lo primero que haré cuando me coronen será echarle de una patada. A lo mejor lo ves, si miras el cielo ese día.

Pero Olaf ya no sonreía.

–Ten mucho cuidado con él. No te ofendas, pero creo que tu padre ha sido muy insensato dejándole llegar hasta donde está.

Tiene poder para rebelarse y no ha llegado a su posición con honores, que digamos.

–Lo sé, lo sé muy bien. En el fondo creo que mi padre está arrepentido aunque ya le debe parecer tarde para un cambio brusco de gobierno. Pero has dado con uno de mis temores, Olaf. Delvin sabe que le echaré en cuanto llegue al poder, y no creo que hacerlo esté entre sus planes. Temo sufrir un *infortunio*.

–¿Lo has discutido con tu padre?

–No. Ya tiene bastantes problemas y al fin y al cabo no puede hacer nada.

Llegó un grito del nivel inferior. *¡Es hora de partir!*

–¡Ya bajo! –exclamó Olaf en respuesta– Debo irme. Pero escucha, si vieras tu vida amenazada...

Susurró algo en su oído con una mano apoyada en el hombro.

–Sabrás dónde encontrarme –concluyó–. ¿Lo recordarás?

–Como el respirar. Adiós, *Gran General*.

Apenas tuvieron tiempo de descanso, pues el mismo día en que llegaron a Hervine se celebró la reunión.

La nueva condición de Marla como concubina incomodó en demasía el viaje, obligándola a esquivar muchas preguntas comprometidas. Además, en la caravana de la que fue parte tuvo que alternar el recorrido a pie con el caballo, con el consecuente perjuicio para sus piernas y su humor. Y entre la dificultad para entablar conversación con los demás y que Olaf estaba más pendiente de la realeza debrana que de ella, se sintió sola y a la deriva. ¿Qué hacía allí? ¿Qué hacía a secas?

Cuando entraron en el salón de reuniones del castillo hervinés ya estaban todos; Marla pudo reconocer por las descripciones que Olaf le dio durante la travesía a la gobernadora de Hervine, Ellen Lynn, presidiendo la mesa. Era muy, muy vieja, una anciana. El rostro afable portaba interminables arrugas de toda una vida y su cabello albino contrastaba con las innumerables manchas de melanina que salpicaban su piel. El hombre que estaba a su izquierda no podía ser otro que Gautier Courtland, consejero y segundo de Lynn quien, según Olaf, sería futuro gobernador de Hervine dado que Lynn no dejó herederos. Recorriendo la mesa con la mirada, vio a Gorza y su inquietante consejero, Delvin. Algo más allá, una pareja que a juzgar por las ropas debía tratarse de Raimundo y Carina, reyes de Dulice, el país fabricante de armas. Eran jóvenes, tanto como Marla y Olaf, y Carina

llamaba la atención por su inusitada belleza y unos enormes ojos verdes.

El tono blanquecino salpicaba toda la sala y sus bultos, lo que daba a la vista una sensación agradable y resaltaba la presencia de los allí reunidos. Además, la iluminación proveniente de un ventanal próximo era excelente. No rebajaba el nivel la mesa, sin tallas aparentes. Todo aquello alegró la vista de Marla al tener la sensación de ver algo nuevo de verdad y no un caótico sueño medieval como hasta entonces.

Todos se levantaron al verles entrar y volvieron a tomar asiento cuando –siguiendo el protocolo– Olaf, sin decir palabra, hizo lo mismo. Marla le imitó recordando las reglas de comportamiento que recibió con la reunión en mente –en esencia no decir nada–. Por último, los presentes miraron a Lynn, cuyos ojos, sin embargo, se fijaron en los de Marla. La miraba con curiosidad, y ella se vio obligada a retirar la mirada, incómoda.

–Bien –dijo la gobernadora–. Seré franca. Estamos aquí debido a que se cierne sobre Armantia una amenaza tan grande como la paz que hemos tenido estos últimos cincuenta años. Sin precedentes. Por ello quiero pensar que no estoy sola cuando afirmo que este es momento de compartir información

y crear un frente unido contra dicha amenaza –realizó una pequeña pausa, mirándolos a todos uno a uno, en especial a Olaf–. La amenaza a la que me refiero, es el intento de invasión que, según he podido conocer por fuentes muy fiables, planea Gardar sobre todos y cada uno de los países de Armantia, aún no sabemos cuándo.

Marla se fijó en que Olaf examinaba con detenimiento las reacciones de los reyes de Dulice. Raimundo aparentaba perplejidad, sin embargo tuvo la impresión de que Carina propinaría una bofetada a su esposo en cualquier momento. Lo que decía Lynn no era nuevo para ella, y a juzgar la manera en que miraba a su esposo, tampoco para este.

–Estoy segura de que Olaf Bersi tiene mucho que contarnos –continuó Lynn cediendo la palabra.

–En realidad no tengo mucho más que añadir a lo dicho por la gobernadora. Sobre mí, puedo decir que escapé de Turín tras un intento de asesinato ordenado por Gardar. Es probable que ahora mismo mi cabeza tenga precio allí y se haya extendido la mentira de la traición por todo el país. Lo tengo, en resumidas cuentas, muy complicado para volver. Creo que Gardar no superó la muerte de sus padres y ha perdido la cabeza. Estoy determinado, no obstante, a retirar a Gardar del trono turinense como sea posible, tarea para la que deseo la ayuda de

los aquí presentes –gestos de asentimiento por toda la mesa–. Espero a su vez ser considerado gobernante legítimo de Turín de ahora en adelante, y hablar en su nombre en esta mesa, equilibrando la representación de todos los países de Armantia.

Los presentes dieron dos golpes en la mesa apoyando la propuesta. Todos, menos Marla. Al caer en la cuenta repitió el gesto con el pulso acelerado, para alivio de Olaf.

–Quisiera antes que nada –continuó–, preguntar a sus majestades de Dulice, Raimundo y Carina, si han recibido algún pedido de armamento significativamente grande por parte de Turín en las últimas dos semanas.

Olaf le confesó días antes dicha sospecha. Marla ya sabía que Dulice era el país que lideraba la creación de armamento y que en el último lustro atravesaba una infame racha económica. Si Gardar planeaba una invasión con un ejército como el de Turín, era de sentido común acudir a Dulice para armarse.

De nuevo, la mirada de Carina a su esposo se tornó recriminatoria, pero no dijo nada. Raimundo carraspeó.

–Cien mil reales.

Un murmullo de asombro recorrió la mesa y Marla pudo

leer en los ojos de los demás la misma mezcla de alarma e incredulidad.

–¿Y bien? –dijo Olaf alzando una ceja.

–¿Y bien *qué*? –preguntó Raimundo con visible molestia.

Empezó a sentirse incómoda al ser en la práctica una espectadora en una discusión tan importante y que se presentaba hostil. Por un lado odiaba seguir a la deriva. Por otro, la reticencia a llamar la atención era violentada por su sola presencia en una reunión tan importante. De nuevo pasó por su cabeza la idea de que estaba atrapada para siempre en aquel mundo extraño. Atrapada y pasiva. Espectadora eterna.

–¿Aceptasteis el pedido?

No pasó desapercibida para Raimundo la expectación con la que los presentes aguardaban su respuesta.

–Sí.

Gorza se tapó el rostro con ambas manos, Delvin bajó la mirada, Courtland tuvo que volverse para calmar sus nervios, Lynn resopló en un gesto entre perplejo e incrédulo, y Olaf sacudió la cabeza.

–Dada la cantidad... ¿No se os ocurrió preguntar para qué?  
–inquirió Olaf.

–Eso no nos incumbe. Y no me arrepiento. El futuro de Dulice estaba en juego en esa operación –dijo Raimundo intentando conservar algo de dignidad.

–¡Raimundo! –gritó Lynn–. ¡¿Qué has hecho?! ¡El mayor ejército de Armantia está ahora armado hasta los dientes! ¡Y piensa invadirnos! ¡No puedes ir dando por ahí cien mil reales en armas de una sentada sin pararte a pensar en el uso que van a recibir!

Raimundo se dispuso a protestar, pero Carina interrumpió.

–Dulice se compromete a proveer sin costo alguno a Debrán y Hervine en el rechazo de la invasión que llegue desde Turín –dijo mirando furiosa a Raimundo. Esta vez él devolvió una mirada resentida, pero no dijo nada.

–Es lo menos que podéis hacer –añadió Gorza, que había estado callado toda la reunión–. El despiece lo empezarán por mi país, no el vuestro.

–Huelga decir que todos nuestros descubrimientos pasan a estar a disposición de esta misma causa –añadió Lynn–. Creo que con nuestro material ignífugo podríamos tener una oportunidad ante las tropas turinenses, que según mis últimas informaciones, pasan de los quinientos mil efectivos.

Olaf carraspeó tan fuerte que interrumpió a Lynn.

*Son más, pensó Marla. Muchos más.*

–Esos quinientos mil efectivos, gobernadora, están sacados del censo militar turinense. Pero ese *censo oficial...* está hecho con la finalidad de que vos y otros podáis tener esas *últimas informaciones*.

–¿Qué quie... queréis decir? –dijo Gorza.

–Nuestro ejército cuenta en realidad con más de un millón de efectivos.

El silencio turbador se estaba convirtiendo en la tónica de la reunión.

A la mente de Marla acudió el pergamino de Boris. Debía empezar a tomar partido, no podía limitarse a mirar siempre. Pero eso supondría aceptar un hecho del que aún huía: que viviría para siempre en aquel mundo. Sabía que desde que diera el primer paso, desde que se comprometiera sólo un poco, estaría ligada al destino de quienes la rodeaban. No podía dejar de verlo como una especie de derrota, mas la alternativa era igual de deprimente y todo aquello le estaba provocando un nudo en el estómago.

–En Debrán –dijo Gorza– estábamos... estamos reconstruyendo nuestro ejército. En estos momentos consta de poco más de doscientos mil efectivos.

–Nuestra reserva es de alrededor de la mitad –dijo Courtland.

–La nuestra también –añadió Raimundo.

–Puede que Gardar ya tenga arreglos con algunos señores de Los Feudos –inquirió Olaf–. Sería un frente de ataque peligroso. Presupongo que sus majestades también tendrán a algunos en el bolsillo... ¿Me equivoco?

Raimundo y Gorza se miraron.

–Hace varios días que no tenemos contacto con ellos. Nuestros mensajeros no han vuelto –dijo Raimundo.

–Los nuestros tampoco –añadió Gorza, bajando la mirada.

–Será un frente de ataque peligroso –concluyó Olaf asintiendo con gesto grave.

Marla empezó a removerse en su asiento. Notaba la desesperanza en la mesa, la arrolladora previsión de que Turín arrasaría con ellos y de que el torbellino la arrastraría sin que pudiera hacer nada ni lo supiera nadie. Ella misma estaba de figurín en aquella reunión. La espectadora eterna.

*No dejaré que eso ocurra.*

Tras abrir la boca un par de veces, insegura, logró balbucear algo.

–Em...

Los demás la taladraron con la mirada, lo que la puso aun más nerviosa. Olaf tenía los ojos abiertos como una lechuga, temiendo lo que pudiera decir. Ya advirtió a su concubina sobre hablar más de la cuenta.

–Bueno, parece, es decir, es evidente que la defensa será difícil, por ello creo que, en fin, deberíamos plantear un plan paralelo para detener ese ataque... claro, antes de que se produzca.

Un brillo húmedo a floraba en el rostro del general.

–Expíciate, joven –dijo Lynn con visible interés. También lo parecía Courtland. Gorza tenía el ceño fruncido y Olaf estaba ya rojo como un tomate.

Organizando sus ideas antes de exponerlas, Marla intentó calmar sus nervios.

–A mi modesto entender, todo cuelga de Gardar. Deberíamos encontrar el, es decir, la manera de introducirnos en Turín hasta el propio castillo de Gardar y neutralizarlo. Se podría intentar, mm, apaciguar los ánimos allí de la misma manera con la que se exaltaron, con propaganda. Es todo una cuestión de, mm... –miró sonrojada a Olaf, que estaba conteniendo la respiración– espionaje. Sí, infiltrarse.

–¿Cómo te llamas? –se interesó Carina.

–Marla Enea.

–Ah –sonrió Carina–, de mi tierra. ¿De qué zona? No consigo situar tu acento.

La pilló desprevenida por completo, y deseó por momentos ser engullida por la tierra. Por fortuna, Olaf interrumpió con una tos exagerada, al borde ya de la combustión espontánea.

–¿Les parece a sus majestades una opción a tener en cuenta la propuesta de mi concubina? –dijo mirando a Marla con fijeza.

–Arriesgado –respondió Lynn, que ahora contemplaba a Marla de un modo especial.

–Pero realizable –añadió Courtland.

–Hmm.

–Nos conviene intentarlo al menos, siempre y cuando el plan sea paralelo a la defensa contra una eventual invasión –dijo Gorza.

–Bien, supongo que podría ser mi oportunidad para tomar el control del trono –admitió el propio Olaf tras ver las reacciones de los demás.

Marla no se atrevía a decir nada más, pues Carina estuvo muy cerca de ponerla en un grave aprieto y Lynn no le quitaba ojo. Pero había consenso, eso estaba claro.

–En lo que a la defensa respecta, creo que todos deberíamos formar un frente a lo largo de la frontera turinense –dijo Olaf.

Acuerdo unánime.

–Y en cuanto al otro plan... –Olaf miró a Courtland.

Courtland pareció interpretar su mirada por unos instantes.

–Tenemos gente especializada en esos menesteres, sí. Grupos de un máximo de diez sería factible. Dos o tres, por distintos caminos. Dependerá de la vigilancia que haya en Turín –replicó devolviéndole la mirada a Olaf.

–Es probable que mucha y buena. Aunque conozco algunas rutas que podrían darnos una oportunidad.

–Entonces creo que todo está muy claro –dijo Lynn.

Se concretaron ambos planes en la reunión. Desde Debrán se dirigiría la defensa a gran escala, Hervine y Dulice aportarían material y hombres y a su vez Courtland y Olaf liderarían –y serían parte de– el golpe al trono de Turín.

Al terminar y viendo que ya no pintaba nada allí, Marla se escabulló previa excusa para regresar a sus aposentos, y a

medida que las discusiones se extinguían, la realeza abandonó la sala dejando solos a Lynn y Olaf.

–Hacía tiempo que no sabía de ti, Olaf. Me alegro de que ahora las cosas te vayan bien.

–Yo no diría que me fueran bien, gobernadora.

–Me refiero a tu concubina.

–Oh, mm, sí.

–Perdona la indiscreción, pero... ¿Hace mucho que os conocéis?

–Más bien poco, gobernadora. ¿Puedo saber qué alimenta vuestra curiosidad? –dijo enarcando una ceja.

–Oh, nada. Me ha caído muy bien. Me recuerda a mí cuando era joven –dijo estrechando un mar de arrugas en una sonrisa.

Olaf suspiró aliviado con la mayor sutilidad que pudo, viendo que se trataba sólo de eso. Lynn sin embargo se dio cuenta, y matizó, cambiando a un tono más cercano.

–Vengo observando desde hace tiempo que nuestros intereses parecen muy similares.

–Lo son los de todos sobre ciertas cuestiones –dijo él con sequedad, captando la conexión.

–Pero sobre ciertas cuestiones sólo unos pocos actúan durante tanto tiempo, más allá del interés común.

Se escudaron en silencio unos instantes.

–Pensaba que los *vigilantes* ya se habían extinguido –dijo Lynn con los ojos entrecerrados, su tono vago.

–¿Y eso os habría gustado? –inquirió Olaf con gesto serio.

–Ya conoces la postura de Boris al respecto –respondió ella viendo su sospecha confirmada.

–¿Debo entender que la de sus discípulos es idéntica?

Lynn acabó sonriendo. Se estaba acumulando demasiada tensión sin necesidad.

–En realidad me alegro de que aún queden vigilantes. No soy la competencia, Olaf, y haces mal en hablar en plural sobre los discípulos de Boris. Sólo quedo yo y creo que se puede decir lo mismo de tu caso, así que no hacemos ningún bien marcando nuestras diferencias ahora, tal y como están las cosas.

–Las diferencias ya venían marcadas, gobernadora. Cada cual hace lo que tiene que hacer. Pero sí es cierto que cabe la pronta posibilidad de que nuestros caminos se crucen, queramos o no, debido a ella.

–Me he dado cuenta, por ello he buscado esta conversación. Su presencia es muy, muy importante.

–Estoy al tanto –asintió Olaf, bajando la mirada.

–Intenta que no le pase nada por...

–Hago cuanto está en mi mano –cortó Olaf–, pero estoy descubriendo que es muy independiente.

–Sí, se adivina su testarudez. Pero es vital para nuestros intereses. Vital y especial, o eso creo... ¿Es tu concubina por un mero acuerdo de supervivencia?

Olaf abrió la boca para responder, pero prefirió guardar silencio, molesto ante la excesiva y pretendida confianza de la gobernadora.

–Es tarde y debo descansar, con vuestro permiso –dijo recuperando el tono oficial y dando media vuelta.

*Así que todo era cierto, pensó Lynn viendo marchar a Olaf. Pobre chica.*

Cuando Marla se dirigía a su habitación escuchó desde una puerta cercana voces que denotaban irritación, por lo que se aproximó con curiosidad hasta pegar la oreja a la puerta; las voces pertenecían a los reyes de Dulice.

–¡Mira la que has armado! –exclamó Carina–, ya tienes tu

guerra, y las arcas se están llenando. ¿Contento? Diez mil reales... al menos cuando los turinenses arrasen el castillo con nosotros dentro, lo haremos nadando en oro. La forma de morir que siempre has soñado.

–Calla, estúpida, vas a conseguir que nos oigan.

–Callaré si me place, queridísimo esposo. ¿Cuál es ahora tu plan? ¿Eh?

–No me hables como si fuera responsable de algo. Yo sólo quería un susto y lo sabes, ese era el plan, nadie tenía que morir. Lo suficiente para un conflicto. Pero alguien nos traicionó... tal vez Gardar tuviera que ver y fuera todo una conspiración. ¡No lo sé!

–¿Qué más tendrá que pasar para que te des cuenta de que necesitamos otros medios de subsistencia? Te dije lo del arroz, te dije lo del azúcar. ¡Las tierras del sur tienen un gran potencial para el comercio de azúcar! Pero no... mi queridísimo esposo consideró que reavivar la industria armamentística sería muy fácil, que siempre tendríamos ese recurso ahí porque al fin y al cabo es como este país subsiste desde hace más de doscientos años. ¡Aun tras medio siglo de paz! ¡Los tiempos cambian, Raimundo!

La voz se acercaba a la puerta, lo que obligó a Marla a

regresar rauda pero sigilosa a su habitación.

Rumió largo rato sobre aquella conversación, pero después, pensando en la reunión, se sintió aliviada, libre, viva... tenía algo que decir en aquel lugar después de todo. Ya no era ni espectadora ni pasiva. Dicho pensamiento ayudó a que aquella noche durmiera como un bebé.

El general despertó al día siguiente en su habitación del castillo de Lynn, lamentando el hecho de que sería una de las últimas veces en mucho tiempo en que dormiría en aposentos reales.

–Me encanta la arquitectura hervinesa –dijo Marla. Olaf suspiró, viendo que ella ya estaba despierta y vestida, aguardándole–. En serio. Todo lo que había visto hasta ahora era una mezcla del medievo, Persia, culturas nórdicas... pero esto es... nuevo –lo miró– ¿Cómo nos hemos despertado hoy?

–Tenemos que hablar –replicó Olaf adormilado, previo gruñido.

–Con el pie izquierdo. Ya veo.

–¿Qué tiene que ver el pie con el que...?

–Olvidalo –cortó Marla. Arrastró una silla y se sentó en frente, gesto que no pareció gustar a Olaf–. Muy bien, aquí

estoy. ¿Sobre qué quieres hablar?

–¿Cuál va a ser tu papel en esta historia?

*La inevitable pregunta.*

–Ya lo sabes, voy a intentar ayudar. Como cualquier otro aquí, tal y como dijiste. A propósito –dijo mirando alrededor–, una duda a la que llevo dando vueltas toda la mañana... ¿Por qué en este lugar de reinos y majestades y toda esa parafernalia, hay una *gobernadora*? No concuerda.

–Hervine fue un reino hasta que llegó Lynn. Las razones del cambio... ¿qué más da? Puedes preguntarle tú mismo. Veamos, como debes saber tendremos dos grupos, uno lo llevará Courtland, con quien yo iré, y el otro será dirigido por un espía hervinés, Keith Taylor, quien se encargará de darnos cobertura.

Lo meditó unos instantes, y procuró que su tono de voz resultara lo más neutro posible.

–Dada mi experiencia, encajaré más en el segundo – anunció.

–Bien.

–No hay inconveniente, ¿verdad?

–En absoluto, pero... ¿sabes luchar? ¿Defenderte? ¿Usar

armas? ¿Ser sigilosa?

–*Es posible* –dijo ella estrechando una sonrisa.

El gesto hizo fruncir el ceño a Olaf.

–En fin, la tarea es *sencilla*. Tu grupo tendrá que prepararnos el terreno para entrar en el castillo, casi cualquier guardia podría reconocerme. Nosotros nos encargaremos del resto.

–¿Y qué haréis con Gardar?

El general se encogió de hombros.

–Dependerá de él, así que ya veremos.

Permanecieron muy callados el resto del día. Marla no desaprovechó la ocasión de visitar la biblioteca del castillo hervinés, previo permiso real. En ella encontró algunos datos interesantes, como que Lynn conoció a Boris Ourumov en vida, y fue gracias a la influencia del físico ruso que llegó al trono hervinés.

–Hay un cuadro del nombramiento, si lo quieres ver con detalle –dijo una voz a su espalda. Marla casi salta del susto. Era Lynn, quien se sentó delante con mucho esfuerzo.

–No hacía falta que vinierais majestad, tan sólo buscaba...

–Descuida querida, no es molestia. No recibimos muchas visitas en este extremo de Armantia. Curioso ese Boris –dijo señalando al libro–, un personaje muy peculiar.

–Le conocisteis, veo.

–Sí, cuando era más o menos como tú de joven. Un hombre muy sabio.

–Hay demasiada mística tras su figura, resulta un poco difícil de creer todo lo que se cuenta sobre él –dijo ella.

–Suele pasar con quien llega a cambiar la historia como él. Pero es cierto que sólo se recuerda lo grandioso, cuando Boris fue sobre todo un anciano atormentado que buscó en este mundo un antídoto para sus remordimientos.

–¿Y os contó qué remordimientos eran esos? –dijo Marla, inquieta.

Lynn notó esa inquietud, y se rió de buena gana.

–Me temo que no, no solía hablar de su vida anterior. Pero no hablemos más de difuntos. Así que dulicense... es bueno que te intereses por la historia, tengo entendido, y no le digas a Carina que esto ha salido de mis labios, que la cultura no es el punto fuerte de Dulice.

–Ya, en fin, mm, yo vivía en un pequeño pueblo, bastante

aislado del resto. Por razones ajenas a mi voluntad me vi fuera, y ahora estoy conociendo todo esto.

Lynn asintió muy atenta.

–Ya veo. ¿Tu pueblecito no era muy próspero? No conozco mucho Dulice.

–No, no lo era. La verdad es que estaba podrido, ya no tenía remedio.

–¿Y qué tal tu labor allí, estabas contenta?

*¿Y qué tal si dejas de interrogarme?*

–¿Mi trabajo? Contenta no sería la palabra. Estaba satisfecha, porque por un lado me permitía estar lejos de la mugre que cubría los alrededores. Pero a la vez me hacía sentir... mmm... culpable, sí. Los demás habitantes del pueblo distaban de estar tan bien como yo, y cada vez que salía a pasear me daba cuenta de que huía de la realidad. Pero la realidad empezó a cercarme, e incluso la mugre cubrió también mis labores.

–Te entiendo. Al final siempre vencen los villanos, dicen. Mas no deben hacerlo con impunidad –dijo la gobernadora, sumida en sus pensamientos.

Marla ladeó la cabeza, queriendo recordar algo.

–Pues has hecho bien saliendo de allí –dijo Lynn volviendo a la realidad–, el resto de Armantia no es muy próspera en estos tiempos. Aunque, como ves, aún tiene remedio. Y creo que le vendrá muy bien la llegada de gente como tú. Muy, muy bien.

–Exageráis.

–Nos has hecho una buena demostración ayer, en la reunión. Nos falta esa claridad de ideas, y aún más un toque femenino entre tanto espadachín con aspiraciones. No lo digo por tu concubino, no te lo tomes a mal.

–¿Puedo preguntaros por qué sois gobernadora y no reina?  
–le preguntó al considerar que la confianza era suficiente.

Lynn echó la cabeza hacia atrás, riendo con una tos escandalosa.

–¡Qué directa!

–Perdonadme, no quería sonar...

–No, no, es una pregunta interesante. Lo del reino era demasiado... *pomposo* para mí. Demasiadas ínfulas. Incluso el propio modelo me pareció inadecuado. Tampoco creas que aquí hubo una gran tradición de corona, sólo inicié algo ya presente en la mente del pueblo, acabaron hartos del rey

anterior. Si las cosas se arreglan te recomiendo que te des un paseo por estas tierras, observarás que la sociedad hervinesa es un tanto diferente del resto de Armantia. Ahora permite que sea yo quien cambie de tema. Dime, ¿cómo llevas lo de ser concubina, si no es indiscreción?

*Y dice que yo soy directa.*

–La verdad es que no me puedo quejar, gobernadora. Olaf fue el primero con el que me encontré al salir de mi pueblo. Él ha cuidado de mí, siempre ha sido muy atento.

–Ah... –dijo Lynn, asintiendo con aprobación– no sabes la suerte que tienes de que sea Olaf. Un hombre como pocos quedan ya por aquí. ¿Sabes? De joven yo también vivía en un pueblecito aislado a las afueras, y cuando llegué a Hervine tuve las cosas muy difíciles. Ojalá me hubiera encontrado a alguien como él nada más llegar.

–¿Le conocéis?

–He tratado con él durante varios años por asuntos diplomáticos con Turín. Me alegro de que tenga compañía, desde la tragedia de la cabaña se le veía muy ausente.

Marla estuvo tentada de interesarse por eso, pero se suponía que como concubina ya estaría enterada. La conversación le agradó después de todo, pues era la primera vez que hablaba

con normalidad con una persona que no fuera su sempiterno concubino. Se sentía más libre, más independiente.

–Voy a participar en ese viaje –confesó al fin Marla, sorprendiéndose a sí misma.

Lynn asintió con reservada admiración, como si hubiera confirmado sus expectativas sobre ella.

–Iré en el grupo de ese espía vuestro, Keith Taylor –continuó–. Creo que llevo demasiado tiempo bajo el ala de Olaf, y así no soy de demasiada ayuda. Debo empezar a desenvolverme por mí misma.

–Y estoy de acuerdo. Pero... ¿Has considerado el peligro, muchacha?

–Claro, pero ya que estoy aquí tomaré partido, no quiero quedarme a ver cómo ocurre todo. Además, creo que poseo conocimientos que serán útiles.

La gobernadora lo aprobó con un ademán.

–No pienses que pretendía desanimarte, jovencita, me gusta esa actitud. Sólo espero que lo hayas pensado bien. Siempre me agrada ver a una mujer valiente en este mundo de hombres, es algo que he intentado fomentar en Hervine desde que gobierno, pero la tradición es muy poderosa. En fin... –le

sostuvo la mirada unos instantes, como si evaluara si decir algo o no— me voy, estoy muy cansada. Y cuídate mucho, me será muy grato verte de vuelta si las cosas se arreglan. Quisiera hablar contigo entonces. Ay de mi edad, un día de estos seré incapaz de levantarme de la silla...

Marla la observó salir de la biblioteca. *Agradable y simpática*, pensó. *Extraña y cercana*.

Salió de la biblioteca poco después con la cabeza embotada, para retornar a sus aposentos. Allí meditó hasta la llegada de Olaf.

—Tengo que prepararme con Courtland, nuestros grupos no podrán encontrarse hasta que llegemos al castillo. Taylor te visitará más tarde. Le conozco personalmente, puedes confiar en él.

—De acuerdo. Por cierto, aún no te lo he dicho, pero...

Repitió lo que escuchó tras la puerta de los aposentos de los reyes de Dulice. Olaf fruncía el ceño a cada palabra.

—¿Así que además de intervenir en la reunión sin venir a cuento y poniendo en peligro tu propia coartada, te dedicas a espiar a los gobernantes de otro país? ¿Pero se puede saber en qué estás pensando? Has estado dos veces a punto de echarlo todo a perder. No eres ninguna heroína de libro, y para colmo

ahora decides marchar sola...

–De nada, *Gran General*. Esa información puede ser muy útil y...

–Esa información me la comunicó la propia Carina en persona. Está colaborando con nosotros a espaldas de su esposo. Pero lo que has hecho tú no tiene nombre. No vuelvas a hacerlo ¿entendido?

–¿Que Carina... ? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

–¿Acaso debo contarte cada secreto real? Ni siquiera tú misma tienes claro tu destino en esta historia... –dijo Olaf envarado. Pero se detuvo arrepentido, mas ya era demasiado tarde; Marla asentía con parsimonia y expresión herida.

–Me ha quedado claro como el agua –dijo señalando la puerta con el dedo índice–, Courtland debe estar esperándote.

–Espera, no hay que tomárselo...

–*Fuera* de mi habitación. ¿Te fastidia que la damisela no esté bajo tu control? ¡Que te jodan!

Olaf salió de inmediato con rostro de enojo, mientras gesticulaba como si saliendo evitara males mayores.

Al final metió la pata el idiota, tan bien que se portaba con ella. ¡Metió la pata! ¡La única persona con la que podía hablar!

¿Que estaba por ver que fuera útil? ¿Quién demonios se creía? Ahora entendía a Lynn. Espadachines con aspiraciones.

Durante al menos una hora deambuló por el dormitorio manteniendo encarnizadas e imaginarias discusiones con Olaf. Aunque una parte de ella estaba sorprendida, pues no recordaba la última vez que se enfadó así con alguien. Nunca importó a nadie en Alix, salvo tal vez a Marco, su mentor. O emanaba un enfado de años, sin más.

Varios golpes en la puerta la sobresaltaron.

–No quiero hablar contigo.

–¿Marla Enea?

*¡Otra voz!*

–Adelante.

Un hombre de la edad de Olaf, más bajo y con un pequeño bigote entró mirando alrededor hasta encontrarla, vestido de verde. Parecía *Robin Hood*.

–¿Tú eres Marla Enea?

–Sí, ¿Keith?

–El mismo. ¿Te han puesto al corriente de lo que vamos a hacer?

–Cubrir al grupo de Olaf y Courtland para que puedan entrar en el castillo turinense, ¿correcto?

–Mm, sí, en líneas generales así es.

–¿De cuántos miembros se compone nuestro grupo?

Keith sonrió, estirando el bigote.

–Dos.

–¿Qué?

–Y tenía que haber sido sólo uno, trabajo solo. Pero Olaf me habló de ti y Gauthier Courtland, mi superior, tampoco me dejó opción. Lo cual no cambia el modelo inicial, las cosas se harán a mi manera ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

*¿Qué demonios le contó Olaf de mí?*

–Prepárate, porque salimos dentro de dos horas. Ve ligera, y nada de comida, de eso me ocupo yo.

–¿Dos horas?

–Si no estás lista para entonces me iré sin ti, no tolero retrasos. Sólo porque me lo ha pedido Olaf he aceptado trabajar con una mujer. Nos veremos más tarde.

Cerró la puerta con suavidad.

*Imbécil*, pensó Marla mientras preparaba su pequeño saco. Otro espadachín con aspiraciones. Ya se encargaría de enseñarle qué clase de instrucción recibió. *Algo bueno tendrá haber trabajado en Alix.*

En ese mismo instante Olaf se encontraba ultimando detalles con Courtland, cuando Gorza, rey de Debrán, le citó para hablar a solas. Tras terminar con Gauthier se dirigió a los aposentos de la realeza debrana, donde lo encontró discutiendo con Delvin.

–Ah, Olaf, entra. Delvin, déjanos solos.

El consejero miró a Gorza con la brusquedad de un ave, como si no creyera lo que acababa de oír.

–Ahora –insistió.

Reaccionó con parsimonia, saliendo tras lanzar una mirada venenosa a Olaf.

–En fin –dijo Gorza cuando se cerró la puerta–, sólo quería despedirte como es debido. Ambos sabemos que esta podría ser la última vez que nos veamos.

–Cierto, excelencia.

–Oh, olvida las formalidades. Quiero disculparme por el trato que te dispensé a tu llegada a Debrán, más que correcto

para cualquiera que lo presenciara, pero por debajo de tu verdadera condición. Todo el asunto de ese crío, Gardar, me ha vuelto un poco paranoico.

–Le comprendo exce... señor. Nunca he dudado de vuestras intenciones.

–Cierto, nunca lo has hecho. Yo sin embargo nado ahora entre dudas e intenciones, en su mayoría malas. Tu misión es muy importante, Olaf, y aunque no es momento para el desánimo, debo contarte algunas cosas a ti, como potencial gobernante de Turín, que hasta ahora no he dicho a nadie. Tengo miedo, Olaf. De Delvin.

–Entiendo.

–Supongo que me está bien empleado, pero en cualquier caso complica la situación. Creo que Delvin planea una revuelta contra mí en Debrán. Le he dado mucho poder, y ahora necesita más. Es insaciable. El ejército debrano está de mi lado, pero él se ha hecho de facto con el pueblo y puede crear una milicia imparable. Hacer de él un mártir en estos momentos sería igual o peor que dejarle hacer.

–Os lo avisé una vez.

Gorza asintió recorriendo la habitación, nervioso.

–Lo sé, lo sé. Comprende mi situación cuando ascendí a Delvin, Olaf. Debrán se encontraba al borde de la anarquía, y el ejército amenazó con echarme del poder si la cosa se me iba de las manos. Entonces se presentó Delvin, tras ascender con rapidez en nuestra jerarquía religiosa, y me ofreció una solución. Él se encargaría de modificar las doctrinas religiosas de forma que el control del pueblo volviera a mis manos. Y aunque se hicieron cosas terribles para que todo el mundo tomase el camino recto, evité el caos.

*A qué precio, pensó Olaf.*

–Sé lo que estas pensando. Pero yo no lo vi. No lo vi. Las doctrinas terminaron dominando todos los aspectos de la vida debrana, y era Delvin quien las controlaba, no yo. Él mismo eliminó a cualquier candidato entre sus súbditos que amenazara su poder y mi castillo acabó convertido en una jaula. Hoy por hoy, en Debrán y aunque no pudiera parecerlo a primera vista, Delvin lo es todo. Es la ley y la divinidad, juez y dios. Todos le siguen, mas no por admiración, sino por miedo. La base de su poder es el miedo a la muerte de la gente.

–¿Pero por qué me lo contáis?

–Porque quiero que estés prevenido ante cualquier sorpresa si las cosas se tuercen en mi tierra. Si el ataque turinense llega

a producirse, el ejército debrano, mi único apoyo, estará bastante ocupado en la frontera y a Delvin le resultará fácil dar el golpe. Sólo quiero que lo tengas en cuenta.

–Así lo haré.

Gorza se le acercó y apoyó su mano en el hombro de Olaf.

–Pero, claro está, tu misión es procurar que dicho ataque no se produzca. Espero que puedas evitar la masacre, sería terrible que volviéramos a la guerra abierta tras tantos años de paz. Si lo consigues, me gustaría que volvieras a Debrán. Quizá pueda arreglar las cosas con tu ayuda. Buen viaje, y como decimos aquí, *teme cuando tengas el miedo delante y no antes, o con él te obligarás a enfrentarte. Ve tranquilo.*

Aquella fue la última vez que se vieron.

## **Dos mundos**

**F**ran fue acompañado por Sigmund –el nuevo general turinense– y sus hombres hasta donde estos afirmaron escuchar un trueno sin tormenta. Y no se vio defraudado; sentado tras una pequeña colina se encontraba nada menos que Julio Steinberg, presidente de Alix Corp, con visible confusión.

Este se vio primero sorprendido, luego asustado, y por último jadeante de expectación al reconocer a Fran. Quizá lo inquietante fuera que ya no llevara el monóculo. Su ojo blanquecino no solía dar buena impresión. O tal vez se tratara de los más de veinte hombres armados con arcos, espadas y cuchillos que tenía tras de sí. Sí, podía ser eso.

Mientras se acercaba, Julio se incorporó.

–¿Qué haces tú aquí? –preguntó Fran con voz neutra.

–Al garete, todo ha terminado mal. Hubo guerra de universos, Fran, la hubo. Mi mayor temor se hizo realidad, yo...

Los nervios se hacían con Julio, pero no por los soldados,

sino debido al recuerdo de lo ocurrido.

–Era yo mismo –continuó–, pero con veinte años más, presidiendo una Alix que se alió con el ejército... conquistando universos y centralizando una red de ellos bajo su mando, una... una especie de imperio. Tú no lo viste, Fran, aparecieron cientos de vehículos acorazados por las calles, las ondas expansivas previas a la materialización lo destruyeron todo, fueron a por mí...

–¿Qué fue de *nuestra* Alix? –cortó Fran, a quien poco interesaba lo que le hubiera pasado a Julio.

–Dejó de existir. Activé la autodestrucción de las instalaciones muy poco antes de dar el salto. Sí, las instalaciones subterráneas de Alix tenían ese dispositivo por seguridad. El complejo debe haber quedado reducido a cenizas, es ya imposible que nos sigan hasta aquí.

–Entonces... ¿No se puede regresar de ninguna manera?

–Me temo que no.

La sonrisa de Fran era fría como el hielo.

–Eso es todo cuanto quería saber.

Tras un ademán dirigido a los soldados, estos levantaron sus arcos y acribillaron a Julio, quien apenas tuvo tiempo de

comenzar la huida.

–¡Escuchad! –gritó poco después Sigmund.

Fran se detuvo agudizando los oídos, a los cuales llegaron los restos del sonoro crepitar de un trueno.

–¡Por ahí! –exclamó Sigmund.

Cuando se paraba a pensar en lo fácil que le resultó conseguir poder en aquel mundo, aún se sorprendía. La junta directiva de Alix le envió con el encargo de localizar y eliminar a Marla y a Boris, pero sabía que la razón de su presencia allí era más sencilla: Julio quería deshacerse de él. Nunca le hubiera dejado volver. Ahora contaba además con la certeza de que no podría hacerlo, con o sin su permiso.

Pero... si localizaba a Boris, tendría una oportunidad. El traidor poseía la *unidad*, el dispositivo de viaje portátil. Ya se las apañaría para arrebatárselo.

Cuando llegó a aquel mundo, se hizo pasar por alguien importante y pudo sorprender a la gente con unos cuantos trucos de magia baratos. Hasta que conoció a Sigmund, el militar con el que pudo acceder al rey, un niño al que se podía impresionar con tanta facilidad que ya era su mano derecha. El ojo blanquecino hizo la mitad del trabajo.

Así que a falta de su propio mundo, al menos tenía poder.

Fran calculó unos doscientos metros hasta que localizaron un cuerpo tumbado entre un montón de hierba aplastada en todas direcciones. Reconoció a la chica que allí yacía, y ordenó a los arqueros con un gesto que bajaran las armas.

*Tal vez pueda serme útil.*

~ \* ~

Para Marla el viaje fue más tranquilo de lo que esperaba. No le costó seguir el ritmo de Keith, lo que ayudó a que este tampoco se preocupara mucho por ella. Apenas hablaron hasta que llegaron a un sitio muy familiar.

–Descansaremos aquí –dijo Keith.

Marla recordó desde el mismo instante en el que tomaron asiento en los tocones.

–Yo ya he estado aquí con Olaf. Sí, las marcas, la leña preparada...

–¿De veras? –preguntó Keith sonriendo.

–Sí, dijo que se reunía con un espía hervinés...

La permanente sonrisa de Keith quebró la frase.

–Tú –comprendió Marla. El asintió con la cabeza.

De pronto Marla frunció el ceño, cayendo en la cuenta de que Keith la trataba con cierta complicidad cuyo origen ignoraba y que poca gracia le hacía.

–¿Olaf te ha hablado de mí?

–Me lo contó todo sobre ti.

–Oh...

–¿Supone algún problema?

–No. Bueno, sí... un poco. No nos despedimos en buenos términos.

–Ah.

Qué importaba ya. En realidad, eso haría las cosas más fáciles. Ya no tenía nada que ocultar. Pero si Olaf le contó todo sobre ella, ella también merecía conocerle mejor.

–¿Conoces desde hace mucho a Olaf?

–Ya lo creo, hace ocho años que entablamos amistad.

–¿Que me puedes contar sobre él?

Keith sonrió de oreja a oreja.

–¿Quieres saber algo en particular?

–No sé... ¿Y su familia?

Aquella pregunta fulminó su sonrisa.

–Creo que tiene a unos tíos viviendo en Dulice. Estuvo tres años casado con Amandine Tágada, debrana. Terminaron hace dos.

–Vaya... ¿Y cómo?

Keith avivó el fuego con una ramita antes de responder.

–Hace un par de años, en las fiestas vacacionales de la capital de Turín, un grupo de turinenses fanáticos cerraron y quemaron su cabaña festiva, con sus padres, hermanos y mujer dentro, entre otras personas allegadas. Intentaron hacerlo pasar por un ataque debrano, aunque les pillaron. Muchos, no obstante, siguen creyéndolo.

–Pobre Olaf...

*Ahora comprendo muchas cosas.*

–Aún no se ha recuperado, se lo noto.

–Entonces... –dijo Marla mirándose la túnica.

–Sí, de Amandine.

Estuvo absorta unos instantes mientras sostenía su manga

con el índice y el pulgar.

–¿Pero por qué lo hicieron? –preguntó al fin alzando la mirada.

Keith resopló, como si no supiera por dónde empezar.

–Hay que recordar la situación de entonces... las relaciones con Debrán eran y son bastante malas, y muchos turinenses no perdonaron a Olaf que su mujer fuera debrana.

–¿Y ya está? ¿Sin más?

Keith alzó ambas cejas.

–¿Te parece poco? ¿Qué es motivo de guerra en tu tierra?

Ella sonrió, sabiendo que la respuesta tampoco tendría mucho sentido para él.

–El agua.

–*El agua* –repitió alzando las manos con burla–, te parece poco un conflicto territorial, pero peleáis por algo tan abundante como el agua –negó con la cabeza–, qué tontería. El ambiente está muy caldeado entre ambos países, Marla, y hay gente que se alimenta de ese odio. Hasta que explotan y pasan estas cosas. Y esto puede parecer más o menos serio, pero si lo vieras como lo vi yo... estuve en Turín cuando asesinaron a Erik, y pude presenciar días después a Gardar arengando a su

gente. Todos querían sangre. Todos.

–¿El pueblo también, dices?

–El pueblo se ha contagiado en parte de esa euforia belicista. Es como si les sacara de una cierta rutina. Comprende que han sido saturados durante medio siglo de odio hacia Debrán. *Debrán hizo esto, Debrán hizo aquello. Por Debrán nos llega menos azúcar, Debrán deja escapar los lobos que se comen a nuestras ovejas, Debrán se lleva a nuestras mujeres...* esos que gritan maldad y señalan tanto con el dedo son quienes siempre han iniciado las guerras.

–Comprendo.

–Turín se creó por una guerra entre otros dos reinos que arrastraban conflictos desde tiempo atrás. Y mucha gente que sólo conoció guerra y muerte, se encontró de pronto con que no sabía qué hacer sin ella. De ahí heredaron su impresionante ejército, y eso que Olaf los ha podido contener un poco... él no es como los demás turinenses, como habrás observado. Pero no deberías sorprenderte, Marla, esto era inevitable. Ahí está Dulice, lleva varios siglos viviendo de la venta de armas y apenas ha cambiado su manera de subsistir. Ellos también necesitan guerra y llevamos cincuenta años sin ella. La verdad, mucho ha durado la paz.

–En eso estoy de acuerdo. Pero si el rey Erik no hubiera muerto en aquel ataque al castillo...

–La guerra se hubiera iniciado de otro modo. Aunque es cierto, por lo que me ha contado Olaf, que hay circunstancias muy extrañas alrededor de su muerte. Estoy casi seguro de que no fue de mano debrana. El comportamiento extraño de Gardar... y ahora dice tener un nuevo consejero y general.

–En lo que a Gardar respecta, tengo la impresión de que alguien le manipula. Es demasiado joven para tanta maquinación.

–Ahí está la clave –replicó Keith señalándola con la ramita–. Pero quién... eso es más desconcertante. No creo que sea de ningún reino particular y ninguno de los señores de Los Feudos se atrevería a algo así.

–Volviendo a Olaf... –Keith hizo un esfuerzo por no sonreír, como si previera que Marla retomaría esa conversación– ¿No te resulta un poco... así como...?

–¿Singular? ¿Especial? ¿Raro? –soltó una pequeña carcajada– Ah... es un pozo de secretos, es cierto. Y le viene de familia, su padre era idéntico. En Turín le pesa la fama de ser demasiado benevolente y piadoso, en ocasiones incluso cobarde, y sólo se quita de encima esa imagen en los torneos,

cuando nadie consigue ganarle. Se rige por normas muy distintas a las de los demás, es cierto. Pero sé tanto como tú. Es bastante reservado sobre sus asuntos, en especial desde... aquello.

–Pues encaja como un guante en el perfil de líder carismático, no entiendo cómo puede tener mala fama.

–Tal vez en tu tierra. También podría serlo en Hervine, somos más moderados. Pero por lo general sólo lo es entre parte de la nobleza y quienes le conocen. Ser tan honesto no está bien visto, y menos con el reino *enemigo*. Al rey Erik le caía muy bien por tener siempre los pies en la tierra y a él le gustaba la prudencia. Incluso el rey Gorza, que odió siempre a Erik, respeta a Olaf más que a otros monarcas armantinos. Sabe que de no ser por él, Turín hubiera declarado la guerra a Debrán hace mucho tiempo.

–Sí, noté una cierta sintonía entre ambos cuando llegamos a Turín.

–¿Sintoqué?

–Hubo bastante entendimiento entre ambos, quiero decir.

–Ah... sí. En especial desde la tragedia. Cuando Gorza se enteró de la muerte de la familia de Olaf, envió a los funerales una representación debrana digna de la muerte de un rey. No

acudió en persona, pero envió a su hijo Girome. Olaf agradeció el gesto, aunque levantó más suspicacias entre los turinenses.

–¿Y cómo os conocisteis?

–Empiezo a sentirme interrogado.

–Bueno, tú también puedes preguntarme...

–Pero no soy tan fisgón como tú. Está bien, responderé a esa última y basta por hoy. Hará unos siete años, conocí a Olaf cuando llevaba mensajes de mi señora a Turín, que él recogía. Como casi siempre era yo el mensajero, terminamos haciéndonos amigos. Tiempo después mi función principal pasó al espionaje, así que me reunía con Olaf en este sitio, a consejo suyo, pues no sería bien visto que él hablase sin más con un espía extranjero en el castillo o en la ciudad. Aquí intercambiamos información con libertad, y también hago de enlace de emergencia de mi señora con Turín.

–De Dulice no sé nada. En la reunión sus reyes no dieron muestras de llevarse muy bien.

–Dulice no se relaciona demasiado más allá de la venta de armas, aunque tampoco tuvo más aspiraciones. Es un país pobre, y un poquito bárbaro en mi opinión. En realidad... eh, dije que ya basta. Empiezo a cansarme de charla. Será mejor que durmamos un rato.

~ \* ~

Olaf alzó una mano para que callaran.

–Creo que son ellos –dijo.

–¿Estás seguro de que nos podemos fiar? –preguntó Courtland con preocupación.

–Sí, nos ayudarán. Descuida, les conozco.

Los hervineses que le acompañaban no contaron con que Olaf tuviera una guardia secreta de cinco hombres que le eran leales hasta el final, entrenados para situaciones de emergencia. Si siguieron el procedimiento, debían estar rondando una zona determinada desde que él huyera de Turín.

Vio a una cierta distancia, entre los árboles, pasar a un hombre con atuendo turinense: no cabía duda, era uno de ellos. Le silbó, agitando la mano. El otro devolvió el saludo, y con él aparecieron los restantes cuatro.

–Empezábamos a pensar que no volverías, *Gran General* – dijo estrechando el brazo de Olaf–. Cuando oímos que nos traicionaste, sabíamos que algo iba mal, y no tú.

El soldado dejó de hablar al mirar a los demás frunciendo el

ceño.

–Son hervineses, han venido a ayudarme tras acordarlo con los demás países –respondió Olaf señalándolos–. Este es Gauthier Courtland.

El turinense se inclinó antes de hablar a toda velocidad.

–Escucha, creemos que Gardar está siendo manipulado. No hemos podido verlos, pero hay rumores sobre un hombre y una mujer moviendo los hilos. Parece que no salen del castillo y...

Oyeron gritos por todas partes, y la primera reacción de Olaf fue desenvainar, alarmado. De los árboles de los alrededores surgieron incontables soldados turinenses, algunos lanzando flechas, otros abalanzándose sobre los hervineses, espadas en alto. Le pasaron dos palabras por la cabeza: trampa y traición. Sin embargo, su guardia secreta se arremolinó a su alrededor de inmediato, repeliendo a los primeros turinenses que llegaron a él. Para cuando volvió a prestar atención a su alrededor, Courtland yacía en el suelo con varias flechas adjuntas y apenas quedaban un par de hervineses en pie. Todo fue muy rápido, y acabó solo y rodeado de cadáveres. No tenía nada que hacer.

Sin embargo, él continuaba indemne, y no por suerte.

Entre los turinenses salió alguien con un armazón igual que

el suyo; era Sigmund, el soldado que dejó inconsciente en la casa del escriba real.

*Debí imaginarlo, él es el nuevo general.*

–Quién lo iba a decir, la primera operación militar turinense en cincuenta años y no la lleva a cabo el *Gran General*, sino yo. Y sin bajas. Venga, entrégate.

–Veo cinco turinenses muertos a mi alrededor, yo diría que sí hay bajas.

–Bah, eran traidores como tú. Por desgracia a ti te quieren vivo, así que agradeceríamos que nos ahorraras el trámite y te entregases.

Olaf le señaló con su espada.

–Ven y arréstame tú, *general*.

–No tengo tiempo para esto –replicó Sigmund con un ademán de hastío.

Percibió un leve alzamiento en la mirada de Sigmund por encima de la suya, un gesto de asentimiento. Lo supo poco antes del impacto. Alguien permanecía en lo alto de uno de los árboles con una cerbatana, a su espalda. Tuvo tiempo de quitarse la pequeña aguja del cuello, antes de caer mareado.

Despertó con náuseas, efecto habitual del ungüento en el

que solían bañar las agujas para cazar presas peligrosas. Aún adormilado intentó mover los dedos de las manos, pero no los sintió, deduciendo su maniatamiento. Tras varios esfuerzos abrió los ojos y aspiró tan profundamente como pudo.

–Parece que vuelve en sí, ya era hora.

*La voz de Gardar*, impresión que se vio confirmada cuando consiguió enfocar la mirada. Pudo entonces situarse; se encontraba en el salón del trono turinense, de rodillas ante él con manos y pies atados. En el trono, por supuesto, el joven rey. A su derecha... un hombre que no conocía con un ojo lechoso, y a su izquierda...

–¡Marla! –exclamó sorprendido, confuso y decepcionado. Vestía el mismo traje de gris uniforme con el que la recogió del bosque tiempo atrás.

¿Traicionó a todos? ¿Qué fue de Keith?

Ella retrocedió con los ojos muy abiertos, como si la hubieran golpeado, y se volvió con evidente desconcierto hacia el hombre del ojo blanquecino.

–¿Cómo carajo sabe mi nombre, jefe?

–No sé... –el hombre le miraba con ojos entrecerrados–. A lo mejor se lo dijo Boris. Tú –dijo refiriéndose a Olaf–, dinos

dónde está.

Olaf le miró frunciendo el ceño.

–¿Te refieres a Boris de Alix?

–Sí.

–Ella lo sabe –replicó atravesando a Marla con la mirada.

–¿Qué está pasando aquí? –dijo el hombre mirándola.

Marla anduvo de un lado para otro con los brazos cruzados, nerviosa.

–No le he visto en mi vida, jefe, se lo juro...

Olaf iba a responder con un sarcasmo, pero se lo guardó. Con todo lo que Marla le contó sobre el multiverso... ¿Podía ser aquella chica *otra* Marla?

Optó por mirar y señalar a Gardar.

–Quise decir que él lo sabe.

–Él sólo sabe que existe –dijo el hombre–, y que tú sabes cómo encontrarle.

La situación se estaba volviendo surrealista por momentos y el dolor de cabeza no ayudaba, pero de pronto lo vio todo claro y echó a reír de forma exagerada.

–¿Qué es tan gracioso, imbécil? –dijo Gardar con notable

irritación.

–¿No has podido ilustrar a estos señores sobre la historia turinense, ignorante y belicoso crío? –estalló en carcajadas– Gardar, Gardar... ¡Boris de Alix lleva cuarenta años muerto, *imbécil!*

Marla –¿era ella?– lo miró con estupefacción.

–¿Qué?

–Nos dijiste que Boris estaba aquí –dijo el tuerto volviéndose hacia Gardar.

–Miente –siseó Gardar sin quitar ojo a Olaf.

–Vamos –replicó este con sorna–, miren en cualquier biblioteca. Boris ayudó a fundar este reino hace medio siglo, incluso hay pinturas suyas.

–¿Y cómo sabes mi nombre? –inquirió enfurecida la presunta Marla.

Ahí titubeó, optando por omitirla.

–Boris dejó un pergamino contando que llegarías igual que él, trayendo la paz a este mundo. Incluyó una ilustración tuya –inventó a medias.

A la chica se le salían los ojos de las órbitas, y se volvió hacia

el hombre del ojo desagradable en busca de respuestas.

–¿Es posible? –dijo este– ¿Te trajo tan sólo para esa estupidez? ¡No es posible! ¿Y cómo es que sólo habla de ti? –gritó a Marla en voz alta. Empezaba a perder el control– Tuvo que haber dejado algo, tuvo que dejar la *unidad* en alguna parte... ¡Tuvo que hacerlo! –gritó enfurecido saliendo de la sala. Marla fue tras él intentando calmarlo.

*Otros dos atrapados*, pensó Olaf. Gardar permaneció mirando a la puerta por la que habían salido, pendiente de ellos.

–¿Por qué, Gardar? ¿Por qué?

–Cállate –advirtió el joven rey.

–¿Qué te han prometido esos farsantes para que te conviertas en la vergüenza de Turín?

–¡Que cierres el pico!

–El resto de Armantia ya se ha movilizado. Las tropas no pasarán de la frontera con Debrán. Es inútil. Termina con todo este teatro, aún estás a tiempo de evitar una masacre.

Gardar comenzó a reírse con una carcajada histérica e infantil. Sus ojos brillaban de locura.

–No voy a acabar con nada, y permíteme que ponga en duda

tu optimismo. Obviando que no hay fuerza capaz de contrarrestar a todo el grueso de nuestras tropas, tal defensa no va a producirse... Debrán será parte de Turín sin lucha. Yo también tengo un arma secreta que no te he enseñado Olaf...

Hizo ademán de acercarse a él desde su trono, como si fuera a revelar alguna confidencia al oído. Pero no habló, tan sólo movió los labios, formando... *Delvin*.

Olaf no pudo sino abrir del todo los ojos.

## **La boca del lobo**

–No llegan –dijo Keith con preocupación.

–Quizá llegaran antes y continuaran por su cuenta.

–No, las instrucciones eran precisas. Además, hubieran dejado señales. Debían detenerse un poco más al sur... en la tundra, donde en teoría un pequeño grupo de turinenses leales a Olaf les aguardaban... –chasqueó la lengua– temo que no hayan pasado de ese punto.

Recreó la escena en su mente hasta darse cuenta de que Marla no dejaba de mirarle.

–¿Me estás diciendo como si tal cosa que no lo han conseguido? –dijo ella.

–Es una posibilidad a tener en cuenta –replicó aún distraído.

–Cualquiera lo diría viéndote la cara. Pero Keith, eso no puede ser...

–Esa es la frase más errónea que he conocido. Para

empezar, tal vez esos leales hombres no fueran tan leales. O puede que ellos ya fueran vigilados... Se me ocurren muchas razones. Y deja de negar con la cabeza, incluso Gauthier Courtland y Olaf Bersi pueden ser abatidos. Claro que...

Marla adivinó lo que pensaba.

—¿Sabes dónde se produjo esa reunión?

—No muy lejos de aquí, vamos.

Se adentraron en el bosque cuan rápido pudieron sobre el húmedo suelo. Tras cruzar un arroyo, Keith gesticuló con el propósito de que se mantuvieran en completo silencio. Tras un cuarto de hora de sigilo, el espía hervinés susurró: *esto está plagado de huellas. Huellas profundas, gente con armadura. Mala señal.* Ella replicó con un ademán que daba a entender que entonces aún podrían rondar soldados por la zona. *No por aquí,* susurró él. *Les habríamos oído, ya se han ido.*

Encontraron todos los cuerpos juntos. Keith intentó que Marla no mirara, pero ella le apartó el brazo de un manotazo. Se adentró veloz entre los cadáveres esperando toparse con el cuerpo sin vida de Olaf en cualquier parte.

Keith iba tras ella, observando a los caídos. Contra lo que esperaba, pudo distinguir a los cinco soldados turinenses. *O sí que eran leales, o les salió la traición por la culata,* pensó.

Reconoció otro de los cuerpos al instante: Gauthier Courtland. Con esfuerzo volteó su cuerpo boca arriba; estaba ya pálido, la mirada perdida, el armazón acribillado de flechas y otra enterrada en su cuello. Suspiró, triste, al ver a uno de los más grandes hervineses acabar de esa forma, y le cerró los ojos para no continuar con la terrible sensación de que le miraba allá donde estuviera. Estaba sobrecogido de horror.

Fue la voz de Marla lo que le devolvió a la realidad.

–No veo el cuerpo de Olaf.

–Le querrían vivo –dijo él con notable pesadumbre–. Lo que no significa que lo siga estando.

–Pero podría –insistió Marla endureciendo la voz.

–*Pero podría* –repitió Keith, furibundo. Por su cara, Marla pensó que no debía estar acostumbrado a aquel tipo de situaciones.

–No es prudente quedarse más tiempo. Vayamos a la ciudad, tenemos que comer algo –dijo para terminar con el consiguiente silencio incómodo. Necesitaba pensar.

Marla asintió sin decir palabra.

Ellos, al contrario que el grupo de Courtland, viajaban de paisano, por lo que podían pasear sin miedo por la ciudad. Con

las capuchas echadas, por si acaso.

–Debemos pasar desapercibidos, así que no mires a nadie e ignora lo que te digan salvo que provenga de alguna autoridad.

–Tengo más experiencia en eso de la que puedas imaginar –respondió ella con fastidio.

Compraron pan y algunas frutas que devoraron con rapidez a solas, al lado del arroyo cercano a la matanza. Keith permaneció largo rato sopesando algo, sentado sobre una roca, y ella siguió su ejemplo esperando cerca de él, sumida en sus pensamientos. Tres días atrás no se hubiera creído lo que estaba viviendo. ¿Se habituaría a aquel mundo?

*No sin Olaf*, pensó. A pesar de todo aún era su nexa con Armantia.

–Regresamos a Hervine –anunció Keith al fin, incorporándose.

–¿Qué? –exclamó Marla con sorpresa.

–Aquí ya no hay nada que hacer. Hemos fracasado, la guerra es inminente y nadie va a pararle los pies a Gardar.

–¿Pero quién está pensando en la guerra, no te das cuenta de que...?

–No –cortó mientras caminaba alrededor de ella–, no lo voy

a discutir. Ya te dije que a mi manera, nadie te obligó a venir conmigo –continuó con muy poco ánimo de discutir.

Marla tuvo la impresión de que seguía muy afectado por lo que acababan de ver.

–Muy bien, señor espía, tu manera pues. Ahora mírame. ¡Mírame! La guerra se producirá con o sin nosotros y su resultado no variará por nuestra presencia en ella. En cambio, allá –dijo señalando en dirección al castillo– está, bien pudiera resultar que con vida, uno de los pocos amigos que tienes. ¿Vas a dejarle allí? *¿A tu manera?*

Keith detuvo su dubitativo andar encajando aquel argumento como un golpe en el estómago, y se sentó de nuevo en la roca para dar mayor serenidad a su contra-argumentación.

–Oh, Marla, vamos... ¿Es un rescate lo que propones? El castillo estará atiborrado de guardias y no tenemos ni idea de cómo es el interior. Y me hablas de una posibilidad, porque no tenemos ni la certeza de que esté allí. ¿No ves que *ya* estamos en la boca del lobo? ¡Y tú quieres entrar a ver el estómago! Olaf estaría de acuerdo conmigo. Sencillamente no puede ser.

*–Esa es la frase más errónea que he conocido.*

Keith se levantó y, en un acceso de ira, propinó un puntapié

a la primera piedra que tuvo a tiro para luego respirar hondo en un vano intento de tranquilizarse.

–Marla, sé que le tenías mucho aprecio, de verdad, pero...

–¿Aprecio? –gritó ella de forma desmedida como siempre que alguien insinuaba conocerla– ¡¿Pero qué mierda sabes tú lo que le tenía?! ¡No me conoces! ¡Lo que me pregunto es qué le tienes tú!

Ella también intentó calmar su furia, andando de un lado para otro con las manos en la cabeza, alterada. No pensaba ser tan dura, y pudo ver en el rostro de Keith presión a la que estaba siendo sometido. Intentó suavizar su tono para compensar.

–Sabes que la defensa armada no tiene posibilidades, Keith. Sabes que aunque los reinos menores se dispongan por entero a defender la frontera entre Turín y Debrán junto a los debranos, su número es insuficiente. Quedó muy claro en la reunión que organizó tu señora Lynn.

–Lo sé, lo sé...

–Así que volver no servirá de nada, salvo para aceptar del todo el fracaso. No somos soldados, por tanto sólo nos resta estorbar o quedarnos a contemplar el fin. Pero aún no se han agotado las posibilidades en este lugar. Si Olaf está vivo,

todavía es posible que recupere el trono de Turín y detenga todo esto de raíz. Y si lo encontramos en el castillo, la mitad del trabajo ya estará hecho. ¿Entiendes?

Keith suspiró con resignación.

–Es cierto que en realidad no tenemos tanto que perder. Supongo que viéndolo así... veremos qué podemos hacer.

–*Qué no, cómo.* Hay que entrar en ese castillo.

–Qué fácil lo ves.

–No perdemos nada yendo a echar un vistazo.

Se dirigieron pues a las proximidades de la fortaleza turinense, rodeada de abundante vegetación, hasta tener a la vista un lateral. Ello tras cuatro horas de trayecto silencioso hasta allí, debido a la situación y a la discusión anterior. Aunque aceptara, Keith seguía muy poco convencido.

–Qué tontos –dijo Marla–, sólo vigilan la entrada.

–¿Y?

–Pues que cualquiera puede trepar por la parte trasera hasta un ventanal.

–¿Tregar?

–¿Es que tampoco sabéis...?

–Sé perfectamente lo que es *trepar* –replicó Keith irritado–, pero explícame cómo puede alguien ascender por bloques tan planos y gastados. Es una pared, no un árbol.

–Vamos a la parte trasera, anda.

Agachados entre la foresta, contemplaron la parte trasera del castillo. Marla contó dos ventanales en ambos extremos, de los cuales el derecho llamó su atención por estar situado a menos altura. Además, la superficie prometía ser más factible para una escalada y sobre todo: el ventanal estaba abierto de par en par.

Podía hacerse.

–Dame tus dos puñales –dijo ella sin dejar de mirar el ventanal.

–¿Para qué?

–Para hacer lo que según tú no puede hacerse. Y avísame si alguien se acerca.

–¿Y mientras qué hago yo? No puedes entrar tú sola –protestó, reticente a tener el papel pasivo del plan.

–Primero veamos si se puede entrar y si hay alguien en la sala a la que voy a subir. Luego veré si tengo algo que echarte con lo que trepar. Claro que también puedes fijarte en cómo lo

hago yo.

Con cierta desgana, Keith cedió sus dos puñales.

–Imitaré el graznido de un cuervo si alguien se acerca. No hay muchos en Turín. Suerte.

Marla cruzó de cuclillas la distancia que la separaba del castillo, y tras palpar varios bloques, comenzó la escalada.

La superficie se alisaba por momentos y le dolían los dedos; pensó en que quizá fue demasiado optimista, bien pudiera Keith tener razón. Estando cerca, tuvo un resbalón de al menos medio metro que la obligó a sacar uno de los puñales para ayudarse de él y recuperar la distancia. No tuvo más remedio que detenerse unos instantes para recuperar el resuello y la calma. Fue un buen susto.

Jadeando, llegó a un lado del ventanal. Tras apoyar un pie en el lado más externo de la cornisa, asomó la cabeza despacio, atisbando un pasillo vacío del que no escuchaba sonido alguno. Esto logró que entrara más confiada, y se dispuso a dar señales a Keith de que todo iba bien y que aguardase. Pero aún tenía que asegurarse de que no hubiera nadie en el pasillo. Lo cruzó en silencio –por fortuna estaba alfombrado–, hasta que alguien cruzó la esquina para toparse con Marla.

Y se vio reflejada.

## Choques

**F**ran recorría furioso el castillo turinense. No tendría ni una maldita posibilidad de volver. Ni una, todo era una gran mentira. Aquel ruso hijo de perra se la jugó, a él y a todo el mundo.

*¿En qué la he jodido?* Tenía claro que no sólo existía Alix B por mucho que se le ocultara, por lo que alguien tuvo que meter la pata por otra vía. Pero todo el asunto de Boris fue en Alix B...

Marla. Sí, si aquella perturbada hubiera eliminado a Boris cuando se le ordenó, no estaría allí. Ahora se encontraría gimoteando de aquí para allá por el castillo, buscándolo. Él carecía de cualquier explicación que darle y, a decir verdad, ya no la necesitaba. Marla Enea era un lastre y un riesgo innecesario para su coartada allí.

Debía deshacerse de ella.

Podría ordenar que lo hicieran, pero la chica aún llevaba encima los dardos reglamentarios en el equipamiento de los

agentes de campo de Alix y crearía un espectáculo que prefería evitar. La encontraría y la apuñalaría cuando estuviera de espaldas.

Sin                      armar                      mucho                      jaleo.

~ \* ~

En el castillo debrano un consejero atendía a su rey.

–Gracias –dijo Gorza a Delvin cuando este le trajo el té–  
¿Cómo va el agrupamiento de tropas en la frontera?

–Todo según lo previsto, excelencia. Parece que vendrán los propios gobernantes a animar a los suyos.

–Bien, espero que no tarden –dijo antes de beberse la taza de golpe, para evitar que perdiera todo el calor– ¿En qué piensas? –añadió al notar a Delvin ausente.

–En muchas cosas –replicó el consejero sin apartar la vista del ventanal del salón–. Pienso en el estorbo que habéis sido para la expansión de la palabra del todopoderoso, y en la de vuestro propio reino. Cometisteis un error terrible al dejarme a vuestro lado pensando que me limitaría a traeros té. Algo similar ocurrió en Turín. Erik no lo vio a tiempo, ni esa

malnacida de Celestia, la reina. El pobre bastardo de su hijo ni siquiera sabe que Sigmund, uno de sus soldados, fue quien la precipitó al vacío. El dinero todo lo puede. Por desgracia no veréis, como pronto lo haré yo, la unión de Turín y Debrán bajo mi divina luz, misma luz que también acogerá poco después a Dulice y Hervine a la fuerza, porque claro, habréis muerto. A decir verdad... –añadió volviéndose hacia Gorza. Yacía inmóvil con expresión de perplejidad y abundante espuma saliéndole por la boca– ...no sé por qué os sigo hablando.

Escuchó pasos que se alejaban a trote en la sala contigua. *Maldito chico*, pensó. Debía ser Girome, el heredero, de quien pensaba encargarse más tarde. Tendría que haber empezado por él, pero... al fin y al cabo nadie reconocería su autoridad después de su plan.

*Que corra.*

Por fin pudo dejar de fingir lealtad a aquel viejo agrio. Colmó su paciencia cuando decidió hablar a sus espaldas con Olaf Bersi; lo tenía todo calculado y le ponía de los nervios cualquier asunto que se le escapara. Aquella conversación furtiva fue la prueba definitiva de que Gorza empezó a actuar sin consultarle.

Algo que no pudo permitir.

Pero aquel *Gran General* –un cobarde que, al igual que su ejército, nunca participó en una batalla–, sería recibido “*con honores*” en Turín. Sí, sabía que Gardar, aquel muchacho de mente débil que ahora era rey, aguardaba su llegada, por lo que dejaría de ser un problema.

Tendría que ir ultimando los detalles del discurso que daría ante el pueblo debrano en unos días. Sería el colofón de su larga trayectoria moldeando la religión debrana. Desde su juventud se introdujo en el aparato religioso de esas tierras, trepando en la jerarquía, creando leyes para darse a sí mismo cada vez más poder. Pero al final siempre chocaba con la corona. Y eso ya no sería un problema.

Aún se sorprendía de lo bien que encajó todo. Él, como muchos de sus compañeros, sólo creía en sí mismo, pero en verdad aquello debía tener algo divino; a sus pies se arrodillaba un niño con mente de mantequilla, dueño de un reino que abarcaba media Armantia. Los gobernantes de Dulice y Hervine junto con buena parte de sus ejércitos estarían en Debrán de forma inminente para apoyar -supuestamente- a los debranos. Una vez reducidos o convertidos, y sus gobernantes eliminados, podía campar a sus anchas por esos países con el ejército resultante, sin resistencia significativa.

El estado de miedo y obediencia en el que Delvin transformó la religión debrana, se aplicaría en todas partes, incluida la región feudal. Se recreaba con una gran sonrisa interior en la instauración del *delvinismo*. Tras eso, le bastaría con eliminar a Gardar, el único rey en pie, quien moriría a manos de Sigmund, su actual segundo y general, a cambio del gobierno turinense. A Delvin le costaría bien poco, pues Sigmund sería el siguiente, para eliminar pruebas.

*Y todo en no más de una semana. ¡En verdad divino!*

~ \* ~

Marla contempló su reflejo atónita. Vestía el mono operativo de Alix B; era ella, de carne y hueso, y compartía su perplejidad. En su mente se libró una batalla por darle sentido a aquella visión y encontrar atajos que evitaran el bloqueo mental, pero la errática situación terminó por provocarle náuseas.

Antes siquiera de haberlo asimilado y en un movimiento fugaz, su reflejo abrió del todo los ojos y extrajo algo de un revestimiento de su traje, a la altura del muslo, para lanzárselo a la cara en apenas un segundo.

Marla sabía qué tipo de cosas se solían guardar en aquel bolsillo, y pensó durante una fracción de segundo en lo irónico de su forma de morir. Tantos viajes por el multiverso para acabar siendo asesinada por ella misma. Quizá su otro yo tenía las cosas más claras. Sin embargo, el objeto pasó a poca distancia de su cabeza, y un grito ahogado resonó tras su espalda.

Comprendió lo ocurrido en cuanto se dio la vuelta.

Un hombre caía al suelo arrastrando su espalda por la pared, con una de las agujas-dardo reglamentarias de Alix B en el cuello. Casi termina de desmayarse al reconocer el rostro del caído: era su antiguo jefe, al que conocían como tal.

El frenético esfuerzo por no aceptar que estaba perdiendo el juicio terminó dando sus frutos, y atando cabos recordó el pergamino.

*“A la tercera va la vencida”... ¡Pues claro! ¡Boris envió a tres Marlas para asegurar el éxito! ¡El hijo de puta!*

Su réplica se llevó una mano a la boca, sin creer lo que acababa de hacer, y corrió a extraer el dardo del cuello del jefe. Se fijó entonces en que este llevaba en la mano un puñal.

–Iba a matarme –dijo Marla para sí misma, terminando de entenderlo todo.

Su réplica la miró con los ojos abiertos como ventanas.

–¿Quién diablos eres?

Marla se encontró con que no sabía qué responder. Una seria candidata a la mejor pregunta que le habían hecho en su vida.

–Me parece que es bastante evidente –replicó al fin, limitándose a pensar en lo que su compañera necesitaba saber.

–Pero... cómo...

–Es muy largo de contar –dijo advirtiendo que el dardo que tenía en la mano era de color verde–. Eh, le has lanzado el letal.

–Fue muy rápido, apareció detrás de ti con el puñal alzado... y... era como si me fuera a apuñalar a mí... fue un acto reflejo... no sé...

–Entiendo. Respira hondo, cálmate, ya está –dijo agachándose a su lado–, está claro que vienes de otro universo con un Jefe, una Alix B, un Dominique...

Su réplica asintió con la cabeza.

–Y... un Boris ¿Verdad? –continuó.

–¿Él también te trajo aquí? ¿Pero por qué? ¿No podremos

volver?

Marla tardó un poco en responder, porque no podía dejar de examinarla -examinarse- de arriba a abajo, asimilando que no era su reflejo, sino su doble. Aprendía mucho de verse desde fuera.

–Que yo sepa el regreso nos está vetado –replicó al fin–. Aunque eso no nos debería preocupar ahora. ¿Qué sabes de Gardar y la ofensiva turinense?

–Ah... eso... –ella estaba igual de aturdida, como era natural– El Jefe quería seguir la pista de Boris, por si escondía la *unidad* y así regresar. A cambio prometió al chico ayudarlo en su guerra, aunque no tenía con qué. Es un adolescente muy manipulable, y al Jefe no le costó hacerse con él. Le dio consejos sobre cómo manejar al pueblo y cómo arengarlo. Ese tipo de cosas.

Marla asintió, pensativa.

–Tenemos que avreiguar el modo de detenerle.

–¿Por qué?

–¡Porque va a provocar una masacre!

La otra Marla parecía muy confusa.

–Pero no es asunto nuestro, ya conoces las reglas.

–Reglas –repitió Marla sonriendo con pesar–. Es verdad. Teníamos reglas. Escucha, para bien o para mal ya no somos empleadas del jefe o la compañía. Hazte a la idea, no sirve de nada que sigas haciéndote la profesional, en serio.

Su doble, sin embargo, negaba con la cabeza mirando a su alrededor.

–Eso no me convence. No es nuestra historia y no intervendré en ella. Y tú haz lo que quieras –dijo mirando la vestimenta de Marla con disgusto– pero no voy a tirar la toalla tan pronto, seguro que Boris dejó la *unidad* por alguna parte...

–¡Olvida Alix de una puñetera vez! –gritó Marla perdiendo los papeles, frustrada por discutir consigo misma– ¡Nuestro mundo tal y como lo conocimos dejó de existir, la gracieta del viaje multiversal lo arruinó, a él y a todos los parecidos a él! ¡Nos queda este y de aquí no saldremos nunca! Tus únicas opciones son quedarte al margen o tomar partido. ¡Ahora esta es nuestra historia! ¿Entiendes?

Se sintió aliviada y desahogada pese a todo. El hecho de que su doble aún no hubiera asimilado la situación logró que estuviera más segura de sí misma. Ya había pasado esa fase.

Su doble enmudeció unos instantes, digiriendo la bronca.

–Perdona, es que... ¿Cómo esperas que me rinda sin

intentar salir de aquí? ¿Sabes lo terrible que es eso?

Marla se limitó a mirarla con fastidio.

–Claro que lo sabes, lo siento. Es que todo esto es muy extraño. Además, sobre todo este politiqueo medieval... ¿Qué podemos hacer?

–Lo primero es neutralizar a Gardar. ¿Sabes dónde está?

–Claro, no se ha movido del salón del trono –dijo señalando con el pulgar hacia atrás–, está con... un momento... ¡Pues claro! ¡El general retenido te conocía a ti, no a mí!

–¿El general? –dijo Marla zarandeándola por los hombros– ¿Olaf? ¿Olaf Bersi?

–Sí, ese era su nombre, está...

–¿¡Vive, está bien!?

–Sí, sí... está maniatado frente al chico.

Unos pasos a su espalda la pusieron en alerta. Eran de Keith Taylor, quien entraba por el ventanal con una mano sangrante. Se petrificó al verlas, por lo que Marla tuvo que explicarle como pudo la nueva situación. Para su sorpresa, a Keith se le pasó la perplejidad enseguida y la saludó como si presentara a una amiga, inclinación incluida. Marla tuvo la impresión de que el espía no entendió nada de nada y la suponía una melliza

o algo así. También adoptó un más que sospechoso tono galán.

–Keith Taylor de Hervine, a tu servicio. Bien, ahora que nos conocemos todos, vais a tener que decirme cómo tengo que llamar a cada una o no llegaremos muy lejos.

Marla permaneció pensativa, pero la otra tuvo la iniciativa.

–Dado que parece que no soy la primera por aquí, podéis llamarme por mi segundo nombre.

–¿Cual era?

–Enea –dijeron ambas al unísono.

–Vale, Marla y Enea. Bien –gimió de dolor agitando la mano, aún sin dejar de mirar a las extrañas gemelas–, ahora deberíamos...

–¿Qué tal la tienes? –dijo Marla cogiéndosela. Tenía rasguños llamativos, pero superficiales salvo por una uña lastimada.

–Bien, sólo sufrí un par de resbalones, tardabas tanto que me decidí a trepar por mí mismo.

–Lo siento.

–No importa. Lo que nos atañe ahora es... ¿Y Olaf?

Enea le repitió lo que contó a Marla, para su alegría.

–¡Eso es estupendo! ¿Hay guardias en el salón del trono?

–No –respondió Enea–, suelen aguardar fuera. Mi Jefe quería que nuestra presencia fuera secreta y a Gardar tampoco le gustaba que otros escucharan sus planes. Pero hay una entrada aquí mismo, por la que vine, que llega justo al lateral trasero del salón, y que nadie vigila.

–Perfecto.

Olaf sabía que ya no era de utilidad, y que era probable que estuvieran en marcha los trámites para ejecutarle en público. Gardar, por su parte, parecía pendiente de que regresaran los otros dos. Se preguntó entonces qué sería de Marla, la que él conoció. Estaría acompañando a Keith al punto de reunión al haber faltado a la cita, topándose con los cadáveres para a continuación darle por perdido. A él y a Armantia. Y tendrían razón.

Vio a la nueva Marla entrar por un lateral de la sala, detrás de Gardar. Iba sola, y su expresión era de fingida serenidad; nada que ver con el desconcierto con el que se había marchado. Avanzó caminando despacio, de brazos cruzados, hasta sobrepasar a Gardar y situarse al lado del propio Olaf.

–¿Habéis decidido ya qué hacer con él? –dijo el rey señalándole.

Sucedió algo inesperado. Keith Taylor entró a hurtadillas por la misma entrada por la que llegó la chica, y le hizo un gesto de silencio. Olaf bajó los párpados de inmediato, por si el joven rey se daba cuenta de que miraba tras él.

–Sí –respondió Enea.

Keith tapó la boca de Gardar tras el trono, apretando en su cuello uno de sus puñales.

–No oséis gritar –le susurró al oído.

Marla entró al fin, corriendo a desatar a Olaf.

–¡Marla! –exclamó sorprendido– ¿Estás bien?

–Eso te lo debería preguntar yo, aunque veo que estás entero –tras desatarle le sacudió el hombro, sonriente y apenas resistiendo el impulso de estrujarle en un abrazo.

–¡Eh! ¿Qué hacemos con él? –preguntó Keith sosteniendo su puñal en el cuello de Gardar. Estaba pálido, con los ojos muy abiertos.

–Déjale hablar un momento –dijo Olaf, indicando con un gesto que retirara el puñal.

–No me matéis, no me matéis... –imploró Gardar con cierto patetismo.

–No te vamos a matar, al contrario de lo que tú habrías hecho –respondió Olaf muy serio–, y vas a hacer lo siguiente. Limpiarás mi nombre, acaso lo hayas ensuciado. Me entregarás el gobierno de Turín hasta que lo crea conveniente, y darás órdenes a nuestros soldados para que no obedezcan a Delvin una vez lleguen a Debrán.

–¿Irán entonces? –le dijo Marla.

–Con nosotros al frente, pero sí, es mejor que vayamos todos. Me temo que ya no sabemos qué nos vamos a encontrar allí, y ya que esperan que vayamos, fingiremos y averiguaremos el estado actual de la situación.

La puerta del salón se abrió cogiendo a todos por sorpresa, y entró el guardia que la custodiaba.

–Su exce... –se detuvo al contemplar la escena, llevando una mano a la funda de su espada.

–Tranquilo, todo está bien –dijo Gardar–, continúa.

El guardia retiró la mano sin mucho convencimiento, mirando a Olaf.

–Hay un joven que dice ser el hijo del rey Gorza, y solicita una audiencia con vos.

–Girome –dijo Olaf–. Esto se pone interesante.

–Que pase –ordenó Gardar, con la voz algo apagada.

*De haber llegado unos minutos antes habría muerto*, pensó Marla.

Tras entrar, Girome se detuvo sorprendido ante Olaf con ojos acuosos.

–Lo habéis conseguido –dijo Girome.

–Pero deduzco que nos traes malas noticias –replicó el general.

–Funestas.

Les contó todo por lo que había pasado. Delvin iba a invocar la guerra santa contra Dulice y Hervine, contando con mandar sobre Turín a través de Gardar –eso al menos ya no lo tendría–. Envenenó a su padre, y él huyó hasta Turín por una ruta secreta que Olaf le había susurrado al oído días atrás. Este le agarró por los hombros.

–¿Te encuentras bien? –susurró.

–Todo lo bien que se puede estar en mi situación...

Se produjo un pequeño silencio en el que la mirada del joven rey turinense estaba perdida más allá de la puerta del salón.

–También tengo información sobre la muerte de Erik y Celestia –añadió Girome.

Gardar le miró entonces, ausente, como si despertara de un largo sueño.

–El ataque de presuntas tropas debranas al castillo turinense, fue dulicense, pero no tenía como objetivo eliminar al rey, sino provocar una guerra. Ya sabíamos que su venta de armas desaparecía. Así que los hombres tenían órdenes de provocar un susto, nada más. Un pequeño ataque con señuelos debranos. Una provocación que enfrentara a Turín con Debrán.

–Sí, tenía conocimiento de ello –confirmó Olaf.

–Sin embargo –continuó volviéndose hacia Gardar– Delvin obtuvo información de la operación, y en lugar de informar a Gorza, sobornó a los arqueros para atacar hasta hacer salir al rey y entonces asesinarle. A su vez, un tal Sigmund Harek de la guardia real turinense fue quien, también comprado por Delvin, precipitó al vacío a Celestia.

La actitud de Gardar fue primero de incredulidad, luego de incredulidad forzada y al final de llanto histérico. Pactó con el responsable de la muerte de su padre y ascendió al puesto de Olaf al asesino de su madre, sin saberlo.

–¡Qué he hecho! –gritó. Lo repetía una y otra vez. Todos le miraban a su alrededor, pero nadie acudió a su consuelo. Tras desahogarse durante varios minutos se levantó, e inclinándose con las manos temblorosas ofreció a Olaf su corona.

–Toma, no soy digno de llevarla...

–No –cortó Olaf con gesto severo–, necesito el gobierno por un tiempo, no soy rey. De tu dignidad nos encargaremos más tarde, pero puedes empezar cumpliendo con lo que te he dicho.

Gardar asintió, sorbiendo por la nariz.

Aquel día se lo tomaron de merecido descanso. El personal del castillo estuvo al corriente de la situación, y Olaf alojó a sus huéspedes en los aposentos reales turinenses. Pese a lo incierto del futuro, Marla se sentía bien. Útil de nuevo, de vuelta a la acción y en decisiones en las que se podía involucrar. Además, Olaf estaba con vida y parecía haber olvidado la rencilla que tuvieron en Hervine.

Ya al anochecer, abandonó su dormitorio con una vela en busca de agua, y encontró al general en el pasillo, apoyado en la pared; miraba al frente con la preocupación minando todas y cada una de sus facciones.

–Deberías descansar más que nadie –regañó Marla con suavidad.

–Al amanecer tendré que limar asperezas con el ejército – dijo él, acariciándose el mentón sin dejar de contemplar la pared, como si ella no existiera.

–¿Y por qué? Ni que te fuera a declarar la guerra.

–Pues porque no van a cambiar de parecer sobre mí sólo por la rectificación de Gardar, y de nada sirve tener al rey de nuestro lado si el ejército no lo está. Mañana llegará el momento de acabar con antiguas tensiones, anteriores a todo esto... a la fuerza. Pero duerme tranquila, es algo entre ellos y yo.

–Como quieras –dijo ella con la boca seca, continuando su camino.

–Marla... –añadió poco después, cuando ya le había pasado por delante.

–¿Sí?

–¿Es cierto que trepase por la pared del castillo?

Ambos rieron entre dientes, con cierto nerviosismo.

–¿Qué pensabas de mí, eh? –continuó ella sonriendo– ¿Que iba a ser el molesto fardo de Keith? ¿La damisela en apuros? También tengo habilidades.

–Pues me alegro de que las usaras para venir a buscarme –

replicó Olaf menguando su sonrisa—. Me dijo Keith que fue cosa tuya. Una temeridad de la que te estaré eternamente agradecido. Sé que no compartió tu idea, y no le culpo.

Ella permaneció unos instantes contemplándole. La luz de la vela se mezclaba con el leve azul que entraba por el ventanal más próximo, dando al ambiente un aire mágico y exótico. Asintió entonces sin saber qué decir y continuó su camino.

Al regresar saciada, Olaf ya no estaba, pero se vio atraída por el resplandor de color que salía del ventanal. Un paisaje arbóreo se extendía hasta unas cumbres cercanas, que impedían que la mirada llegase al horizonte. Extraña noche aquella –como todas las que tenían Luna llena en aquel mundo–, pues el panorama entero estaba bañado por ese extraño tono de mar, y no era en absoluto una luz exigua. Quizá apagada, difusa, pero mucho más luminosa que la luz de Luna llena que ella recordaba de La Tierra.

### *La Tierra...*

Aquello le dio que pensar. ¿No era entonces aquel mundo una Tierra? La gravedad era muy similar, si no la misma, la presión atmosférica también... en las ocasiones que tuvo de contemplar el horizonte confirmó que estaba a la distancia de siempre, por lo que las dimensiones también serían parecidas

o iguales. Casi todo lo visto en aquel mundo era un cóctel de parte de la historia reciente de la humanidad, no hubo nada que le impidiera pensar que era una Tierra en otro contexto.

Nada salvo aquel astro azulado, con su grotesco cráter.

Unos sollozos lejanos interrumpieron sus ensoñaciones. Intrigada, siguió el sonido del lamento hasta dar con su origen: el dormitorio de Enea. Al entrar la encontró sentada en su cama, con las manos en la cara y las lágrimas escapándose entre sus dedos.

–Eh, eh... –susurró Marla, sentándose a su lado– ¿Qué ocurre?

–¡No soy nadie aquí! ¿Por qué yo? ¿Por qué?

Rodeó su hombro intentando consolarla.

–No conozco a nadie –continuó–, no sé dónde estoy... ¡Ni siquiera sé quién soy! –dijo mirándola– ¿Quién de las dos es Marla?

Así que también era eso. Al *shock* de vivir atrapada en un mundo extraño se le unía la crisis de identidad. Ella no tuvo que pasar por eso. Era como para compadecerse.

–Ambas lo somos. Así que al menos puedes decir que conoces a alguien –dijo en tono conciliador.

–Llevaba tiempo aquí... poco menos que tú, creo, pero tenía la esperanza de volver... de encontrar a Boris y su *unidad*... de que sólo fuera una pesadilla pasajera...

–¿Cómo llegaste? –se interesó Marla.

–Varios Boris asaltaron la sala de tránsito. Me drogaron con un *spray* y me metieron en la cápsula ¿Pero... pero por qué lo hizo? –dijo volviendo a llorar.

Marla narró de forma sucinta el contenido del pergamino.

–*Mal multiversal* –siseó Enea–, qué cabrones... pero no me sorprende. Se veía venir. Todo aquel secretismo en Alix...

–Sí, ya sospechábamos algo.

Un largo silencio se impuso en el dormitorio mientras se limitaban a atravesar el suelo con la mirada, pensativas.

–¿Crees que merece la pena? –preguntó al fin Enea.

–¿El qué?

–Ya sabes... lo que dices que nos cuenta Boris en ese pergamino. ¿Merece la pena salvar este lugar? ¿Que nos arriesguemos a tomar partido? Tú lo conoces mejor que yo. ¿Acaso tiene algo de especial que no me haga cumplir con el protocolo?

Le llamó la atención que Enea continuara actuando como si aún trabajara para Alix. Supo a qué se refería, claro. El protocolo recomendaba el suicidio en caso de un salto errado e irrecuperable. Y en el momento le hubiera parecido sensato.

Tras pensarlo unos instantes, respondió.

–He conocido a gente que vale la pena salvar.

–Es que... no paro de darle vueltas... –sorbió por la nariz– por lo que sé hasta ahora, el destino de nuestro mundo se vio truncado desde el descubrimiento del multiverso, aunque ya se iba al *carajo* sin ayuda. Toda esa auto-destrucción afectó a la red de mundos de Alix B, y tal vez se contagiara de mundo en mundo. Luego... ¿Qué hacer? Está visto que somos una puta plaga, ¿qué nos impide repetir la historia aquí? Qué digo, ni a eso llegaremos. Esa paz que nos dejó Boris de legado para seguir labrando la historia y toda esa parafernalia... hemos encontrado aquí a nuestros nuevos vecinos intentando exterminarse por enésima vez. ¿Tiene algún sentido intentar detenerlos?

–No deberías preguntárselo a tu doble –replicó sonriendo.

–Es verdad. Oye, *El Jefe* no te revelaría su verdadero nombre mientras estuvo aquí ¿Verdad?

–Qué va... ya sabes, eso sería *totalmente inaceptable* –dijo

imitando su voz.

Ambas rieron.

–Pero según ese pergamino, debe haber una tercera Marla por ahí, o en camino –dijo Enea intrigada.

–Cierto. Ignoro su suerte, aunque viendo cómo nos gusta hacernos notar en este lugar, contra todo pronóstico seguro que sabremos de ella tarde o temprano.

–Seguro.

–¿Te sientes mejor ahora?

–Sí, sólo necesitaba desahogarme. Gracias, muchas gracias.

–A ti, me salvaste la vida esta tarde. Y ahora intenta dormir, no sabemos qué nos vamos a encontrar mañana. Si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy.

Al día siguiente, Gardar acudió jadeando y asustado a Olaf.

–Nuestros soldados exigen tu presencia. No les vale mi palabra de que eres de fiar, incluso Sigmund se niega a abandonar su condición, y peor... ¡Los hombres le siguen!

–Lo esperaba –replicó el general con serenidad–. Sígueme, quiero que lo presencies, y haz bajar también a Girome y a Marla.

–¿Pero presenciar qué? –preguntó Gardar exasperado mientras Olaf descendía.

Marla recibió el aviso de Gardar a través de la puerta de su dormitorio. Una vez vestida, descendió hasta el portal de salida del castillo, donde encontró a Olaf envainando su espada, presto a salir.

Esperando lo peor, siguió sus pasos.

Una considerable cantidad de soldados turinenses –varios centenares, a ojo– esperaban frente al castillo, expectantes, hasta alzar una ola de silbidos y abucheos en cuanto Olaf apareció por el portón.

*¡Traidor, traidor!* increpaba el gentío. Marla tuvo miedo. Se encontraban frente a una multitud de hombres armados de comportamiento hostil, que contaban con arqueros entre sus filas. Estaba claro que eran los que mandaban, y que poco podría hacer Gardar si no le hacían caso. Temió también por todo el plan ahora que existían dos frentes, y los más fuertes: Turín y Debrán.

En la primera fila distinguió a Sigmund, jaleando con los demás.

Con una mirada que gritaba muerte y las mandíbulas apretadas, Olaf desenvainó su espada para clavarla en el

arenoso suelo, encarando desafiante a la multitud. Esto bastó para que la mayoría callase.

–¿Me obligaréis a volver a envainarla manchada de sangre?! –gritó.

Marla contuvo la respiración, y las pocas voces que se alzaban sobre el silencio remitieron. Jamás vio alguien así al general.

*Directo y conciso.*

–Llevo siete años velando por la seguridad de mi pueblo... en este tiempo, muchos de vosotros habéis increpado a mis espaldas mi buena relación con Debrán. ¿Hay alguien que pueda probar ante esta espada que la he mantenido por encima de los intereses de este reino?!

Nadie osó moverse.

–Además, muchos de vosotros me creéis en exceso benevolente e incluso cobarde. ¿Quiere alguien comprobar aquí y ahora mi valía?! ¿Alguno de vosotros puede demostrar ante esta espada que soy un traidor?!

Escrutó a la multitud de lado a lado mientras esta se removía, inquieta.

–Ya lo suponía –añadió.

*No vacilaron en ir a las armas contra varios países y ahora dudan en hacerle frente a Olaf, pensó Marla sin salir de su asombro.*

El general continuó, midiendo sus pausas.

–Vuestro rey ya os ha puesto al corriente de la conspiración urdida por Delvin, de la que él mismo ha sido víctima. No le creéis, pero ahora tengo también aquí al legítimo rey de Debrán para confirmar sus palabras, pues su padre ha sido asesinado por Delvin. ¡Y sabéis que es él, ya le visteis con vuestros propios ojos hace dos años en el funeral de mi esposa!

Girome, ignorado hasta entonces, dio un paso al frente levantando un torbellino de murmuraciones. En pocos segundos los soldados empezaban a pedir explicaciones a Sigmund.

–¡Miente! –se defendió Sigmund– ¡Miente y no hace más que mentir! ¡Recordad el encuentro en los alrededores del castillo! ¡Venía a Turín con hervineses! ¡Iba a entregar la corona a Lynn!

–¡Eso es lo único que tenéis! –gritó por contra Olaf– ¡Las palabras de vuestro nuevo general, que aprobó el asesinato sin cuartel de cinco de vuestros compañeros con su pérfida palabra como única prueba de que no eran de fiar! ¡¿Cuánto

habéis hecho guiados tan sólo por la palabra de esta rata!? Y eso no es todo. A petición mía, vuestro rey os ha omitido una parte del complot que yo os descubriré. Justo la parte de la que este gusano ha sido partícipe.

No había soldado que no escrutara a Sigmund con ojos interrogadores, a lo que se sumó que el general levantara la espalda y le señalara con ella.

—¡Tú, Sigmund Harek, asesinaste a Celestia Valdis, reina de Turín, al tirarla al vacío cuando lloraba la muerte de su esposo en sus aposentos, a cambio de dinero y recomendación por parte de Delvin!

—¡Yo mismo se lo oí decir! —exclamó Girome.

Entre la ira y la vergüenza el rostro de Sigmund se tornó rojizo.

—¡Miente, miente, miente! ¡Se han conchabado!

*Está atrapado.*

—¡Y ahora busco recuperar el cargo que me fue arrebatado con injusticia, y que con injusticia esta rata conserva, pues es el de general y segundo, y no el de rey! ¡Tú, Sigmund! ¡Te insto a huir y dejar esta posición, tal y como te ha ordenado tu rey, en cuyo caso tu vida será perdonada pero condenada, o a

demostrar aquí y ahora quién es en verdad el consejero, general y segundo de Turín!

Notó que el gentío se mantenía expectante pero apartado de un Sigmund que, sólo e inquieto, aparentaba tanto abalanzarse sobre Olaf como huir de él por la presión. Pero le pudo el amor propio y desenvainó su espada con lentitud y duda, interminable el chirriar del acero.

Un nudo se produjo en el estómago de Marla, y percibió el sudor frío incluso con la escasa brisa. Eran tantas las cosas que iban a decidirse en unos minutos...

Olaf bajó una mirada triste, y se volvió hacia Gardar con ojos interrogadores, reconociendo al fin su autoridad. Este, que compartía la estupefacción general, volvió a la realidad y asintió con firmeza, a lo que Olaf respondió con una reverencia.

Con el rostro encogido de odio y tensión, Sigmund avanzó y se plantó a media distancia entre el antiguo general y el público, siendo imitado por su oponente quien quedó a unos dos metros, sus ojos en los suyos.

El nuevo general estaba muy nervioso, de lo que Marla dedujo que sabía que Olaf sería un enemigo formidable.

*Pero el animal acorralado es el más peligroso y*

*traicionero.*

De improviso y para sorpresa de todos, Olaf comenzó a caminar a su alrededor, mirándole con una calma helada. Esto puso aún más nervioso a Sigmund, quien sudaba copiosamente mientras seguía con la mirada a Olaf. Tomó la iniciativa con brusquedad, lanzando una estocada que al antiguo general no le costó esquivar, y retomar su andar alrededor de él.

–¡Vamos, pelea! –gritó Sigmund.

Pero Olaf continuó orbitándole imperturbable. Harto, Sigmund precipitó un ataque que obligaba al general a parar y defenderse. Un lance a matar.

Cuatro fueron las estocadas que rechazó Olaf antes de que tres palmos de su espada atravesaran el corazón de Sigmund. Cuando tocó el suelo ya estaba muerto.

El único sonido en aquellos momentos de estupefacción general era el silbido del incipiente viento. Desaparecido su gesto severo, Olaf permaneció unos instantes contemplando el cadáver de Sigmund, reparando entonces en la multitud silenciosa que también miraba al caído.

–¡Doy por terminada cualquier tensión o malentendido entre nosotros! ¡Que el próximo *hable* conmigo y no tendremos que llegar a esto!

Arrojó la espada al suelo, al lado del muerto, y dio media vuelta para regresar al castillo. Los soldados, unos abatidos, otros avergonzados, se fueron dispersando.

Marla siguió al general aún afectada por los acontecimientos, pero también preocupada por él. Nunca le había visto así.

Consiguió interceptarle justo cuando iba a entrar en su habitación.

—¿Estás bien?

Olaf no dijo nada, y tras una sonrisa falsa se encerró en su habitación.

*Raro y mil veces raro.*

Contrariada, se dirigió a dar los buenos días a Enea, oyéndola reír cuando llegó a su habitación; tras fruncir el ceño abrió la puerta un palmo en silencio, viendo a Keith alzar sus manos en pose teatral, frente a Enea que estaba sentada en su cama.

—¡Y ahí estaba yo, escondido en un barril y viendo pasar por un agujero a todos y cada uno de los bandidos que me perseguían!

A Enea se le saltaban las lágrimas de la risa. Volvió a cerrar,

sonriendo para sus adentros. Estaba claro que Keith no perdía el tiempo. Sin embargo, ella era igual a Enea y no fue objeto de cortejo por parte del espía hervinés.

¿Pensaría que Olaf y ella estaban... ?

Obviando ese pensamiento, lo cierto era que el general la dejó muy preocupada.

*Veamos qué le ocurre ahora.*

Al ver que la puerta no cedía le propinó dos pequeños golpes. Con gesto grave, Olaf la abrió no más de un palmo.

–¿Qué quieres? –dijo con tosquedad.

–Hablar. Dentro, si es posible.

–¿Sobre qué?

–Pues podemos hablar acerca de qué carajo te ocurre, sin ir más lejos –replicó Marla enfadada ante su actitud, enarcando una ceja.

La brusquedad de sus palabras forzó el regreso a la realidad de Olaf, que parpadeó confuso.

–Perdona, pasa, estoy furioso conmigo mismo.

–¿Ya tienes al ejército de tu parte? –dijo Marla ya dentro.

–Sí. Esa parte ha quedado zanjada.

–La verdad es que no me pareció tan temible.

–¿El ejército o Sigmund?

–El ejército. Vale, sólo era una parte, pero si no se atrevieron contigo... aparte, se derritieron en cuanto mataste a Sigmund.

Su compañero bajó los ojos.

–Tienes que recordar, Marla, que llevamos cincuenta años sin guerra. Por mucha armadura reluciente, espada afilada y bravos vítores, la mayor parte de esa gente no ha visto un duelo a muerte en su vida, ni yo había hendido mi espada en el cuerpo de nadie hasta hoy. ¿Entiendes?

En un principio Marla no supo qué responder, pero a continuación un escalofrío ascendió por su columna vertebral cuando varias de sus inquietudes pasadas se concentraron en un único punto. Todos los tópicos, todas sus ideas preconcebidas sobre su entorno se derrumbaron como un castillo de naipes. Ni medievo, ni reyes, ni reinas ni caballeros... sólo niños jugando a serlo. Por mucha guerra pasada no existía verdadera tradición, tuvo la impresión de que se limitaban a emular lo que otros hicieron antes o leyeron en los libros. Existía *algo* de artificio, *algo* prefabricado que no pudo definir. Ya estuvo en otras ocasiones en periodos

históricos reales, y en todos ellos existía *algo* genuino que no encontraba en Armantia.

Acudió a su mente lo relatado por Olaf acerca de lo que los armantinos llamaban la *Historia Oscura*.

*¿En verdad hubo historia antes de ese punto?*

–Hay algo más –dijo ella inconscientemente, para luego mirar a Olaf entornando los ojos–. Y tú lo sabes.

Obtuvo el silencio por respuesta.

*Lo confirma entonces.*

–¿Olaf?

–Algún día te contaré lo que me guardo, pero no hoy.

–De acuerdo –dijo para no presionarle–, esto nos lleva a Debrán. ¿Qué crees que nos encontraremos allí?

–No lo sé. En principio estarán esperándonos con los brazos abiertos, para unirnos a ellos e iniciar la conquista de Armantia. Ese era el plan previsto por Gardar y Delvin. La cuestión es qué pasará cuando se enteren de que no es eso lo que vamos hacer. Mi plan es que el embuste de Delvin se haga público.

–Pero por lo que me has contado, Delvin usa la fe como

arma. Y Olaf, la fe no atiende a razones. Por eso es fe.

–La cuestión es a quién, al menos hasta cuando estuvimos allí los debranos adoran a una divinidad, no a Delvin. A él sólo le profesan miedo, pues el miedo es lo que usa. Si Delvin no los ha confundido más podríamos dar la vuelta a ese temor sin entrar en conflictos religiosos que pudieran desencadenar una matanza. Sé que al menos los militares no le siguen. Sí, con ellos nos encontraremos primero. Girome les explicará entonces la situación, y tendremos la posibilidad de exponerla al pueblo sin que Delvin nos lo eche encima.

El general volvió a animarse por momentos, lo que la alegró hasta fijarse en su mano manchada de sangre.

–Eh, ¿qué te ha pasado aquí? –dijo sosteniéndosela.

–No es mía, es...

–Buenos dí... –dijo una voz entrando, sobresaltándolos. Se trataba de Girome– Oh, perdón, volveré má tarde...

–¡No, no! –dijo en voz alta Marla incorporándose de un salto, azorada lo indecible. Olaf procuró no sonreír, sin éxito– ¡Pasa, hijo, pasa! –los ojos se le salieron de las órbitas y se llevó una mano a la boca, alarmada– ¡Mil perdones! Quiero decir, entre su majestad, si así lo desea...

–Te ha entendido –dijo Olaf reprimiendo una carcajada.

Girome sonreía sin terminar de entender.

–Perdonada quedas, pues aunque soy rey por derecho, no se me ha coronado aún. Pero si queréis llamarme majestad no pondré reparos. Venía a decir que Gardar me ha revelado con detalle el plan original. En Debrán esperan que lleguemos en tres días. Saldremos mañana.

Tras el asentimiento de Olaf, Girome abandonó la habitación.

–¿No eres tú el que da órdenes? –preguntó Marla extrañada.

Él pidió con un ademán que no hablara tan alto.

–A Debrán iremos con él al frente –contó en voz baja–. Le corresponde a él y no a otro dirigir la entrada a su país, y una vez dentro, él responderá por nosotros. Nos entrometeremos sólo lo justo, si queremos asegurarnos de que le acepten. Si piensan que le manejamos, estamos perdidos.

–Entiendo... ¡En fin! Viendo que estás bien te dejo, tengo que hablar con Enea.

–De acuerdo, nos vemos más tarde.

Caminó despacio hacia la puerta, dudando.

*Maldita sea, no puedo postergarlo más.*

Y con la mano en el pomo, se volvió.

–Oye, Olaf...

–¿Hmm?

–¿Hasta cuándo vamos a seguir jugando a el general y su concubina?

Esto pareció pillarle por sorpresa, pero le devolvió una sonrisa autosuficiente.

–Hasta cuando tú quieras.

Marla asintió con cara de circunstancia y cerró de inmediato.

*Es mejor tenista que espadachín,* pensó con fastidio.

## Desenlace

**A**quella fue una noche de sueños. Marla recordó el día en que, acompañada de Olaf, paseaba por el mercado turinense. El nexa con el recuerdo real quebró en cuanto los puestos y tiendas saltaron por los aires, debido a las ondas expansivas que provocaban las imparables materializaciones de tropas de su mundo original. Soldados, acorazados, transportes... La gente huía con desorden entre una gran polvareda, y Olaf desenvainó su espada, corriendo hacia el frente para acabar abatido por varios disparos. Ella corría intentando llegar hasta él, y nunca, nunca llegaba.

Cayó al vacío. De pronto se encontraba tras un viejo caserón rural, frente al cual se extendía un viñedo abandonado. El gran telón anaranjado que cubría la bóveda celeste anunciaba la proximidad de la noche. Ella se encontraba apoyada en la pared, cansada, con su mono operativo grisáceo de Alix B lleno de polvo. Anduvo con sigilo hasta darle una patada a la puerta y entrar apuntando con su arma al interior; halló dentro nada menos que a Boris Ourumov, quien levantó las manos con

sorpresa. *No tenía otra opción*, dijo este cuando la reconoció. *Tienes que creerme. Era lo mejor*. Ella gritó que debía haberla avisado al menos, que tenía que haber otra manera, y apretó el gatillo.

Tras cargar con el cadáver de Boris, se materializó en Alix B a la hora prevista, donde, entre aplausos, Dominique le inyectó en el hombro el compuesto vitamínico post-viaje. No pasó por alto que evitaba mirarla a los ojos, pero ese pensamiento se vio, como ella misma, engullido en una interminable negrura.

Ante sí apareció un pasillo de paneles blanquecinos, con una fila de asientos en la que reconoció a dos personas. El novato con el que habló en Alix B tiempo atrás, y Marco Shuttleworth. Ambos conversaban. Del final del pasillo llegaron dos médicos, llevando a rastras a... ella misma; tenía la mirada perdida y apenas movía las extremidades. *Padece el mal multiversal*, le dijo Marco al otro. *Es una pena, fue quien consiguió eliminar a Boris Ourumov. Ya no trabajará aquí*.

Se vio de nuevo ante Boris en la casa vieja, apuntándole. *Ya te dije que no había otra opción*, dijo él. *¿Por qué sigues huyendo?* Ella sollozaba. *Tiene que haber otra manera*, decía una y otra vez. *Debe haberla*. En respuesta, pegó el cañón del arma a su propia sien con absoluta parsimonia. Su extremidad parecía tener vida propia, era incapaz de detenerla. Sin

embargo, apareció de la nada otro brazo que, agarrando el suyo, la detuvo. Era de Olaf, quien negaba con la cabeza.

Antes de poder decirle nada, los tablones del suelo cedieron y ella volvió a caer al abismo, pero el general sostuvo su mano a media caída...

–¡Marla!

El grito le hizo abrir los ojos con la respiración agitada. Olaf estaba sentado en la cama sujetándole la mano, y había dejado una vela en la moqueta.

–Me estabas llamando a gritos. ¿Qué te ocurre?

–Una pesadilla... tú... Boris... el multiverso...

Y lo abrazó de repente, apretando la cabeza contra su hombro y empezando a llorar, el largo llanto ahogado por el contacto. Olaf, sorprendido y confuso, tardó en reaccionar. Envovió su espalda y la frotó para intentar calmarla. El abrazo, como el llanto, se hizo interminable.

Al alba, despertó por el insistente canturreo de los pájaros. Por fortuna no tuvo problemas para dormir tras la pesadilla, se sentía ligera y con la mente clara gracias a aquel desahogo. Tras vestir su túnica azul, salió con torpeza al pasillo que daba a los dormitorios. Marla dedujo que ninguno de los huéspedes

se había despertado aún, viendo todas las puertas de los dormitorios cerradas. Justo cuando pensaba marcharse, salió Keith de uno de ellos. Intentó ser sigiloso hasta percatarse de su presencia. El hervinés sonrió, dándole los buenos días, y regresó a su dormitorio. En otras circunstancias ella estaría estupefacta, pero como se acababa de levantar, se limitó a reír. No, no perdía el tiempo.

Echando un vistazo a su alrededor posó la vista en unos primitivos escalones, al fondo de uno de los laterales. Curiosa, ascendió por ellos hasta abrirse camino el frescor de la mañana y la luz del sol. Había llegado a la cima de una de las torres.

Con absoluta maravilla, Marla contempló la vista que tenía ante sí apoyando sus antebrazos en la cornisa. Se encontraba justo encima del portón del castillo, y el camino que salía de él naufragaba en un amplio follaje que se extendía por kilómetros hasta que el verde comenzaba a mezclarse con la inconfundible urbe, la ciudad capital de Turín, que pese a la distancia ya lucía una magnífica mezcla de arquitecturas. También era una nueva perspectiva del camino que Keith y ella recorrieron hasta allí. Lamentó no tener a mano la extensión fotográfica de su IA. Incluso dividió cuatro puntos de notable altitud trazando un cuadrado, ideales para sacar fotos con las que encargará más tarde un paquete tridimensional. Era fácil imaginarse a sí

misma, en su apartamento, recorriendo aquel paisaje a vista de pájaro.

Pero eso nunca ocurriría, debería seguir con los pies en el suelo e ignorar las ocasiones en las que su mente recurría a las modernidades de su antigua vida. Sin embargo, la incipiente calidez del sol esfumó cualquier atisbo de pesadumbre, y dejó descansar la cabeza en sus brazos.

No supo cuánto tiempo permaneció sumida en la más plácida contemplación. Solo al percibir movimiento abajo, regresó a la realidad. Los guardias entraban y salían, otros marchaban en dirección a la ciudad. El mundo empezaba a moverse.

Y su mente también. Pronto regresaron a su cabeza las preocupaciones del día a día. Reyes asesinados, complots políticos, la sombra de la guerra cerniéndose desde Debrán... peligro general.

–Sabía que ya estarías despierta –dijo una voz a su espalda.

Enea vestía una túnica similar a la suya, que iba desde el verde claro al oscuro, con tramas negruzcas en mangas y bordes.

–El mono de Alix empezaba a oler, así que Keith me buscó algo más apropiado –dijo al reparar en la sorpresa de Marla–.

Vaya, menuda vista.

–¿Cómo sabías que estaría despierta?

–Reloj biológico, supongo –respondió encogiéndose de hombros–. Esta debe ser la hora a la que nos levantábamos para ir a trabajar.

Enea se apoyó sobre el muro, a su lado, observando también el panorama, y Marla pudo seguirle la mirada con una sonrisa.

–Ya lo he pensado –dijo–, pero no creo que por aquí abunden los servicios de *domorealidad* para que hicieran los paquetes tridimensionales.

Enea sonrió, pensando en lo evidente de que pensarán lo mismo.

–Anoche te oí gritar por Olaf. ¿Pasó algo?

–Lo hice en sueños. En pesadillas más bien.

–Lo sospechaba. Dime... ¿es... cierto que eres su concubina?

Marla se dispuso a responder, pero tras pensarlo frunció el ceño a la defensiva.

–¡Esa es una pregunta trampa! Ya tienes que saber por Keith las circunstancias en que me acogió y por qué hacemos como si...

Fue interrumpida por las carcajadas de Enea.

–Vale, vale, perdona. Quería oírtelo a ti. Por si acaso.

–Y –añadió Marla–, que seamos iguales no quiere decir que no respetemos nuestra intimidad sobre ciertos temas. Ya ni siquiera somos iguales, estamos empezando a vivir vidas diferentes.

–Sí, sí, de acuerdo.

–Y digo más, ¿se puede saber por qué estás tan serena y chistosa si eres la que aún se está adaptando? Tú eres la que tendrías que estar teniendo pesadillas, no yo.

Enea sonrió de oreja a oreja.

–Contártelo comprometería mi intimidad.

*Eso me pasa por discutir conmigo misma*, pensó Marla. Pero en realidad sabía el porqué. Tal vez la envidiaba por ello.

–Keith tiene toda la pinta de ser un mujeriego, ten cuidado con él.

–Sí, hermana mayor –replicó Enea con tono burlón.

Ambas miraron al horizonte, en un largo y pesado silencio.

–Lo que sí ha hecho el mujeriego es ponerme al corriente de la situación –añadió.

–¿Y cómo la ves? –se interesó Marla.

–Supongo que igual que tú –respondió con una sonrisa triste.

–Prueba.

–Muy bien. Aquí en Turín tenemos un ejército entrenado y numerosísimo, pero ahora desorganizado y no muy fiable. Por contra, en Debrán ese tal Delvin se ha hecho con el gobierno del país, y puede que con su *psique* a través de su control del mayoritario sector creyente. Los ejércitos de los otros dos países menores, Dulice y Hervine, van a ir allí a ayudarles, gobernantes incluidos. Teniendo en cuenta que no saben de qué va la cosa, cuando menos se lo esperen se verán reducidos o eliminados, con lo que sus respectivos países quedarán indefensos y con vacío de poder, y no dudo que si así ocurre serán invadidos sin mucha resistencia. Además, es posible que no lleguemos a tiempo para evitarlo, y nos veamos obligados por tanto a luchar contra los debranos con el inestable ejército turinense. Se mire por donde se mire, gane quien gane, de aquí a una semana Armantía va a parecer una carnicería. Y no creo que nosotras salgamos muy caras.

Marla no dijo nada, ni falta que hacía.

–Volvamos –añadió al rato.

Gardar les puso al corriente. Olaf organizó con el ejército la partida hacia Debrán desde antes del amanecer, e iban contrarreloj, pues acudiría todo el grueso disponible por lo que pudieran encontrarse.

El joven rey, tras elegir a quienes dejaría al mando de manera temporal, acompañó a los huéspedes –Marla, Enea y Keith– al frente del grupo que dirigía Olaf. Este, al verla, se interesó por su estado. *Mejor*, respondió ella sin más. Sólo ellos sabían que se refería a su pequeña crisis nocturna; por lo demás se le veía muy serio y preocupado, y era momento de estarlo.

Lamentó no tener la posibilidad de hablar con él durante el trayecto, al separarse para hablar con todos los segmentos militares que se dirigían hacia Debrán. Empezaba a echar muy en falta su compañía. Desde que se despertó le rondaba por la cabeza abordarle, pero no tenía del todo claro qué decirle.

La travesía hasta el atardecer no arrojó luz sobre aquello. Más horas de introspección para Marla, quien notaba que algo en su interior se removía. Encontraron a las tropas debranas en las murallas exteriores de la ciudad. Era evidente que estaban esperándolos.

Un tipo fornido y barbado al que le faltaba parte de la nariz,

se adelantó.

–¡Donde está Sigmund Harek! –gritó, al no verlo al frente.

–No vendrá, Terris –dijo Girome adelantándose en su caballo.

Terris adoptó una expresión de extrañeza.

–Pero... ¡Qué hacéis aquí!

El joven heredero relató con brevedad todo el complot, y Terris lo miró como si estuviera bromeando.

–Eso es ridículo.

–¿Me crees capaz de bromear con la muerte de mi padre, Terris?

Su sonrisa desapareció de inmediato.

–Nunca se me ocurriría, señor... pero lo que contáis es demasiado... terrible...

–Nada de lo que te ha dicho Delvin ha tenido aprobación real alguna. Me sorprende que esconda aún la muerte de mi padre, sin haberse inventado alguna excusa.

Terris se mordió el labio, pensativo.

–Ha organizado un encuentro para esta misma tarde, señor, el centro de la ciudad está abarrotado de fieles, ha montado

todo con gran fervor. En cosa de horas estará arengándoles para ir a las armas.

–Necesito entonces una respuesta. ¿A quién eres leal? Te puedo asegurar que las legiones de turinenses que tengo a mis espaldas están de mi lado.

–Sabéis de sobra a quién juramos lealtad en el ejército.

Girome sonrió.

–De ti no dudo, Terris, pero... ¿Puedes garantizarme la lealtad del ejército ante una arenga religiosa de Delvin?

–Si no de todo, sí puedo dar fe de la mayor parte. Debéis saber, mi señor, que a ninguno de nosotros nos ha terminado de convencer esta *Guerra Santa*. Esperábamos ver al rey confirmándola él mismo. Comprenderéis que era raro preparar una defensa contra una invasión turinense, para luego por sorpresa unirnos a ellos contra los demás.

–Y nos uniremos a los turinenses, pero contra Delvin. No hay ni un minuto que perder. ¡Olaf! –gritó Girome.

Salió de la multitud de soldados turinenses, acudiendo al alcance de Girome, quien les presentó. Terris realizó una respetuosa reverencia, pues no había debrano que no conociera a el *Gran General*.

–Quiero que coordinéis vuestros esfuerzos –les dijo Girome–. Tenemos que dejar en evidencia pública a Delvin, por lo que necesitare protección. Y hay que evitar que ponga al pueblo en nuestra contra, lo último que quiero es que mueran debranos.

–¿No es más fácil que nos deshagamos de Delvin, mi señor?

–No. Entramos en terreno religioso y en él un mártir puede ser mucho más peligroso que un individuo que respira. ¡Vamos!

En el abarrotado centro de la ciudad, Delvin gritaba alzado en la base de un antiguo monumento.

Y les vio llegar.

–¡Ahí vienen! –gritó a viva voz– ¡Los salvadores de vuestras almas! ¡Los que extenderán la palabra del todopoderoso al resto de Armantia!

El público, que aún pensaba que los extranjeros estaban de parte de su líder, ovacionó a los soldados turinenses y debranos por igual, y estos simulaban congratularse mientras se acercaban al lugar en el que estaba Delvin.

El corazón de Marla latía deprisa, pues nunca antes fue testigo tan directo de una multitud semejante. Si la situación se

torciera, se encontraría en el infierno mismo. Más adelante distinguió a Girome adelantándose, escondido entre soldados turinenses y una escolta debrana, hacia la plataforma en la que estaba Delvin.

Ignorante de todos estos movimientos, la gente vitoreaba y alzaba su mano derecha, de color naranja.

–¿Por qué las tienen pintadas? –preguntó Marla al soldado turinense que la escoltaba. Este rió.

–¿Lo preguntas en serio?

Marla le devolvió una mirada poco afectiva, lo que recordó al soldado que hablaba con la concubina de Olaf Bersi.

–Claro... señora. El color naranja simboliza la sangre divina que los debranos afirman que fluye por cada creyente, y ese gesto implica su disposición a dar la suya por su dios.

–¿Te refieres a dar...?

–Su vida, sí. Delvin les quiere llevar a la guerra, y da la impresión de estar consiguiéndolo.

–Así que son tan belicistas como vosotros los turinenses – pinchó Marla.

El soldado se mostró incómodo.

–No es bueno generalizar... señora. Además, lo del gesto proviene de una antigua metáfora que nada tiene que ver con el uso que le dan ahora. Delvin lo ha tergiversado para sus intereses. Miradlos, están a su merced.

Marla contempló de nuevo a la gente alzar furiosa sus anaranjadas manos, los rostros iluminados de fervor.

*Espero que se lo monten bien* –pensó viendo al grupo de Girome dirigirse hacia la plataforma en la que estaba Delvin–. *Esta gente va a necesitar un shock.*

Delvin continuaba exaltando al público.

–¡Ha llegado la hora de movernos! ¡Ahora que Turín se ha unido a nuestra misión, nos encargaremos de que dulicenses y hervineses también vean la luz, nuestra luz, estén dispuestos o no! ¡El sumo hacedor no hace excepciones!

–¡Jamás, hiena! –gritó Girome a su espalda.

Una oleada de murmuraciones recorrió el gentío al ver al hijo de Gorza incorporarse en la plataforma, justo tras Delvin. Este se volvió de un salto, sorprendido, pero sonrió al ver quién era. Nunca descartó que aquel chiquillo reapareciera.

–Ah –dijo señalándole con los ojos en el gentío–, aquí tenemos a nuestro enemigo número uno. Creo que no soy el

único que sabe cuán poco amigo es el hijo del rey de cuestiones divinas. ¿Sabéis qué pretendía hacer este hereje en caso de llegar a la corona? ¡Quitarle de en medio! ¡A mí, enviado de Él! Privaros a todos del guía del camino, de la sabiduría de mi palabra. ¡Mas no temáis os digo, pues este condenado nunca llegará a la corona!

Una parte del público abucheó a Girome, pero el resto calló, dubitativo.

–¡Eso quisieras tú, arpía! –exclamó el heredero debrano– Algunos se preguntarán dónde está el rey en cuestiones tan importantes. ¡Os lo diré yo! ¡Mi padre ha muerto envenenado por la mano de este truhán! ¡Y también intervino en la muerte de los reyes de Turín! ¡Os quiere llevar a todos a una guerra sin sentido en la que sólo él tiene algo que ganar!

Delvin miraba con intermitencia al público y a Girome, nervioso por el efecto que pudieran conseguir las palabras de aquel entrometido.

–Acompañas la herejía con la mentira. ¿Cómo es que se nos han unido los turinenses, entonces? –contraatacó señalando con teatralidad al ejército turinense.

–Nos hemos unido contra ti, asesino –replicó Gardar, uniéndose a Girome.

*¡Sí!*

Delvin quedó paralizado por la sorpresa, y nuevos rumores recorrieron un gentío ahora confuso. Olaf, oculto entre las primeras filas de debranos, divisó alarmado un brillo metálico bajo la túnica de Delvin, lo que le hizo correr hacia la plataforma; Marla le avistó al fin cuando se dirigía hacia el líder religioso intentando abrirse paso entre la multitud.

–¡Es este ser quien ha cometido el peor pecado de todos! – gritó Girome– ¡Acaso hay más bajo que afirmar ser enviado por *Él*, cuando lo único que le importa a este despojo es controlar Armantia, plan para el que intenta usaros a todos!

La parte del público que dudaba abucheó al líder religioso, y la indignación comenzó a hacer mella entre los demás. Delvin, preso de la peor de las furias, se acercó farfullando incongruencias con el rostro contraído a Girome, su mano oculta en la túnica. Justo en ese momento, un Olaf jadeante les alzó y apartó a Girome con brusquedad. Pero no llegó a volverse hacia Delvin tan rápido como para evitar su puñalada. Emitió un desgarrador grito de dolor con sus manos en un costado, desplomándose luego de caer de rodillas.

Tras presenciarlo, Marla se dispuso a correr enseguida hacia él, pero el escolta la sujetó por el brazo con brusquedad.

–Lo siento señora, tengo órdenes de...

Fue interrumpido por un codazo en la nariz, que bien pudo romper, y avanzó a empujones entre la muchedumbre intentando alcanzar la ya próxima plataforma. Marla ascendió veloz, encarando a un Delvin que mantenía a raya a Girome y a Gardar amenazándoles con el cuchillo. Olaf yacía en el suelo, inerte. Fijó la mirada de nuevo en Delvin, y avanzó hacia él despacio, hasta que el líder debrano reparó en ella.

–Ah... la nueva ramera del general. Se te ve enojada, ¿qué harás ahora, concubina de un muerto? ¿Intentarás matarme delante de todo el mundo? –dijo retrocediendo con los brazos extendidos como si la invitara a proceder, aunque sin soltar su arma.

Marla avanzaba impasible. Era muy consciente de que cada movimiento suyo sería simbólico, y de que los debranos aún estaban a tiempo de cambiar de bando. Pese a que se sabía muy capaz de reducir a un tipo con un cuchillo, no podía ceder a la furia sin más. Su mente trabajaba con rapidez.

–Eso no sería del todo justo –dijo al fin–. Mereces estar al otro lado de tu obra.

Sin comprender, Delvin continuó retrocediendo hasta el límite de la plataforma, y Marla anduvo hacia él como si no

tuviera nada que temer. En cuanto estuvo lo bastante cerca, el líder intentó asestar una puñalada que Marla esquivó con rapidez, aprovechando la ocasión para empujar a Delvin de una patada en el pecho que le hizo caer sobre un público enfurecido. Llevaron al líder sobre sus cabezas mientras se retorció de pánico, lo que no le impidió escupir maldiciones a todos los que le rodeaban.

El recorrido no duró ni un minuto, pues le dejaron caer al suelo para abalanzarse sobre él.

## Renacer

**G**ardar y Girome se inclinaron de inmediato sobre Olaf. El general permanecía inconsciente y su sangre se extendía por le suelo mientras ambos herederos exigieron a viva voz que acudiera un barbero o un médico.

Dos llegaron raudos y se toparon con Marla al lado del cuerpo, quien sollozaba angustiada y confusa en medio de la multitud, ante la imagen del general tendido con los ojos cerrados. Pensó en hacer algo, pero ya le estaban aplicando un torniquete.

–Hemos podido detener el derrame por el momento, aunque aún no sabemos si saldrá de esta –dijo uno de ellos.

–No puede estar aquí –respondió ella aún agitada–. Tenemos que buscarle un lugar de reposo. Ayudadme a cargar con él.

Lo alzaron con esfuerzo, y anduvieron, con la guía de Girome, en dirección al cercano castillo debrano.

–¡Apartad! ¡Herido! ¡Apartad! –gritaba Marla intentando

llegar lo antes posible. El alboroto de civiles y soldados turinenses y debranos se apagaba a medida que ella y los médicos avanzaban con el cuerpo del general. Al reconocer al caído, algunos se deshicieron en reverencias que Marla no entendía, u optaban por arrodillarse. Los médicos se limitaban a asentir.

Tras llegar al castillo, el joven rey debrano se encargó de que obtuvieran toda la atención posible. Alojaron al general en el propio dormitorio real, alrededor del cual organizaron todo un dispositivo de médicos y guardias que vigilaban la entrada por turnos. Marla se encontraba arrodillada a su lado, tocándole la frente.

–Caliente –dijo volviendo la mirada a los médicos–. ¿Cómo está en realidad?

Estos se miraron entre sí; nadie quería responder, y tras varias miradas furtivas uno de los que la acompañaron con Olaf tomó la palabra.

–Dependiendo de cuánta sangre haya perdido, se salvará o no. Hemos limpiado la herida, por lo que no hay en principio riesgo de putrefacción. Pero... no sabemos si hay derrame interior o algún órgano vital afectado –añadió mirando al general con gesto preocupado–. Sólo el tiempo lo dirá.

Ella también volvió a mirar a Olaf. Su rostro, aunque pálido, no mostraba dolor. De hecho aparentaba dormir con placidez.

Pasó alrededor de dos horas agachada a su lado, tomando su febril mano en completo silencio sin siquiera apartar la mirada. A la gran desgracia de su juventud siguieron los años de Alix, tiempos en los que se encerró por completo en sí misma, negándose a sentir para no volver a sufrir dolor.

¿Le ocurriría lo mismo ahora que por fin alguien desentumecía su corazón?

Keith entró apurado. Necesitó de la palabra de Girome para que le permitieran el paso. Se arrodilló junto a Marla en cuanto entró.

—¿Cómo está?

Ella explicó su situación, con voz apagada y monótona. En respuesta, Keith se golpeó la rodilla ahogando un grito de rabia. Más calmado, se fijó en la expresión de Marla, que le provocó aún más congoja. Lo decía todo. Lo contaba todo.

Con suavidad posó una mano en su hombro.

—¿Necesitas algo? ¿Agua?

Marla no reparó en él hasta pasados unos instantes.

—Me devolvió la vida, Keith —dijo sin apartar la mirada del

general-. Yo era un cadáver que fingía vivir, y él me devolvió la vida. Marla Enea nació cuando le conocí. Y ahora... no puede morir ahora, no sin... –se le quebró la voz y respiró hondo, alzando la vista al techo para no derramar más lágrimas. Keith prefirió asentir en silencio.

Un sonoro carraspeo les hizo volverse, asomando Gardar por la puerta.

–Señora... –titubeó– Sé que ahora mismo os gustaría estar aquí, pero se requiere vuestra presencia en el acto oficial que va a celebrarse en breve. Ya nos hemos reunido todos en la plaza.

–¿Y quién requiere mi presencia? –replicó de mala gana.

–A mí me gustaría que al menos acudierais por Olaf, aunque lo cierto es que ha sido Ellen Lynn, la gobernadora de Hervine, quien ha solicitado formalmente vuestra presencia.

–Podéis ir –dijo el médico que se había quedado–, nada se puede hacer ahora por Olaf más que esperar.

No tenía ningunas ganas de irse, pero tenía razón. Tras incorporarse, resignada, se dio cuenta de lo dormidas que quedaron sus piernas.

–Avisadme si... –los médicos evitaban mirarla– hubiera

alguna novedad.

Marla comprendió lo ocurrido mientras acompañaba a Gardar. Las tropas hervinesas y dulicenses que acudieron a apoyar la defensa contra Turín ya estaban allí, y con ellas sus gobernantes aplaudiendo las buenas nuevas.

Gardar se despidió de Marla en el lugar en que se apostaba el ejército hervinés, y un oficial de esa zona la guió hasta una caseta de campaña un tanto más distinguida que las demás. A su alrededor, caras serias y tristes.

Descubrió el motivo en el interior.

Lynn –mucho más delgada que en su último encuentro, casi un fantasma de oscurecidas ojeras– aguardaba tendida en una cama improvisada.

–Cuánto has tardado, pardiez –dijo con voz débil.

–¿Estáis bien? –exclamó Marla al verla con tan mal aspecto.

–Todo lo bien que puede estar una anciana al borde de la muerte. Sí, Marla –dijo Lynn al ver su cara–, me estoy muriendo.

–Lo lamento –replicó sin encontrar más palabras.

–Puedes tutearme. Es hora de que hablemos... –dijo recuperando el resuello– con claridad.

–No os entiendo.

–¿No? Creía que ya te habías dado cuenta.

–¿De qué?

Lynn levantó su temblorosa mano, mostrándola a Marla. En su dedo índice se hallaba encajado el mismo anillo que el suyo, su IA. Marla, paralizada por la estupefacción y encajando piezas en su cerebro, acabó por comprender lo que ocurría.

–¡Tú eres la tercera de nosotras!

–Técnicamente soy la primera, querida –dijo Lynn con una débil sonrisa–. Conmigo Boris acertó en sus malditos cálculos, y le insté a dejar el pergamino para cuando vosotras llegais. También por ello me cambié el nombre a uno más hervinés...

–Entonces ya sabes lo de Enea –dijo Marla, maldiciéndose luego por interrumpirla.

–Sí, Keith me lo contó todo. Por eso sé que has leído el pergamino. Conocerle ha sido la última gran alegría de mi vida, casi tenía olvidado todo aquello pues pensé que ya estaría muerta cuando llegais, y ahora que me voy... siento que puedo pasarle el testigo a alguien. Marla... quiero que seas tú la nueva gobernadora de Hervine.

–¿Quién? ¿Yo? –respondió Marla perpleja– Pero... Yo no

sé...

–Tienes lo que aquí falta, memoria histórica. Sabes, conoces, has visto, has leído, has viajado. Y al fin y al cabo has gobernado Hervine durante más de cincuenta años, solo que no te has dado cuenta –dijo sonriendo–. Mi última voluntad es la tuya...

Marla no pudo sino cogerle la mano, entre lágrimas. Saber que se estaba viendo a sí misma, decrepita y casi agonizante, era turbador. El hecho de conocer mejor que nadie a la otra persona, pues era ella misma, lo hizo más extraño y desgarrador.

*Maldito sea este día.*

–Supongo que sí. Yo... es la primera vez que me ofrecen algo así –dijo riendo con ojos vidriosos –. Haré lo que pueda, lo prometo.

Lynn suspiró como si se quitara un peso de encima.

–Gracias... muchas gracias. Tienes multitud de notas y apuntes míos en el castillo hervinés, por si te sintieras desorientada.

–¿Pero qué te ocurre?

–Oh, es probable que se trate de un tumor en algún punto

del abdomen. Verás que muchas enfermedades aquí no existen, pero la radiación nos sigue llegando a justos y pecadores, y aquí, claro, no han inventado aún las bacterias devora-células-cancerígenas... Pero llora por mí sólo lo justo, Marla, pues he vivido mucho y bien. En este lugar, ochenta y nueve años es vivir de más. Lloro por Olaf, él sí necesita de lágrimas por lo que he oído.

La mención del general hizo bajar la cabeza a Marla. Lynn, invadida por el cansancio, intentó señalar más allá de ella.

–Haz venir al oficial que está afuera, te lo ruego.

Cuando este entró, la gobernadora le hizo tener constancia de que renunciaba en favor de Marla. El oficial primero la miró sorprendido, sus ojos a punto de salirse de las órbitas, para luego asentir a Lynn.

–Ahora sal y saluda a tu pueblo... habrá quien dude de tu nombramiento, pero sabrás qué hacer... intenta que todo esto merezca la pena, que no sea en vano... y ahora... necesito... descansar...

Cerró los ojos. Parecía que se había quedado dormida, pero sorprendió a Marla volviendo a abrirlos.

–¿Sabes? En cierto modo no tengo de qué preocuparme. Es como si no muriera... de pronto me rejuvenecen cincuenta y

nueve años, y ahí estoy... –dijo contemplándola como si sólo fuera una visión– ahí empiezo de nuevo...

Ensanchó sus arrugas en una pronunciada sonrisa, y cerró al fin los ojos, respirando lenta y profundamente. Por un momento temió que expirara, pero sólo dormía.

Marla abandonó ausente la tienda con el oficial, quien anunciaba a gritos el nombramiento de la nueva gobernadora a todos los allí presentes.

Alrededor del camino que ella recorría en dirección a la plaza se formó una gran multitud de hervineses, pues nadie quería quedarse sin ver a la nueva gobernadora. Una oleada de rumores y exclamaciones recorrió el gentío que con tanta rapidez se creó, y si bien algunos se mostraron escépticos, otros, los más viejos del lugar, no dudaron en proclamar a los cuatro vientos lo parecida que era a Ellen Lynn cuando era joven, exclamación que se fue contagiando entre los demás.

Pero nada de esto abrumó a Marla, que seguía caminando impasible. Su mente y su corazón estaban en otra parte.

Pese a la plaza atestada, pudo llegar a la plataforma en la que horas atrás fue acuchillado Olaf, gracias a que los oficiales hervineses se encargaron de abrirle el paso.

Allí Terris coronó a Girome, y este dio una pequeña charla

en la que, entre otras cosas, pedía a los creyentes que rezaran por Olaf, pues se debatía entre la vida y la muerte.

–¡Y este no es el único nombramiento de hoy, pues esta plaza verá también a la nueva gobernadora de Hervine! –gritó.

La multitud aplaudió entre vítores, y Girome hizo acercarse a Marla a su lado. Tras unos instantes, el oficial hervinés llegó con un traje brillante, espectacular. Debía ser el vestido de nombramiento de gobernador. Como dándole la razón, el oficial se lo echó en los hombros guiando sus brazos por las extremidades del traje, para luego apartarse de ella, imitándole Girome.

Más vítores. El ritual del traje debía ser equivalente al de la coronación, pues ella no era reina. Al fin, el público calló con expectación, momento en que Marla terminó de volver a la realidad.

*Ah, pero... ¿Esperan que yo hable también?*

Allí, sola ante decenas de miles de personas –hasta donde alcanzaba la vista–, deslumbrada por su propio atuendo, llegó a pensar que todo era un sueño. Cerró los ojos para regresar a su apartamento, del cual salía en dirección al metro para iniciar su rutina diaria. Inexistente para el resto del mundo, tanto como este lo era para ella. Sin embargo, a su mente

retornaron con rapidez y dolor todos y cada uno de los días que pasó en Armantia. El primer lugar desde hacía muchos años en el que había gente que se preocupaba por ella, y gente de la que ella se preocupaba.

–Yo... lamento las circunstancias por las que nos encontramos aquí. Pero hemos estado muy cerca de llegar a algo peor. A algo muchísimo peor.

«Boris de Alix nos enseñó que si cuatro regiones tan unidas entre sí como las que forman Armantia no pueden convivir en paz... tarde o temprano no quedará ninguna a la que proteger. Él fue testigo de la capacidad de autodestrucción del ser humano en distintos lugares, y encontró en Armantia la esperanza de que no se repitiera»

*Tienen que sentir alguna derrota. No pueden olvidar lo cerca que hemos estado del desastre, entre coronaciones y festividades.*

–Le hemos fallado, aunque no llegáramos a males peores. ¡Oídmeme! ¡Ni el desmedido afán de riqueza –dijo mirando a los reyes de Dulice– ni la fe ciega –añadió mirando al público debrano–, pueden anteponerse a la *vida*, sin la cual no existiría ninguna de las dos cosas! ¡De haber estado aquí en estos tiempos, el gran Boris nos habría abandonado a nuestra suerte

para buscar la esperanza en otro lugar, acaso quedara en alguno!

Intentaba controlar su amargura, pero prefería pasarse a quedarse corta. El público esperaba cualquier cosa menos aquella reprimenda, y reinó un silencio que sólo se vio roto por un armantino cercano a la plataforma, que bramó *¡Por qué os atrevéis a hablar por Boris!*

Pese a que un espectador que estaba a su lado le propinó una colleja por la osadía, Marla se atrevió a responder.

–¡Porque *él* me eligió para hacerlo!

Y metiendo la mano bajo su traje y túnica, sacó y mostró el pergamino de Boris a todo el mundo, alzándolo al frente.

Tuvo el efecto deseado. Se produjo una ola de exclamaciones de sorpresa, y la gente, inquieta, no supo reaccionar. Los hervineses tomaron la iniciativa inclinándose con respeto, y tras unos instantes los demás hicieron lo mismo y Marla bajó al fin la mano.

*Como siempre, me olvido del lado positivo. ¿Qué puedo contar a esta gente para equilibrar la balanza? La celebración va a parecer un entierro...*

Mientras pensaba en ello, un soldado hervinés se acercó

corriendo, agitado.

–Mi señora...

Marla ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

*¿Me ha llamado Mi señora? Es verdad, ahora soy su gobernadora. No sé si podré acostumbrarme a esto...*

El hombre susurró a su oído palabras que provocaron en Marla un gran impacto.

–¿Estás seguro?

Tras el asentimiento del soldado, la nueva gobernadora se volvió al público.

–Me habéis oído hablar del mal que hemos hecho y del que podría haberse producido. Pero ahora debemos alegrarnos de seguir aquí y haber aprendido de ello. Tenemos otra oportunidad, en gran parte gracias a una de las personas que más ha tenido que ver con todo esto, Olaf Bersi, quien, según me acaban de informar... ¡Ha recobrado la consciencia y se está recuperando!

Los vítores y gritos de júbilo sacudieron la gigantesca plaza y todas las calles colindantes, a medida que se extendía la noticia. Marla pudo notar la vibración del propio suelo.

Dando por terminado su discurso, se unió a Girome, a quien

se incorporaron Gardar y los reyes de Dulice, Raimundo y Carina.

Olaf bebió con avidez el zumo que le trajeron los médicos.

–Parece que recuperas el color, y la herida no supura. Si esto sigue así, no creemos que vayas a tener problemas –dijo uno de ellos.

–¿Cuánto tiempo tendré que permanecer aquí?

–Ya veremos –respondió otro–, no creo que más de un par de semanas.

Descansó la cabeza en la almohada en un largo resoplido.

*Por lo menos es la cama real.*

Keith se dirigió a él tras tratar con el oficial debrano que custodiaba la puerta.

–Vas a tener visitas distinguidas, amigo mío. Parece que ya están reunidos todos los gobernantes de Armantia en este castillo, y van a venir a verte por breve tiempo por consejo de los médicos. Así que creo que estaré mejor fuera.

–No –cortó Olaf–, prefiero que te quedes si no te importa. No creo que sea necesario, pero me gustaría tener presentes otros oídos que registren las conversaciones que van a producirse.

–Como quieras– respondió colocándose en una esquina con una mano sobre otra, procurando no destacar.

–Por cierto... ¿Y Marla? ¿Está bien?

–Sí, perfectamente. No se separó de ti hasta que le pidieron que acudiera a la plaza. Ahora que han anunciado tu mejoría, no creo que tarde en llegar.

Él asintió, pensativo. Después de todo y cuchillada aparte, las cosas salieron como esperaban.

Mientras reflexionaba entró el primero. Era Girome, por supuesto.

–Ah... Girome... ¿Cómo estás?

–Mejor que tú, desde luego –dijo riendo, situándose a su lado–. Temía por ti.

–Bueno, ya ves que no ha sido para tanto. El cuchillo de Delvin no era tan grande. Hablando de villanos... ¿Qué fue de él?

Girome le contó lo ocurrido en la plataforma y no pudo sino reír en respuesta.

–Un final apropiado... majestad –dijo mirando con sorna a su corona– ¿Qué tal la llevas?

–La verdad, aún no me he parado a pensarlo. Es lo que tenía que ocurrir. Ahora debo empezar a arreglar todo lo que Delvin ha deshecho. Pero no quiero aburrirte con detalles, aún te estás recuperando y otros reyes esperan entrar. Estás bien y no hemos tenido que lamentar más desgracias, eso es lo que importa. Nos volveremos a ver pronto.

–Hasta entonces. Y espero que no eches mucho de menos la cama.

Poco después de que saliera, entró Gardar.

–Hola... ¿Estás... bien? –dijo sin pasar de la puerta.

–Lo suficiente. Entra.

El chico se acercó despacio, cogiendo aire varias veces sin decidirse. Olaf, no obstante, ya sabía lo que rondaba su mente.

–Por la parte que me toca, puedes contar con mi perdón. Pero también tienes otras cosas de las que arrepentirte durante el resto de tu vida. Espero que hayas aprendido la lección.

Gardar asintió en silencio. Se rascaba la cabeza, como si aquello no fuera con él.

–Quiero que tengas el gobierno de Turín durante un tiempo –dijo al fin–. Hasta que consideres que estoy preparado.

–Una decisión sabia. Ojalá tu padre te viera ahora.

–Ojalá –se limitó a repetir Gardar en voz baja. Señaló con el pulgar hacia atrás–. En fin... que te mejores, tienes cola real aguardando. Espero que puedas regresar pronto a Turín.

–En cuanto pueda, descuida. Adiós.

Tras él pasó de inmediato Carina, quien anduvo hasta quedar justo enfrente de la cama. Parecía incómoda.

–Me alegro de que os encontréis mejor.

–¿Y Raimundo? –dijo Olaf sin ánimo de más charla protocolaria.

–No quiso entrar.

–Y puedo entender el porqué. La mitad de lo que ha pasado es culpa vuestra, cosa que tardará en ser olvidada, lo sabéis.

–Lo sé, estuve en contra desde el primer momento. Pero algo sí es cierto, y es que nuestro país empieza a sufrir de hambre. He conseguido que comencemos con nuestros propios cultivos de arroz para no depender de la venta de armamento, y también estamos intentando subsistir por otros métodos. Pero para abandonar del todo nuestra industria armamentística otros países tendrán que ayudarnos.

El general asintió.

–Estoy seguro de que hablaremos de ello largo y tendido.

Todos queremos lo mismo.

Carina realizó una reverencia respetuosa, y se marchó tras desearle una pronta recuperación. Trascurrieron varios minutos sin que llegara nadie, lo que extrañó a Olaf.

–Keith... ¿No tendría que entrar ahora Lynn?

–Se supone. Aunque si te soy sincero, creo que mi señora está demasiado delicada ya para estas cosas. Me sorprendería verla entrar. Sin embargo, el oficial me dijo que estaban todos los gobernantes de Armantia. Y en fin... sé que Hervine está en una esquinita del mapa, pero no creo que sea como para olvidarse de nosotros.

Justo tras terminar la frase, entró ella. Con un traje blanco azulado, falda de brillo diamantino y una diadema dorada con pequeñas guirnaldas verdes, Marla se adentró en el dormitorio real. Keith y Olaf no disimularon su perplejidad.

–¿Marla? –acertó a decir Olaf.

–Sí, soy yo. Mm... Como aquí nos conocemos todos, creo que ya me puedo quitar esta... *cosa* del pelo –dijo quitándose la diadema y sacudiéndose el pelo. Buscó un sitio donde dejarla, y Keith se apresuró a sostenerla, cabizbajo; procurando que no se vislumbrara su asombro, Marla se la dio asintiendo. *También soy su gobernadora*, pensó observando

sus gestos.

Anduvo hacia la cama hasta arrodillarse al lado del convaleciente, evaluándole como él a ella.

–Me alegro de volver a verte, general –dijo ella al fin, sonriendo.

–Y yo de verte a ti, gobernadora. He oído que ahora arengas multitudes.

–No me lo recuerdes, por favor –dijo ella sin perder la sonrisa– qué vergüenza habría pasado en mi mundo, menos mal que aquí no se graban estas cosas...

–Creo que ya puedo esperar fuera –anunció Keith antes de salir, al notar que la habitación se volvía por momentos demasiado pequeña para los tres.

–¿Pero cómo es posible? –preguntó Olaf aún perplejo.

Marla le contó toda la historia de Lynn y su conversación anterior.

–Vaya... sabía que la gobernadora era especial, pero no que fuera...

–Sí. Y ya, al fin, todo el misterio del pergamino está resuelto.

–El pergamino no es el único misterio...

–Cierto –dijo Marla sonriendo–, el otro misterio eres tú.

–Esto... nunca se lo he contado a nadie –dijo Olaf, con gesto serio–, pero tu caso es especial. ¿Guardarás el secreto?

Marla replicó con un leve ademán, sus ojos decían ya más que su cabeza. El general, en un suspiro, miró al techo acomodándose y organizando sus ideas.

–Cuando era pequeño, mi padre me contó una historia que... en fin... era como las típicas leyendas locales, solo que esta no la había oído nunca...

*«Hace mucho tiempo, antes de La Historia Oscura, llegaron los primeros habitantes de Armantia desde el exterior. Eran sabios y poderosos, pero cayeron en desgracia al ser devastados sus hogares. Se dice que era lo que quedaba de los hombres.*

*Establecieron aquí una colonia en la que criar a sus hijos, la cual diseñaron con cuidado para que durase lo máximo posible, según los –amplios– conocimientos que ellos poseían sobre la capacidad de las personas para exterminarse a sí mismas. Y los dejaron a su suerte para ir a quién sabe dónde... no sin antes asegurarse de que quedaran guardianes que vigilaran el transcurrir de la historia, y que actuaran en*

*caso de que todo peligrara.*

*A cargo de estos vigilantes quedó también un lugar especial y secreto que llamaron Diploma, y que contenía buena parte de la sabiduría de nuestros primeros antepasados. Tales conocimientos se podían usar para bien y para mal, y por tanto tan sólo podrían descubrirse cuando los vigilantes considerasen preparados a los habitantes de Armantia.*

*Con el tiempo, estos demostraron ser inútiles para salvaguardar la paz en Armantia, muriendo algunos de ellos en el intento. La humanidad continuó empeñada en destruirse, así que se limitaron a mantener el secreto de Diploma.*

*El tiempo pasó y pasó, y los vigilantes se extinguían. Las guerras surgían sin cesar, unos países se creaban, otros caían, mucha sangre se iba en el camino y la población menguaba.*

*Fue entonces cuando apareció Boris de Alix. Nadie lo esperaba, y algunos vigilantes llegaron a creer que se trataba de alguno de nuestros antepasados, pues hizo lo que tiempo atrás dejaron de hacer ellos. Usó sus habilidades diplomáticas para aliviar en lo posible las tensiones*

*existentes, procurando eliminar cualquier amenaza para la integridad de Armantia. Así que hablaron con él, descubriendo entonces que aunque no fuera uno de los que poblaron esta tierra, sí se trataba de otro sabio en desdicha buscando refugio.*

*Con todo, a los vigilantes les disgustó la popularidad de Boris cuando ellos buscaban discreción, y por ello no le confiaron la existencia y localización de Diploma. Boris continuó su tarea, e incluso se procuró una discípula desconocida hasta entonces, Ellen Lynn, a quien ayudó en la tarea de derrocar a un tirano hervinés. Boris tenía sus propios planes para la supervivencia de Armantia.*

*Los vigilantes por contra, eran ya pocos y perdieron el contacto entre sí, tanto como el interés en su tarea. Y con ellos la existencia de Diploma se sumió en las sombras de la historia...»*

–A medida que me hice mayor, sospeché que la historia era más veraz de lo que parecía. Demasiado cercana y con muchos elementos históricos para el típico cuento vago que se le narra a un niño.

«Con quince años, mi padre me insinuó que todo era verdad, y que él era un vigilante, quizá el último de ellos. En

aquel entonces yo era un muchacho impresionable, y le rogué una y otra vez que me dijera dónde estaba *Diploma*. Él me dijo que aunque fuera su hijo, lo de *Diploma* era algo muy serio, y que si él lo supiera prefería llevárselo a la tumba antes que correr el riesgo de que cayera en manos irresponsables. Añadió que yo no había madurado lo suficiente. Supe que si no me lo revelaba a mí, no se lo diría a nadie y el secreto se perdería. Así fue que me sentí obligado a perpetuar la tradición. Intenté emular a Boris. Joven, me introduje en el aparato militar turinense y fui abriéndome camino hacia arriba con rapidez.

El tiempo pasó y mi padre eludía el tema en lugar de darme más negativas, cosa que interpreté como una evolución. Más tarde pasó a considerarlo de verdad, lo que me dio esperanzas, y así seguí hasta que... mi padre y el resto de mi familia murieron en circunstancias que no relataré, y con él, el secreto de *Diploma*.

Por último el rey Erik me descubrió, valorando muy positivamente mi prudencia y diplomacia, cualidades inauditas en el ejército turinense y que me causó muchas enemistades y mala fama, sobre todo entre los veteranos. También envidias cuando me nombraron tan joven segundo y consejero del rey.

Hice lo posible por convertirme en alguien a quien mi padre fuera capaz de confiar el secreto de *Diploma*. Contuve la furia

belicista del ejército turinense, anulé y desbaraté muchas circunstancias –algunas en verdad absurdas– que hubieran acabado en guerra y acerqué Turín a las posiciones extranjeras. Evité, en definitiva, todo camino que pudiera facilitar la destrucción mutua. Pero entonces Erik fue asesinado, y tú llegaste y...»

Permaneció con la mirada fija en el techo, en silencio. Marla le acariciaba la mejilla con ternura.

–Entonces me entiendes mejor que nadie –dijo ella– ¿Sabes? Yo también tengo una confidencia que revelarte.

–¿Hay más? –dijo él sorprendido– ¿Qué?

Y con la gracia y suavidad de una hoja, dejó caer sus labios sobre los del general.

## Epílogo

*Tres meses después*

**M**arla siguió a Olaf por el arenoso sendero que llegaba a lo alto de la montaña.

–¿Falta mucho? –dijo ella, cansada.

–Casi hemos llegado. No te estarás cansando ya...

–Te juro que tengo muchas ganas de ver el mar, pero no sabía que subir una maldita montaña fuera necesario.

–Tendrás la mejor vista, ya verás. Una de las mejores zonas costeras del este de Turín. Si quieres, más tarde descenderemos por el otro lado.

–Por cierto, Olaf, esto creo que aún no te lo he preguntado...  
¿Por qué demonios te llaman *Gran General*?

–Soy alto –se limitó a decir, encogiéndose de hombros. Cuando dejó de oír los pasos de Marla, se volvió.

–¿Qué? –dijo ella, inmóvil.

–Nunca he oído a otra persona que usara ese monosílabo más que *sí* o *no*.

Marla reanudó la marcha tras negar con la cabeza.

–*Cómo aplastar un mito en dos palabras*. Como guía turístico no tendrías mucho futuro. Aunque debo reconocer que acertaste de pleno al preguntarme si quería venir. ¿Cómo sabías que me encanta contemplar el mar?

–Intuición –dijo él como si fuera obvio.

–Caramba... pues tienes mucha intuición. ¿Ves? *¿Que por qué me llaman Gran General? Porque tengo mucha intuición.*

–Bueno, ya sabes... quien dice intuición también dice *mejor se lo preguntamos a Enea que arriesgar con la reaccionaria*.

–Serás... –dijo Marla abrazándole con fuerza por la espalda para darle un suave mordisco en la oreja.

–¡Ay! No me maltrates, mujer. ¿Y no te parece que tras tres meses de gobierno deberías tener el habla un poco más refinada?

–Bah, al fin y al cabo nadie sabe qué significan esas palabras.

–Es por cómo las dices. Bien, ya hemos llegado –dijo señalando al final de la pendiente–. Adelante, sube tú primero.

Marla recorrió los metros que quedaban hasta llegar a la corta explanada que daba al pueblo costero y al mar. El general vio asombro en el rostro de ella, pero no de la clase que esperaba.

–Olaf...

–¿Sí? ¿Es que no te gusta?

–Me dijiste una vez que aquí, la navegación... en barcas y para pescar... ¿Verdad?

–Claro –respondió situándose a su lado con extrañeza. En ese momento adoptó inevitablemente la misma expresión– ¿Pero qué... ?

El mar estaba minado de grandes y extrañas formas próximas a la costa.

–Son veleros –dijo Marla–, decenas de veleros enormes. Pero si no son de Armantia...

Una repentina batería de estruendos hizo añicos su frase, y Olaf contempló con temor cómo los laterales de aquellos enormes navegantes escupían exhalaciones de humo en dirección al pueblo.

–¿Qué hacen? –exclamó intentando hacerse oír por encima de aquellos terribles truenos.

–¡Corre! –gritó Marla tirándole del brazo, consciente de lo que los barcos estaban haciendo.

*La Laguna, a 30 de abril de 2005*

## **Continúa en Gemini**

<http://www.moiescabello.com/seriemultiverso>